



ÚNA FINGAL

EL DIABLO
TIENE NOMBRE
DE MUJER

zafiro[♥]

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Epílogo
Biografía
Referencias de las canciones
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La plácida vida del profesor Fergus Wellan parece venirse abajo cuando una ladronzuela le roba la cartera. Su íntimo amigo Murdock Macallan, en vez de ayudarlo, le complica aún más las cosas cuando se empeña en buscar a la joven para darle el papel protagonista en su nueva película.

María Hidalgo, puertorriqueña del Bronx, un auténtico volcán, sin formación ni refinamiento alguno, aunque muy inteligente, sabe sacar partido del interés que ha despertado en los dos amigos y juega a enamorarlos porque es pérfida, indomable y diabólica.

Por su parte, ellos deciden pulirla para convertirla en una gran estrella, pero cometen el error de vender el proceso y el resultado a una cadena de televisión. María será grabada sin su consentimiento y todo será expuesto en un *reality* que dirige Sarah Barnes, una mujer ambiciosa y despiadada que no siempre cumple sus promesas.

Los tres protagonistas caerán presos en sus propias redes, las del amor, pero tal vez sea demasiado tarde para lograr el perdón de María.

¿Será alguno de los dos capaz de imponerse y conquistar a la joven?

EL DIABLO TIENE NOMBRE DE MUJER

Úna Fingal

zafiro 

A todas mis lectoras y lectores, con cariño

Capítulo I

Fergus Wellan irrumpió en el aula como solía, despistado y ajeno a las gradas, abarrotadas por sus alumnos —mucho mejor si puntualizamos: alumnas— de Escritura Creativa en el Grado de Lengua y Literatura Inglesa de la Universidad de Columbia. Dejó algunas notas sobre la mesa, se atusó el pelo, demasiado largo y despeinado, y colocó unas gafas de montura redonda delante de sus ojos, miopes y ligeramente achinados. Sobre pasaba a los demás en altura una cabeza, y su cabello y su barba claros, junto a su piel atezada, le conferían un aire muy distinguido. De origen irlandés, además de ser profesor, dirigía el Departamento de Inglés y Literatura Comparada. A sus treinta y cinco años había publicado más de veinte exitosas novelas de misterio y gozaba del respeto y reconocimiento del público y de la comunidad docente.

La clase iba a dar comienzo en breves instantes. Los alumnos aún intercambiaban saludos o bromeaban entre sí, aunque algunas toses de sus compañeros llamándoles la atención para que se callaran indicaban el ánimo expectante de otros. Él se mantenía impertérrito, serio y distante. No era antipatía, sino timidez.

La sesión transcurrió de forma agradable, en algún momento interrumpida por las tristes gracias de alumnas extramotivadas, a las que él respondía con una templada pausa y una mirada imprecisa por encima de los anteojos, mostrando así sus ojos verdes como un olivar. La última, dirigida al fondo, le devolvió la presencia de su amigo Murdock Macallan, realizador de películas de género negro, a quien nada unía con los fabricantes del mítico whisky, salvo las botellas vacías almacenadas en su despacho desde tiempos inveterados, como él mismo se encargaba de mencionar una y otra vez cuando tenía oportunidad. Macallan, locuaz, mordaz, ingenioso e infatigable, no perdía jamás la ocasión de agasajar a sus interlocutores con una ocurrencia inesperada que los dejara descolocados, y tan sólo Fergus era capaz de combatirlo. Ambos gozaban de una indecorosa amistad desde hacía tantos años como ellos mismos, como solían jactarse. Por separado, eran animales dóciles y mansos, casi de redil, pero juntos se convertían en una fiera monstruosa y temible.

—Se acabó esta mierda, chavales —celebró un muchacho, sentado delante de Murdock, cuando la clase terminó.

—Sí, porque la mierda se va —saltó Murdock, acompañando visualmente la salida del joven.

Éste lo oyó y le dedicó una mirada mitad desconcertada, mitad ofendida, pero él le dedicó un desfallecido ademán con el brazo. Luego bajó para encontrarse con su compañero de fatigas.

—¿Qué ocurre, Murdock?

—Quiero que supervises mi nuevo guion...

Recorrían con paso apresurado los pasillos de la facultad mientras sostenían un café entre las manos; Murdock los había sacado a la carrera de la máquina dispensadora.

—De acuerdo —accedió Fergus, como era habitual—. Dame un par de meses y lo haré; ahora estoy muy liado con...

—¿Un par de meses?! ¡No tengo ni una semana! —farfulló su amigo.

—¿Cómo es eso, tío?!

—El productor se ha vuelto loco; lo ha adelantado todo, y ni siquiera tengo a la actriz principal. Los *castings* ya me irritan tanto que me levanto en cuanto aparece la aspirante; son todas un plomo y, encima, iguales, clones... ¿De dónde las sacan?

—Pobres chicas, ¿tan malas son?

—No, qué va. No es que sean malas, y no puedo negar que le ponen empeño, pero no destacan; en conjunto son como una línea plana, grises, sin matices.

—¿Y si optas por alguna de las grandes?

—Simplemente, no puedo trabajar con ellas. Es una cuestión de encaje, no responden al perfil que busco. Prefiero a alguien virgen... aunque no sepa interpretar, pero con alma, con ese brillo penetrante en la mirada. Ya la moldearemos. Además, físicamente quiero que se parezca a Brigitte Bardot, pero más alta, más delgada, más...

—Estás como una cabra, Murdock.

—Lo sé, pero es que tiene que ser así.

—¿Y de dónde piensas sacarla?

—No lo sé, por eso tienes que ayudarme... Quizá alguna de tus alumnas.

—Olvídalo, no voy a hacer eso.

El profesor Wellan tomó la delantera, decidido a no inmiscuirse en ese asunto. Murdock lo seguía a pocos pasos.

—¿Y si...? —insistió.

—No —respondió, tajante.

—Sería de lo más ventajoso para ambos —volvió a la carga el cineasta.

—¡No! —repitió, impenetrable, Fergus.

—Pero, si lo pensases con detenimiento, podríamos... —Macallan tenía trabajo para seguirle el paso.

Wellan se detuvo en seco y se volvió hacia él.

—¿Entiendes el significado de ene seguida de o? —replicó mientras le encasquetaba el vaso de café y seguía adelante sin esperarlo—. Eso sí, envíame ese guion y veré qué puedo hacer para revisarlo cuanto antes —añadió, y Murdock lo perdió de vista, pues desapareció entre el enjambre de alumnos que transitaban el corredor.

* * *

Pocos días después volvían a encontrarse, esa vez en una gran librería de la Quinta Avenida donde tenía lugar la presentación de la última novela de Fergus Wellan, *Juego de llaves*. Como solía ocurrir en cada uno de esos acontecimientos, estaba atestada, mayoritariamente por un público femenino.

—Si te dedicases a la actuación, no te iría mejor —le murmuró Murdock, satisfecho—. Tal vez sólo para ligar..., ligarías más, eso sí.

—Tanto como tú, ¿no es cierto? —replicó el aludido, alzando los labios a medias en una característica mueca.

—Puto irlandés —rezongó su amigo.

Murdock Macallan —de la misma edad que Fergus y tan pelirrojo y fornido como un McDougall de las Highlands, de donde provenía, con su barba esculpida y unos ojos intensamente azules bajo sus densas cejas— permanecía en el mismo y activo estado de soltería que su hermano de hazañas.

Elsa Thomson, la agente literaria de Fergus, dio inicio al acto y los presentes se mostraron animados, participativos y vibrantes, por lo que él acabó con el rostro arrebolado y casi sudoroso, a pesar de mantener su inalterable conducta, formal y distante en exceso. Lo cierto es que fue semiarrastrado por la ardorosa corriente, y sus mejillas encendidas dieron buena cuenta de ello. Además, cuando la pragmática Elsa dio fin a la presentación, aún le aguardaba otro momento caliente: el de la firma de ejemplares. Cuando vieron la interminable cola de lectores, con los libros aferrados como un tesoro sobre sus pechos palpitantes, Fergus y Murdock intercambiaron una alentadora mirada.

—A saltar la trinchera con valor, hermano —lo animó su amigo.

Él soltó aire de modo discreto.

—Puedo hacerlo, ¿verdad? —respondió, intentando divisar el lejano final de la infinita fila.

El escocés esbozó la mejor de sus sonrisas mientras su circunspecto colega se dispuso a afrontar la misión con un destello de firmeza en sus ojos verdes. Así se internaron en el corazón de la carga ligera de fans que los devoró en cuestión de segundos.

Cuando todo acabó por fin, lograron adentrarse en Central Park, no sin antes librar la última batalla con los aspirantes a novelista, guionista, e incluso a actores y actrices, pisándoles los talones mientras les lanzaban preguntas ininteligibles.

—Aquí, ven.

Macallan tiró de su amigo y lo introdujo en un bar frente al lago. Ya a salvo de miradas y persecuciones, resoplaron a la vez que tomaban asiento en la barra.

—Qué barbaridad, nunca lograré acostumbrarme a eso —farfulló Murdock.

—Pero si te encanta, por eso jamás fallas a ninguna de mis presentaciones —le atizó Fergus.

—Ahora mismo te mataría, pero, bueno, sí, es verdad... ¿Has visto a la rubia que casi me arranca la camisa...? Cambiando de tema, ¿qué hay de mi guion?

—¿Empezamos con cerveza? —Fergus le hizo una seña al camarero para que les sirviera dos jarras de presión.

—¿Empezamos? —Murdock rio—. Esto prometo. Pero contéstame: ¿qué hay de mi guion?

El camarero posó las bebidas ante ellos. Fergus casi se bebió la mitad de su jarra de un trago.

—Tío, sí que estás seco.

—Lo estoy, mucho.

—Pongamos remedio a eso, entonces. —Dicho esto, y tras acabar su cerveza en dos únicos sorbos, con un gesto, pidió otra ronda.

»Mi guion... —volvió a la carga el cineasta.

—Joder, Murdock. Toma, acabado.

Fergus le tendió un *pendrive* sin mirarlo siquiera y se centró en su cerveza.

—Por las barbas del primer Macallan, esto es serio... ¿Qué ocurre? —se preocupó.

Conocía demasiado a su colega como para saber que, si no lo provocaba o lo enviaba a la mierda, era porque alguna razón de peso lo tenía abrumado.

—Estoy en dique seco, tío. Hace un año que sólo empiezo historias y más historias, pero sin lograr superar el segundo capítulo. No paso de las doce páginas. Doce putas y exactas páginas, siempre, y carpetazo. Me da pereza la documentación, abandono con rapidez cualquier proyecto... No me apetece sentarme ante el ordenador, incluso le gruño cuando me mira mal... Un asco todo... —se sinceró Fergus, haciendo al final un chasquido con la lengua y fijando los ojos en el borde de la barra.

—¿Que le gruñes al ordenador...? —planteó su amigo, pasmado.

El escritor asintió con la cabeza. Murdock reflexionó un breve instante y, tras palmearle un hombro, proclamó:

—¿Quién dice que es necesario escribir sin parar? Sabes que la tierra debe ser dejada en barbecho cada siete años, para que recupere su fertilidad, ¿no es así? Pues, con la materia gris, pasa lo mismo, tío.

Fergus lo contempló con una ceja arqueada, en silencio, para acabar de nuevo con la mirada en el interior de la jarra.

—Bueno... o cada cuanto sea —rectificó su amigo—. Lo importante es ser capaz de descansar un poco, permitir que se renueven cuerpo y alma, dejar fluir, permitir que de nuevo florezca todo dentro y fuera de nosotros. Tú lo sabes mejor que yo. No te desesperes. Vive la vida; puedes permitirte, ¿no? ¿O quizá es que te has arruinado?

—No, hombre, eso no.

—Además, tienes tus clases; céntrate en ellas y aparca las novelas durante un tiempo.

—Me irrita impartir clases.

—Ups, eso es más grave. Entonces... ¡cógete un año sabático! Disfruta de la vida, baila, navega, ve a dar la vuelta al mundo, escala el Everest... No sé, hay montones de cosas que un soltero empedernido como tú, que goza de toda la libertad, puede hacer para no aburrirse.

Fergus rio, amagando ese gesto con una leve mueca de sus labios.

—Necesito cambiar de vida...

—Lo que tú necesitas es una buena mujer.

Se carcajearon.

—Siempre pensando en lo mismo.

—Qué va... Yo no lo pienso, lo hago. No como tú, que pareces en perpetuo voto de castidad. ¿Cuánto tiempo hace que no te tiras a una buena...?

—Basta, tío, me avergüenzas.

El semblante de Murdock perdió la sonrisa; estaba muy serio cuando le habló de nuevo a su amigo.

—En ese caso, hay una sola cosa que puedes hacer... —Dicho esto, guardó un silencio cargado de intenciones sin perder el contacto visual.

—¿El suicidio? —replicó el escritor.

—No seas capullo. Ven a trabajar conmigo. Hace tiempo que te insisto para que lo hagas.

Un nuevo silencio por toda respuesta.

—Serás mi guionista y mi editor de montaje. —Enarboló el lápiz de memoria—. Si este guion es más tuyo que mío, no me hace falta leer las correcciones para saberlo.

Fergus lo contempló mientras emitía un resoplido escéptico.

—No bufes y dime que sí; el cambio te vendrá bien.

El profesor aún se tomó un momento, chasqueó la lengua, se pasó la mano por la cara y el cabello, miró al camarero como si éste tuviera la respuesta y, finalmente, se volvió hacia su amigo.

—¿Qué podría perder?

—¿La virginidad?

Fergus hizo girar el taburete y le dio la espalda.

—Que te den —farfulló.

Murdock, que casi saltaba de la alegría, giró a su vez el taburete de Fergus para devolverlo a su posición, rieron, chocaron las palmas de las manos y luego las encajaron, con salivazos de por medio, para cerrar el trato.

—No te arrepentirás; haré de ti todo un hombre —celebró.

—Necesito fumar.

Abandonaron Central Park, dejaron atrás la Quinta Avenida y caminaron por Madison Street, sorteando la interminable marabunta de acelerados transeúntes. La actividad a esas horas de la noche, con la calle bien iluminada, era tan frenética como en pleno día. De improviso, se desviaron por la 79 y Fergus encendió el enésimo cigarrillo.

—Eso te matará; lo sabes, ¿verdad?

Él respondió con un aspaviento. Tras pegar varias caladas, lo tiró y pisoteó en el pavimento.

—Ya estoy muerto, mierda. Soy un viejo apático incapaz de sentir nada.

—Cambio de planes, vamos donde la Caramelito. Esa mujeeeeeeer, santo Dios, con el terremoto de sus caderas resucitaría a un cadáver...

—No quiero una puta.

—Qué desagradecido eres. —El escocés miró a su amigo y una repentina idea iluminó su rostro—. Oye, no estarás metido dentro del armario, ¿no?

Fergus se paró en seco, detuvo a su amigo y lo señaló con un dedo acusador.

—Mira, respóndeme a una cosa... ¿Hay gimnasios para capullos y te entrenas a diario? Porque cada día que pasa tienes más desarrollado el músculo de la gilipollez.

Murdock estalló en una estruendosa risotada.

—No es que me importe si eres gay... porque... uuuuuh... estás bueno y todo... pero me gustaría saberlo para... tirarte los tejos...

Fergus lo contempló con expresión grave.

—Que te follen, eres un cerdo. Lo sabes, ¿verdad?

Murdock, a su vez, le devolvió una mirada grave.

—¿Has tenido que hacer un máster para averiguarlo?

Prorrumpieron en salvajes carcajadas que les hicieron parecer más brutos que hombres.

—Vayamos a los locales de la 45, en Broadway; pateémoslos todos, hasta dar con la chica en cuestión —sugirió Murdock de pronto, más exultante todavía si es que eso era posible.

—Estás loco de atar. Te he dicho que no quiero putas.

—Tú siempre pensando en lo mismo, eres incorregible. Me refiero a mi actriz...

Fergus lo miró fijamente, descolocado por completo.

—Sí, hombre —insistió el hombretón pelirrojo—, la protagonista para mi película. Vamos a hacer una película, ¿recuerdas?

Fergus sacudió la cabeza y se centró.

—Bien —contesto—, supongamos que encontramos a la reencarnación de Brigitte... y, entonces, ¿qué? ¿Le propondrás el papel y ella aceptará? ¿Así de sencillo?

—Claro. Cualquiera de esas chicas aceptaría. Todas quieren ser actrices, por eso trabajan ahí.

—¿Y si resulta que damos justo con la que sólo quiere ser camarera?

—Pues, en ese caso, la seduces y te la llevas de la cama al *set* de rodaje.

—Más que cerdo, eres un cabrón.

—No, sólo soy un creador, un pobre creador incomprendido que no cuenta con el apoyo de su socio y mejor amigo.

Fergus tosió para disimular la risa; no quería darle la satisfacción del reconocimiento. Lo que le proponía suponía un desafío demasiado excitante como para rehusarlo sin planteárselo siquiera. Caminaron en silencio hasta que tropezó con una lata, la chutó, corrió tras ella y la regateó... hasta que Murdock se la arrebató, la detuvo y la echó a un lado.

—Vamos, ¿qué me dices...? —insistió, expectante como un niño a punto de entrar en un parque de atracciones.

—Estás loco y yo debo de estar todavía más loco que tú... —accedió al fin el aburrido profesor.

Se alejaron planeándolo todo con entusiasmo. Bueno, este último más bien provenía del escocés, que envolvió a su amigo en la intensidad de sus ideas sin fin.

* * *

Apoyados en la pared de un callejón sin salida, los dos contemplaban las emanaciones de vapor que salían a través de los respiraderos del metro con la placidez de dos amantes extenuados tras el orgasmo. Habían alcanzado el clímax de la conversación en el club de la esquina, del que habían salido para que Fergus fumara. Acabado el cigarrillo, se les habían acabado las ideas, la charla y la energía. Cada cual a su manera acariciaba la posibilidad de la retirada con honor y, en ese momento, observar las volutas de vaho supuso una buena solución a la espera de ver quién proclamaba antes la rendición. Entretanto, el vapor entrecortaba figuras anónimas, dándoles viso de espectro, y, como la noche estaba tan cansada como ellos, se evaporaban sus ensoñaciones a través del velo empañado y oscuro. De pronto, ante sí, dos personajes encapuchados surgidos de la nada, navaja en mano, tomaron el protagonismo y el control de la situación.

—¿Qué hora es? —preguntó uno de ellos, con voz ronca y hostil.

Fergus y Murdock los contemplaron sorprendidos, sin articular palabra.

—Más vale que le des la hora y el reloj, capullo —rugió el otro.

Las hojas de las mariposas danzaron en la oscuridad de la noche, emitiendo nerviosos destellos titilantes.

—Y tú también, *pasmao* —añadió mientras zigzagueaba en el aire con la fría hoja de acero ante la nariz de Fergus.

Éste se cabreó.

—Y, si no me da la gana, ¿qué?

De forma veloz, aferró la muñeca de su atacante con la mano derecha y, con la otra, le agarró el codo. Mediante un movimiento certero, presionó su muñeca de tal modo que éste soltó el arma. A continuación, Fergus le torció el brazo hacia atrás y lo derribó al suelo, para ponerse seguidamente encima de él.

—Suéltame, hijo de puta —gimió una voz que ya no parecía tan hostil.

Mientras tanto, el enorme Macallan sólo había atinado a perseguir a su oponente cuando éste inició su huida, abandonando al compañero a su suerte. Al oír las quejas del primer agresor, se volvió a mirar la escena.

—Guárdate esos gritos para la policía, chaval. Los tengo al aparato —advirtió el director de cine, mostrando en alto su móvil.

—No, por favor, liberadme. No quiero problemas. Me iré... —imploró el joven delincuente.

Fergus y Murdock se miraron. A ambos les había pasado la misma idea por la cabeza. El

irlandés dio la vuelta a su presa sin soltarla y, sin soltarla, le retiró la capucha. Un moño en la coronilla se deshizo y una mata de cabello revuelto se expandió.

—Joder, una tía —masculló el escocés.

—Mierda —refunfuñó Fergus, sin soltarla.

El sonido de una sirena los estresó a los tres.

—Libradme de la pasma, por lo que más queráis —suplicó de modo lastimero.

—¿Por qué habríamos de hacerlo? —Fergus estaba verdaderamente ofuscado.

—Mi perro, está solo. Si no vuelvo a casa, morirá de inanición.

Fergus reflexionó un instante entre dudas, sin aflojar la presión, pero le concedió el beneficio de la duda.

—Quiero que me expliques un par de cosas primero.

—Demasiado tarde, oh, oh... —gruñó Murdock, señalando un coche patrulla que en ese instante se detenía ante la entrada del callejón.

—¿Los has llamado tú? —se distrajo fatalmente Fergus.

Murdock, con cara de circunstancias, dudó al responder en un susurro.

—Joder, sólo era un farol.

Entonces ocurrieron varias cosas a la vez: Fergus se centró en el coche patrulla, que arrancó y, suavemente, continuó su camino; Murdock, sin tiempo a reaccionar, fue testigo de cómo la joven se desasía y le propinaba un rodillazo en el bajo vientre a su captor, y por el rabillo del ojo la vio huir por el callejón mientras se abalanzaba sobre su retorcido amigo para echarle una mano.

—Tío, tío... La tengo, ¡la tengo!

—¿El qué, tienes? —logró farfullar su amigo entre dientes y sin respiración.

—¡A mi Brigitte! Dedicaré mi vida entera a encontrarla. ¡Todo un día si es preciso!, pero ésa será mi protagonista.

—Estoy mucho mejor, gracias —rabió, irónico, el profesor.

—Creo que podré ayudarlos, amigos.

De repente, una figura envuelta en un largo abrigo quedó recortada por el vapor que sobresalía de la noche, como si de un vampiro recién amanecido y hambriento se tratase. Se aproximó hasta quedar parcialmente iluminado.

—Harvey Carmichael. El dueño del garito. —Señaló el local de la esquina donde habían estado bebiendo un rato antes—. Lo he visto todo desde la ventana de mi despacho. —Señaló de nuevo, esta vez hacia la parte superior de la pared del edificio, y le tendió una tarjeta a cada uno.

Encajaron las manos y el letrero de neón con el nombre del establecimiento, Secret Garden Club, se apagó y encendió como quien ofrece un guiño amistoso.

—Bueno, parece que tenemos a dos atracadores fugados —volvió a intervenir Carmichael—, pero a María Hidalgo puedo ofrecérsela en bandeja.

Fergus frunció el ceño, no entendía nada.

—¿Ha estado escuchando nuestra conversación?

—¡Soy Harvey Carmichael, dueño del Secret Garden Club! —repitió de manera orgullosa y altanera—. Suelo saberlo todo y, además, conozco bien a mis empleados.

—¿Trata de decirnos que esa ladrona es empleada suya?! —estalló Murdock.

—Era una de mis *pole dancers*, pero se partió un tobillo y la despedí. La saqué del arroyo y la devolví a él, porque está claro que la condición es la condición. Nació ladrona y ladrona morirá.

—No siempre es así, tan catastrófico —intervino Macallan, con los ojos brillantes, de salido, que su amigo conocía bien y que temía—. En ocasiones se pueden sacar buenas cosas de la chusma.

Fergus se llevó una mano a la cara y negó con la cabeza. Harvey Carmichael, hombre maduro, de cabellos canosos que una vez fueron anaranjados y grandes gafas de pasta negra frente a unos ojos azules y miopes, sonrió sólo con los labios y, sin perder el tono afable, sentenció:

—No con María Hidalgo, no tiene remedio. Se crio en las calles del Bronx, su primera escuela fue el reformatorio, así que...

—Quiero que me la traiga —decidió Murdock.

La mirada astuta de Carmichael atravesó la noche con su brillo de zorro viejo.

—Volvamos dentro; los invito a tomar uno de mis mejores calmantes —propuso.

Fergus declinó la invitación.

—Suficiente por hoy, gracias.

—Amigo, ¿todavía conserva sus pertenencias? —le planteó Carmichael, con el semblante como el de una figura de piedra.

Tras palparse los bolsillos, el rostro de Fergus se desencajó.

—¡Mierda! —rugió, incrédulo.

Harvey Carmichael, satisfecho, cedió el paso a sus nuevos amigos para regresar al interior del Secret Garden Club.

Capítulo II

A Fergus no le acababa de convencer su nueva vida, pues, a pesar de haber entrado como miembro de pleno derecho en ella, se sentía como un impostor. Incapaz de relacionarse con nadie de Total Hero Films, la productora de su amigo, pasaba los días centrado en el trabajo tras una glacial barrera que había levantado entre él y el resto del mundo. Se distanció tanto de todo y todos que incluso huyó de sí mismo, sin permitirse reconocerse sus anhelos más íntimos. Y así fue cómo conoció y trató a María Hidalgo, con la frialdad propia de un témpano de hielo. Pero eso, a la chica, no le preocupó lo más mínimo; ella era explosiva como un volcán en constante erupción. En palabras de Murdock, por sus venas no podía correr sangre, sino lava. Y esa incandescencia se escapaba a través de sus ojos negros repletos de furia española, como le gustaba repetir a Macallan una y otra vez, rendido a los mismísimos pies de la joven.

María sabía bien, desde siempre, cómo encender a los hombres; los traspasaba con aquellas brasas en la mirada, inclinaba su rostro de óvalo perfecto enmarcado por una caballera negra como el azabache, entreabría sus labios rojos como un clavel..., elevaba su busto bajo un hombro desnudo y ladeado, acentuaba sus caderas con un vistoso contoneo..., y podía intuirse perfectamente su ferocidad en el uso de las armas de mujer.

El primer contacto entre ellos tuvo lugar en el Secret Garden Club, de la mano de Harvey Carmichael, precisamente en las dependencias privadas de aquel peculiar hombre. Al entrar pudieron comprobar que su gusto por el cine clásico no era una mera pose comercial. Si numerosos retratos de artistas del Hollywood de los años dorados o fotografías de escenas míticas poblaban las paredes del local, las del despacho del dueño ni se veían, simplemente porque estaban por completo tapizadas por ellos, representando todos los estilos, como westerns o policiacas, y protagonizadas tanto por sensuales divas como por galantes astros del celuloide.

—Es mi enfermedad —reconoció con orgullo una voz tras ambos, sobresaltándolos—. Hubiera querido vivir esa época esplendorosa desde dentro...

—¡Yo también! —exclamó Macallan, excitado como un niño ante un carrusel.

Una reprobadora mirada de su avinagrado amigo lo advirtió de que no se embalara.

—Pero tú eres joven y te dedicas a ello; ¡estás en la industria, muchacho!

—Por supuesto, pero, aun así, no es lo mismo que haber pillado aquellos gloriosos años.

—Pero tu cine sí, si me lo permites. Porque, cuando veo una de tus creaciones, es como si aquel cine reviviera.

Murdock, halagado, entabló una animada conversación.

—Eso intento —empezó.

Pronto Fergus tuvo la sensación de sobrar y se dedicó a revisar su teléfono móvil.

—Dichosos aparatos, son detestables —lo interrumpió poco después Harvey—. Nos arrebatan las amistades, las familias, la vida..., todo. ¡Causarán la ruina de la humanidad! Todo era mejor antes. Le estaba diciendo a Murdock que soy tu lector más devoto. Me cautivas con ese aire orsonwelliano... Adoro todas tus novelas...

—Vaya... Eso es... gratificante.

—Mira, precisamente tengo por aquí la última, que acabé de leer hace unos días. —Se dedicó a revolver por su escritorio—. Aquí... sí, señor —exclamó, esgrimiendo *Juego de llaves* y un bolígrafo.

Fergus firmó el ejemplar de modo mecánico mientras se preguntaba qué diablos hacían allí. Su anfitrión tomó de nuevo la palabra, con una sonrisa helada.

—Es una historia cruda, y algo salvaje, ¿verdad? La infidelidad y todo el drama que conlleva... ¿Has jugado alguna vez a las llaves, Fergus?

En ese momento quien se quedó helado fue el propio Fergus.

—¿A qué viene esa pregunta? —replicó.

—Es simple curiosidad, amigo.

Murdock carraspeó; se sentía ligeramente violento.

—El erotismo en el cine y la literatura es un ingrediente atómico, por eso me gusta saber cuánto saben de él sus autores. Simple curiosidad, sólo curiosidad. No me odiéis por ello. Cuando me conozcáis mejor, veréis que soy incorregible. Es decir, que no tengo remedio, siempre con las narices metidas donde no me llaman. En fin...

Mientras soltaba su perorata, Carmichael se acercó a una puerta lateral y la abrió con histrionismo circense.

—Caballeros... *voilà!*

Por allí surgió María Hidalgo, vestida con mallas y un *top* de cuero que dejaba al descubierto su estrecha cintura, su ombligo y su tersa piel. Poseía una mirada desafiante, que en ese momento echaba chispas, el cabello rizado y revuelto, y calzaba unas botas con hebillas. Se acercó a ellos con bastas zancadas, pero luciendo unos hombros y un escote que hacía que resultara imposible no fijarse y no desear tocarlos.

Fergus recordó el calor de su cuerpo cuando la tuvo bajo el suyo en aquel callejón y en el acto la tirantez de su miembro respondió por él. Por su parte, Murdock la imaginó enfundada en un ajustado vestido de licra negra corte Gilda, con sus interminables guantes, cegadores brillantes, el cabello recogido hacia atrás...

—Demasiado sexual para Brigitte, pero podemos crear un híbrido entre Brigitte y Hayworth... ¡Síííí!

—Qué dices, chalado —susurró su amigo—. Ésta no tiene arreglo.

Un globo de chicle sabor fresa ácida explotó en los labios de la joven, corroborando aquellas

palabras. El escocés se pasó la lengua por los labios de forma libidinoso; a saber por dónde andaba su mente calenturienta.

—María, por favor —le indicó Harvey—. Antes de nada, ya sabes lo que debes hacer.

La joven lanzó la billetera sobre el sorprendido rostro de Fergus.

—Toma tu puta cartera —le dijo, clavándole aquella mirada embrujadora de almas.

Él consiguió atraparla al tiempo que la agarraba a ella por la muñeca, sin apartar la vista y sin pestañear. María le sostuvo la mirada y ambos se mostraron desafiantes. Por fin consiguió desasirse.

—¿Ya estás contento? —planteó, girándose luego hacia Harvey a la vez que hacía otra pompa con el chicle y lo miraba con ascuas en los ojos.

Tras comprobar el contenido de la billetera de una ojeada, el profesor chasqueó la lengua y miró hacia otro lado cuando refunfuñó:

—Ni rastro de los doscientos dólares; debería haberlo imaginado.

—¡Eh...! —protestó entonces María—, ¿por qué no estás *conforme*? Te he devuelto tu sucia cartera, ¿no? Estaba así cuando la encontré.

El profesor Wellan puso los brazos en jarras, tal como hubiese hecho en una clase.

—Por supuesto. Conforme.

—Estupendo, ahora que ha terminado la disputa, podremos al fin... —empezó a decir Murdock.

—Es conforme —lo cortó su amigo.

—Celebro que estés conforme, profesor Wellan. Ahora vamos a centrarnos en... —intervino Harvey, muy animado.

Fergus hizo un ademán impaciente con la mano.

—¡No *estés*! ¡Es *es*! —lo corrigió.

—Es, ¿es? —preguntó Macallan, sin comprender.

—¿Qué es lo que es? —A su vez, Harvey Carmichael necesitaba una aclaración.

—Si esto va a seguir mucho rato así, me piro —decidió María.

—¡¡¡No!!! —vociferó Fergus.

—¿Que no? —lo retó ella—. Compruébalo tú mismo.

Hizo el amago de marcharse, pero Harvey la detuvo.

—Señores, centrémonos, se lo ruego —imploró.

—Era por «conforme» —siguió insistiendo Fergus.

—Conforme, ¿el qué? No me entero. —La cara de Murdock era un poema a la confusión.

—Bueno, qué más da, empecemos. —La voz del propietario del Secret Garden sonó a orden.

María los miraba con cierta curiosidad; parecía divertida ante el caos de la conversación sin sentido que mantenían esos hombres.

—¡Basta! —chilló de nuevo Fergus—. ¡Ella ha dicho *conforme*!

—No, qué va. —Más hubiera valido que Murdock hubiese callado, dada la mirada airada y

ceñuda de su enojado colega.

—¿Yo? —se sorprendió la chica.

—Que, ¿qué? —Harvey ya se había perdido por completo.

—Es ¡conforme! —insistió de nuevo, obstinado, Fergus.

Entonces todos cerraron el pico y lo observaron, atentos, en un silencio sepulcral.

—*Confrome*, ella me ha preguntado que por qué no estaba *confrome*. —La respuesta de Fergus sonó titubeante, apagada, como si se excusara.

Carmichael se dio la vuelta mirando al techo, incrédulo.

—¿En serio? ¿En serio?

—Acostúmbrate, va a ser siempre así —advirtió Murdock.

—Por favor...

—Es relevante. Si quiere ser actriz, debe hablar y pronunciar bien —se justificó el profesor.

—Pero ¿cómo que no habla bien? —perdió los estribos Harvey—. María, di conforme.

—*Confrome* —obedeció la joven.

—Bueno —carraspeó Murdock, conciliador—, nos llevará algo de trabajo, pero podremos conseguirlo. Ella puede llegar a ser nuestra gran actriz.

—No, no puede. Imposible —objetó su socio, enérgico.

—¿Quién dice que yo quiera esa mierda? —se revolvió la susodicha, con furia.

Fergus Wellan se encogió de hombros y puso cara de «¿Lo veis?». A continuación, la expresión de Harvey generó desasosiego en ambos amigos; sólo fue un segundo, pero resultó ser suficiente como para desvelar su auténtica condición de depredador.

—Serás buena chica y harás lo que yo diga, por algo soy tu representante.

Murdock y Fergus se miraron con complicidad, conscientes de que, con esa jugada, el astuto Carmichael se hacía un hueco en la industria con pleno derecho.

—Bien. —Murdock trató de mostrarse de nuevo conciliador; le interesaba la chica, era su Brigitte—. La puliremos; necesita arreglos, necesita...

—Oye, cielo —el chicle dio vueltas furiosas por la boca de María—, no hables de mí como si fuera un coche, estoy aquí.

—Calla, ignorante. No sabes con quién estás hablando —la increpó Harvey.

—Señor Carmichael, si vamos a trabajar juntos, en lo sucesivo no la trate así, por lo menos delante de mí. Ahórreselo, ¿de acuerdo? —intervino Fergus.

María lo miró por primera vez con interés. Murdock retomó su secuencia de pensamientos con rapidez para cortar la tensión.

—Aunque en maquillaje y vestuario harán un trabajo grandioso, habrá que ir pensando en ponerle algo más de pecho, rebajarle la punta de la nariz, alzar esas cejas, levantar y teñir cabello, los pómulos un poco más...

—¿Te estás oyendo, Murdock? ¿Qué quedaría de tu Brigitte si haces todo eso con ella? Es perfecta así. Sólo hay que refinarla. Yo me encargaré de la dicción y de cultivarla y tú, de su

imagen, pero sin intervenciones, y nos supervisaremos mutuamente, ¿de acuerdo?

Murdock sacudía la cabeza afirmativamente mientras pensaba.

—¿Cultivarme? ¿Cómo si fuera una planta? —María rio, socarrona.

—Título del libro que estás leyendo... —la desafió de nuevo Fergus.

—¿Libro? —La joven se burló, emitiendo risas estridentes.

—Necesitaremos otro nombre. —Emocionado, Murdock proseguía con sus planes de creación de su diva—. Uno con impacto. María Hidalgo carece de atractivo.

—Pues a mí me suena bien —rebatía Harvey.

—Porque eres anglosajón. Hay que buscar un nombre que enganche a todo el mundo: al público latino, anglosajón, asiático, nórdico, africano... para que nadie pueda olvidarla una vez que la conozcan y, así, pasen a amarla.

—Soy una puertorriqueña del Bronx, no quiero renunciar a eso —intervino María, por primera vez sin vacilar y sin chulería; la seriedad y determinación en su rostro no admitían dudas de que hablaba convencida.

Fergus la observaba con los ojos entornados, reflexionando acerca de ese asunto.

—Algo híbrido, fácil de pronunciar y fácil de retener —meditó en voz alta.

—Sííí, como aquel boxeador que corría por el parque Morris —se animó Murdock—. ¿Cómo se llamaba? —Pensó con frenesí, y chasqueó los dedos con mayor frenesí aún cuando se acordó—. ¡García! ¡Robert García!

—¡Exacto! —asintió Fergus—. ¡Morris! Nos falta el nombre.

—Estáis fatal, peor que la loca Anita, que, cuanto más come, más vomita —comentó María.

—¡Eso es! ¡Anita! ¡Anita Morris! ¿Acaso no suena bien? ¡Ya lo tenemos!

—¡Eres el puto amo! ¡Un jodido genio! —lo alabó, aplaudiendo, el escocés, eufórico.

—Anita Morris —susurró Harvey, acariciándose el mentón—, me gusta...

Anita Morris se metió un dedo en la oreja, hurgó, lo sacó y miró el resultado de la excavación a la vez que se encogía de hombros.

—Va a ser duro, Murdock —afirmó el profesor.

Éste forzó una sonrisa cuando respondió.

—Podemos conseguirlo, socio. Seguro.

Harvey miró a la extinta María Hidalgo.

—Nena, vete a casa —le ordenó—. Mañana aquí.

La nueva diosa aún sin pulir, Anita Morris, les echó una prolongada mirada sin dejar de mascar chicle con su sabrosa boca abierta y, tras abanicarlos con sus pestañas, se marchó por donde había venido, muy tiesa.

—Está indignada, pero se le pasará. Sabe que sale ganando, la muy caradura —la excusó Carmichael, dueño y señor del Secret Garden y de cuanto había y se movía en él.

—¿Cómo la ha convencido para aceptar nuestra propuesta? —quiso saber Murdock Macallan.

—¿Te refieres a someterse a los caprichos de dos individuos sin escrúpulos? —refunfuñó el

profesor Wellan.

—Fácil: o esto o la cárcel.

—Debería haberlo supuesto —murmuró Macallan—. Bueno, en cualquier caso, todos salimos ganando. Haremos de ella una estrella y eso se traduce en... —hizo el gesto moviendo los dedos que significa dinero—... pasta, mucha.

—¡Buen negocio, caballeros! —Un sonriente Harvey se frotó las manos—. Lo sellaremos con un doble malta de veinticinco años. Escocés, por supuesto.

Se dirigió al mueble bar, donde empezó a preparar los whiskies.

—No sé si es tan buen negocio —reflexionó el profesor—. ¿Cuándo empieza el rodaje?

—En breve —lo informó Murdock, apretando luego los dientes y encogiéndose de hombros. Fergus lo miró, acongojado.

—¿Cuándo —bajó la voz para continuar— es *en breve*?

Su amigo se encogió de hombros de nuevo.

—Unas pocas semanas... —rezongó por lo bajini.

—¡Murdock! —bramó su compañero, exasperado.

—¡¡¡Quince días!!! —chilló a su vez el aludido—. Los productores ejecutivos quieren estrenarla en verano... Se les va la olla detrás de la pasta.

—Entonces, olvidemos todo este asunto, no lo conseguiríamos.

—No seas cenizo, hombre. Querer es poder, y podemos hacerlo.

—¡Eres un auténtico demente! Eso supondría trabajar noche y día, y ni aun así. El cuerpo tiene sus límites y la mente más.

—Pero la chica es lista —lo animó Harvey, mostrando una perfecta hilera de costosos y nucleares implantes. Depositó sendos whiskies en las manos de sus invitados y repitió—: Muy lista.

—Aunque lo sea —objetó Fergus—. ¿Cómo va a controlar en dos semanas lo que cualquier chica medianamente educada tarda años en aprender?

—Mira que eres negativo —se enfadó su amigo—. Te aseguro que el primer día de rodaje nadie sospechará que la hemos recogido de la calle.

Fergus, obstinado, sacudía la cabeza en sentido negativo.

—Señores, ante tal discrepancia, sólo hay una solución posible —dijo Harvey Carmichael.

—¿Cuál? —preguntaron los dos amigos a la vez.

—Una apuesta, me temo. —La mirada de Carmichael a través del cristal de su vaso era igual a la de una constrictor enroscada a su presa.

—¡Pues claro! —gritó Murdock—. Mira, cabezota, me apuesto un viaje con todos los gastos pagados a que gano.

—¿A dónde? —La respuesta cáustica de Fergus se vio reforzada por una ceja levantada y una mirada escéptica.

—A... aaaa... ¡Honolulu!

Los labios de Fergus se arquearon de medio lado cuando soltó:

—Lo veo, amigo. Veo tu apuesta.

—¡Ja! —Murdock palmeó sus enormes manos.

Y, como solían, ambos las encajaron con un salivazo para validar el trato. Murdock tomó la palabra de nuevo, por completo entusiasmado.

—Crearemos la leyenda de Anita Morris a nuestro antojo; el mundo creará lo que nosotros queramos.

—Alto, muchacho. No corras tanto —lo interrumpió Carmichael, agitando su whisky—. Tengo una idea mejor.

—¿Cuál? —De nuevo, los dos amigos preguntaron a la vez.

Capítulo III

—No puedo creer que estemos haciendo esto... —le susurró un contrariado Fergus a su sonriente, hasta la indecencia, amigo.

Sentados en el despacho de Sarah Barnes, aguardaban la llegada de la ejecutiva de la poderosa cadena televisiva VHNYC, además de directora del programa de telerrealidad, detestado y amado a partes iguales, «Toda América lo sabe menos tú».

—Morderás el polvo, querido. Te voy a machacar.

—¿Cómo hemos podido prestarnos a esto? Es inmoral —siguió refunfuñando.

En ese momento hizo su aparición en dicho despacho Harvey Carmichael.

—¡Buenos días y perdón por el retraso!

—Ahí entra tu respuesta —le murmuró Murdock al oído.

—Apuesto a que ha venido ensayando su aparición todo el camino; menudo fantasma —protestó Fergus entre dientes.

—No apuestes más o quedarás en pelotas dentro de un barril. Además, no sé cómo puede caerte tan mal... Es convincente e irresistible, y a la película le vendrá de maravilla el dineral y la promoción.

—Engañar a esa pobre chica es una manera muy obscena de obtener dinero y promoción.

—¡Bah! Ella se hará famosa y la película estará lanzada antes de realizarse. Todos saldremos ganando, ¿es que no lo ves?

—Lo que veo es que, como nos salga el tiro por la culata, será nuestro fin.

—¿Se nace así de pesimista o se estudia para ello?

Harvey tomó asiento y en ese instante la puerta se abrió de nuevo con la entrada de una mujer espectacular envuelta en Pure Poison, de Dior. Una lengua de perfume azotó la nariz de los hombres mientras ella, con paso firme, se ubicaba al otro lado de su lujoso escritorio. De mayor estatura que todos ellos, con un cuerpo escultural de formas omnipresentes, rubia de piel bronceada y ojos verdes como el agua cristalina de un lago tocado por el sol, enfundada en falda y bléiser negros, unos *stiletto* Manolo Blahnik elevaban sus interminables piernas todavía más. Una cirugía muy bien hecha dejaba sus más de sesenta años en el limbo de la edad indeterminada de mujer madura muy juvenil.

—Sarah Barnes. —Les dio la mano uno a uno, con la mesa de por medio—. Harvey, gracias por tu mediación. Según parece, tenemos programa. Va a ser una bomba...

—Esperemos que no explote antes de tiempo —murmuró Fergus.

—¿Perdón? —se interrumpió ella, estupefacta.

—Disculpa a mi socio. —Murdock, que estaba al quite, la obsequió con una de sus sonrisas más sexis y provocadoras—. Ya te acostumbrarás, él es así. Sufre de incontinencia verbal, por lo que dice lo que piensa, sin filtros. Es inofensivo, sólo es un filósofo metido a letras.

Ella lo miró muy seria, por encima de unas gafas Armani que acababa de colocarse. Cogió unos papeles.

—Pues la televisión va a meterlo en cintura, me temo. Gracias... ¿Fergus?

—No, Fergus es él, yo soy Murdock.

—De acuerdo. Dejaré claros tres puntos fundamentales. Primero, con la audiencia no se juega. Segundo, conmigo tampoco. Tercero, el fin justifica los medios. ¿Necesitáis aclaración o puedo avanzar?

Pilló un mando a distancia y lo presionó. En una pantalla a su izquierda apareció el logo del *reality* y empezó a sonar su banda sonora característica. Fergus y Murdock comprendieron en ese momento exacto la fama de tiburón despiadado de Sarah Barnes. Tenía que serlo para sobrevivir en un mundo de hombres y conducir hasta las cotas más altas del éxito su programa. Harvey y ella eran buenos amigos desde hacía años y convencerla del negocio había resultado sencillo. Ella sabía ver sus oportunidades y allí había olfateado una auténtica mina de oro de veta infinita. Toda Norteamérica asistiría a la evolución de aquella pobre diabla inculta, que día a día debería luchar contrarreloj para convertirse en la estrella más deseada... Pero... ¿lo conseguiría? Sus benefactores estaban divididos y se habían apostado un viaje a Hawái... Pronto empezaría una guerra sin cuartel, de la que, al final, sólo uno podría salir vencedor... ¿Quién sería? Fergus Wellan vs. Murdock Macallan, dos hombres y un destino. Una chica sencilla, María Hidalgo, iba a ser reemplazada por una flamante actriz, Anita Morris. Millones de espectadores iban a asistir a tal metamorfosis, y ella misma sería la última en saberlo. Dos hombres enfrentados a un único resultado: ¿lo lograría Anita Morris? Para saberlo, nadie se podía perder «Toda América lo sabe menos tú».

Sarah congeló la fotografía de Anita con la que acababa el vídeo promocional del lanzamiento del programa. Aquella gente trabajaba bien, no cabía la menor duda. Con el mando aún en la mano, alzó las cejas mirando en dirección al escocés; en sus ojos podía leerse claramente un «¿y bien?».

—Guauuuu —exclamó Murdock—. Suena... ¡¡¡Guauuuu!!!

Codeó al lúgubre Fergus para animarlo a mostrar algo de entusiasmo.

—Bravo —respondió éste, con voz neutra.

Un prolongado carraspeo de Harvey sobrevoló el ambiente.

—Lo vais a petar. Ésta será la mejor edición de cuantas ha habido y habrá —sentenció a continuación.

—Más te vale o me encargaré de que te arranquen los huevos.

Harvey se tocó el paquete sin resultar grosero.

—No matarás a la gallina de los huevos de oro, nena —replicó.

Sarah esbozó una sonrisa desganada. Murdock, totalmente fascinado, era incapaz de apartar los ojos de aquella mujer. Ella, conocedora de que ya lo tenía en el bote, evitaba mirarlo de modo deliberado. Por su parte, Fergus, mentalmente, hacía y deshacía toda clase de conjeturas al respecto de tan larga amistad. ¿Qué fuerte lazo mantenía unidos a dos seres tan dispares como Carmichael y Barnes? Se prometió averiguarlo tarde o temprano, pero ya intuía que se trataba de un tema de ansias de poder y dinero.

—Mantendremos una reunión semanal para visionados y objetivos. No obstante, os lo aclaro: propongo vuestra presencia sólo por cortesía... —los despidió.

—Eso ya estaba previsto en el contrato y lo aceptamos gustosos, no te preocupes. —Murdock casi había perdido el control y la desnudaba con los ojos.

—No, no me preocupo. Ha sido un verdadero placer.

Les estrechó la mano y los acompañó hasta la puerta.

En el pasillo, enmoquetado en color burdeos y con las paredes repletas de gigantescas fotografías de las estrellas de la cadena, Murdock miró el papel que Sarah había depositado discretamente en su palma. Fergus y Harvey, delante, avanzaban discutiendo alguna cosa. El número personal de la ejecutiva aparecía en él, garabateado con rotulador rojo. Su frente se distendió a causa de la grata impresión; guardó la notita por completo alborozado.

* * *

Resultó que el edificio donde se ubicaba el Secret Garden Club pertenecía, todo él, a Harvey Carmichael, y en el ático del mismo había unas dependencias para su uso personal, que generalmente era puntual. Allí tendrían lugar las clases para la preparación de Anita; así lo ofreció y así se aceptó. Fergus y Murdock se preguntaban qué habría en los pisos intermedios... Éstos permanecían cerrados. «Ya no me dedico a eso», dijo tan sólo al respecto, enigmático, cuando le preguntaron. El sitio era perfecto para sus propósitos, y todo estaba a punto para empezar a trabajar; las cámaras de «Toda América lo sabe menos tú», también. Aguardaban pacientemente tras las paredes de la camuflada estancia contigua, una habitación del pánico imposible de advertir tras los entablados de roble.

Anita se presentó puntual, vestida de negro, *leggings* y jersey largo. Llevaba el cabello recogido en una cola alta y desordenada, e iba sin maquillar. Fergus pudo apreciar su gran belleza sin artificios. ¿Por qué no podían mostrarla así, tal cual? Un manojito de llaves colgaba de su cintura.

Murdock tomaba fotografías de manera enfebrecida.

—Documentaremos el antes y el después... Ni tú misma darás crédito al resultado final.

Anita se acercó al ventanal. Al otro lado, la jungla de cumbres de hormigón saludaba al temprano sol de las primeras horas de la mañana. Su mirada buscaba el lejano asfalto, allí donde

vehículos y personas resultaban indistinguibles. Fergus le arrebató la cámara a su amigo y capturó ese primer plano que guardaría para siempre en su retina y en su corazón.

—Vamos allá —propuso Murdock—. ¿Conforme, María?

—Conforme —respondió ella en un hilo de voz, sin moverse ni pestañear siquiera.

Fergus le entregó la cámara a Murdock sin dejar de observarla; entonces ella se volvió y le devolvió la mirada, con los ojos bañados en melancolía.

—Es Anita, siempre fue Anita —dijo con voz queda.

La mañana voló entre ejercicios de andares en puntillas y hombros enderezados, miradas oblicuas y fulgurantes y palabras deletreadas en dicción quisquillosa. Cuando llegó maquillaje y vestuario envuelto en su nube de jefes amanerados, asistentes estresados, mulas cargadas de ropa esperpéntica, tintes y colores más allá del arcoíris, así como centenares de cajitas y palillos de comida china para continuar por la tarde sin parar, el reloj pareció estropearse... ¿Para qué seguir marcando una hora que nadie atendía?

«¡Treinta minutos para comer!», gritó alguien, y sucedió una diáspora desenfrenada en busca de un rincón íntimo donde satisfacer al monstruo del hambre. Anita, como todo el mundo la llamaba ya, cajita de fideos en ristre, se acomodó en el sitio más apartado, al lado de la cristalera; el sol bañaba su espalda, su nuca, su cabello.

—Si le damos forma y teñimos de rubio ese pelazo, conseguimos una Bardot 2.0, palabra de Johnny Qu —le dijo el estilista al embobado Fergus, y desapareció.

Anita arqueó una de sus largas piernas y arremangó con exasperante lentitud, pantorrilla arriba, la pernera hasta dejar atrás la grácil rodilla; entonces cogió un tubo de crema, aplicó parte de ésta sobre las palmas de las manos y empezó a masajearse con tal suavidad y precisión que el profesor pudo sentirlo, y el vello de su propia piel se erizó, produciendo corriente. Ella lo miró sin dejar la fricción y sus flamígeros ojos le atravesaron el alma entera, provocándole un estremecimiento. La chica despegó los labios y sus incisivos acabaron mordiendo levemente el inferior. Los de Fergus sintieron su calor; se hubieran posado y apretado sobre ellos, todo su cuerpo se hubiera apretado contra el de ella. La lujuria lo devoraba. Su bajo vientre ardía, resucitado y más vivo que nunca. Sucumbiría allí mismo, ante todos, pues tal era la furia de su deseo. Se ausentó para ir al baño; debía arreglarlo, helarlo como fuera.

El cuarto de baño estaba al otro lado del descansillo. Accedió a él y luego se metió en la ducha, por encerrarse todavía más. Metió la mano bajo los pantalones y se le escapó un gemido al palpar el pétreo monumento a la virilidad entre sus dedos. Se frotó y un espasmo recorrió todo su cuerpo; no quería masturbarse en aquel momento ni allí, pero su mente, embotada, no funcionaba, y su voluntad, sometida al deseo, aún menos. Arqueado contra la pared y con los ojos fuertemente cerrados, no la vio ni la oyó entrar, hasta que notó unas suaves manos apartar las suyas y tomar el relevo.

—Pero... —susurró.

—Chiiiiist, calla y no abras los ojos —pidió ella mediante otro susurro.

—No... ¿Qué haces...? No sigas, te lo ruego —imploró, aunque abandonado al placer.

—¿Quieres que me vaya...? —Las palabras se deslizaron por su boca mientras que su virilidad lo hacía entre aquellas suaves palmas.

—Nooooo —gimió.

—Deseas que siga...

—Sigue, sig...

Un «oooooooo» profundo, gutural y prolongado substituyó las palabras cuando sintió la succión de los labios y la cálida humedad de la garganta impregnó su miembro palpitante. Se agarró al cabello de la mujer misteriosa y empujó suavemente mientras ella chupaba, recorría con la punta de la lengua, besaba y volvía a chupar. Él sentía un ardor insoportable consumir sus entrañas, lo sentía llegar como una bola. Sentía que iba a estallar dentro de aquel ser providencial...

—No pares, no pares, no pares... —Agarrado a la cabeza de ella, la balanceaba hacia delante y hacia atrás con el ritmo de sus propios espasmos—. Ahgggg, aaahhhh... —Tuvo un orgasmo como nunca, fue salvaje. No podía dejar de arquearse y vaciarse en un auténtico frenesí. Fue eléctrico. Y ella quedó repleta de toda su esencia.

—Date la vuelta, sigue con los ojos cerrados y no los abras hasta haber contado hasta cien. ¿Entendido? Si no, jamás volverás a saber de mí.

Él obedeció como un escolar, y ella aún le dio otra sorpresa antes de desvanecerse: palmeó sus nalgas, lo abrazó por detrás, le tiró del pelo y, con un movimiento rápido, le aplastó la cara contra las baldosas de la ducha.

—Ahora eres mío. No lo olvides.

Dicho esto, se esfumó tal como había llegado, y nada quedó de ella cuando Fergus, alucinado y subiéndose los pantalones, se decidió a salir de la ducha por fin. Mientras aguardaba con los ojos cerrados, contando, sólo oyó el potente chorro de agua del lavamanos... Luego, nada de nada.

Al llegar a cien, abrió los ojos y se contempló, pasmado, en el espejo. «¿Qué coño acaba de pasar tras la mampara? ¿Quién es ella? ¿Por qué lo habrá hecho?» Sentía una mezcla de estupor, placer y arrepentimiento. Sin embargo, el placer había sido supremo y quería repetir; sólo eso había logrado anidar en su confusa mente.

Entró de nuevo en la sala con la ingenua esperanza de no encontrar a Anita o encontrarla medio escondida... Eso supondría la clara evidencia de que le debía a ella aquel encuentro fenomenal, pero no: la muchacha no se había movido de su rincón al lado del ventanal, donde bebía café plácidamente. De pronto aparecieron los de vestuario y se la llevaron.

—¡Joder, tío! ¡Por fin te encuentro! —lo apabulló Murdock, materializándose de repente frente a él—. ¿Qué has hecho? Hueles a sexo, cabrón.

Fergus, azorado, enrojeció hasta la nuca y lo negó, esquivando el contacto visual.

—Que huelo, ¿a qué?

—Nada, hombre, que te lo crees todo... El caso es que has tardado tanto que o has echado un quiqui o has tenido un ataque de diarrea.

—Eres un cerdo.

Murdock lo contempló un momento y de sus ojos surgieron auténticas chispas.

—Noooooo has tenido un ataque deeee...

—Cállate de una vez, botarate. Vamos a lo nuestro.

Murdock se disponía a replicar cuando su teléfono sonó y entonces atendió la llamada.

—Bajo enseguida —dijo al terminar la conversación con su interlocutor—. Sarah ha venido hace un momento, estaba muy acelerada. —Bajó la voz al dirigirse a él—. Me ha traído un *pen* con la biblia del programa, es decir, todo lo que quiere que le provoquemos a Anita, y ha olvidado su bolso... Mira, allí está. —Señaló un bolso de charol rojo—. Voy a llevárselo y vuelvo; id empezando sin mí —soltó, y abandonó el *loft* del ático sin esperar respuesta, como si huyera del fuego.

Por un momento, un delirio fantasioso impregnó la ya embotada mente de Fergus... ¿Podría haber sido Sarah la protagonista del encuentro sexual en el baño? Aquella voz había sido apenas un susurro, y además estaba algo impostada, así que no podía saber a quién pertenecía. Todo encajaba. Sarah había llegado en busca de Macallan, pero lo había visto a él. Tal vez lo deseaba desde el día de la reunión, porque recordaba que lo había mirado con bastante interés sin el menor reparo. Además, nadie podía dudar de que era una mujer fogosa; su cuerpo, sus ojos, sus maneras lo avisaban. Parecía una mujer a quien le gustaba jugar fuerte y dominar; por tanto, era perfectamente capaz de haber hecho eso y cuanto se le antojase... Sólo con pensarlo, su libido volvió a subir como un termómetro incendiado. Se dirigió a la nevera y se bebió de un solo trago una tónica helada; luego cogió un puñado de hielo picado y se lo restregó por la cara. Sólo cuando se hubo secado con una toalla de papel notó cómo todo regresaba a su lugar, incluida la mente.

—Cielo, parece haber salido de un horno, y sólo estamos en marzo —comentó Johnny—. ¿Cómo es posible? ¿Tienes fiebre?

—Calla, no me hables... Es algo así...

Ya habían dejado a Anita perfecta para la primera prueba de cámara. Su personaje en el filme *Noche sin luna* era el de una moderna mujer fatal, cruel, agresiva y helada. Lucía impresionante. Le habían alisado el cabello, iluminado el rostro, ahumado los ojos, perfilado los labios con un tono *nude*. La habían vestido con una blusa blanca anudada a su estrecha cintura, desabotonada lo justo para insinuar el nacimiento de sus pechos, y le habían enfundado las piernas en unos vaqueros pitillo de cintura baja... Encendieron el ventilador, su cabello empezó a danzar... sexy, despampanante...

—Pero ¿dónde está Macallan ahora, cuando más lo necesitamos? Se va a ir la luz...

—No lo necesitamos —aseguró Fergus, situando el ojo ante la cámara de cine—. De la foto fija iba a encargarme yo, para ahora lo harás tú, Johnny —ordenó, tendiéndole la Nikon.

—Voyyyy.

El aludido, completamente encantado, se puso a la faena.

El estilista llevaba puesta una boina sobre su melencudo pelo a lo Beatle, y un bigotillo y una

ligera perilla enmarcaban sus gruesos labios, que junto a su camiseta a rayas le conferían un aspecto de lo más *beatnik*, algo que, de serle mencionado, le provocaba un orgulloso estiramiento de su delgado torso porque jamás negaría su condición de friqui de los cincuenta.

—Apaga esa mierda o apártala de mi jeta —masculló Anita.

—Criminal del glamur —masculló a su vez Johnny.

Fergus se apartó un momento de la cámara.

—Johnny, ven —lo apremió.

Ambos se situaron ante la joven bella y grosera, cruzaron los brazos sobre el pecho y la contemplaron largo rato en silencio, por completo compenetrados. Fergus se sentía satisfecho con la empatía de Johnny Qu; habían conectado de inmediato y eso era fantástico.

—Bueno, dejad de mirarme las tetas, capullos —protestó Anita.

—Esta chica es salvaje como una gata endiablada —resopló el estilista.

—Esta chica es el diablo en persona —corroboró Fergus.

Ambos hombres se miraron un instante y volvieron a posar su vista sobre la muchacha.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —exclamó Johnny.

—¿Estoy pensando lo mismo que tú? —respondió Fergus.

—Hay que decolorarla a rubio.

—Rubia devorahombres —añadió Fergus mientras la estudiaba fijamente.

Ella no apartó la mirada, oscura, enigmática, críptica, insondable, llameante. Sin embargo, sus labios no se despegaron.

—Rubia reflectante y ya tendremos a la Bardot de Murdock... Por cierto, ¿dónde se ha metido? No puedo creerlo, no es normal en él.

—Es que últimamente no está muy normal que digamos. Tú —señaló a la joven— céntrate en lo que te digamos y la pose de adolescente callejera te la reservas para tus amiguitos; aquí, a trabajar. Has firmado un contrato.

De inmediato, la furia se dibujó en el rostro de la mujer. Expresó con los puños y un rugido gutural lo que la cólera le impedía pronunciar con palabras. Con todo, obedeció y se dispuso para la sesión.

* * *

—Domina el arte del posado y la seducción a través de la mirada, desde luego.

Johnny admiraba las fotografías a través del visor de la cámara.

—Aún puede hacerlo mejor, hay que erradicar ese aire de barriobajera que no controla —discrepó Fergus.

El estilista lo miró, sorprendido. Había caído la noche y las luces de la ciudad salpicaban la negrura más allá del ventanal. Recogían.

—Mañana tráete este texto aprendido.

Fergus le tendió un folio a Anita.

—¿Cómo lo he hecho? —le preguntó, mirándole directamente el paquete.

Él se perturbó de inmediato; le era imposible olvidar lo ocurrido en el baño horas antes y la quería a ella en la repetición de aquella escena.

—Lo harás mucho mejor mañana, seguro —contestó.

El demonio de Anita surgió e invadió su expresión y su voz cuando respondió.

—¡De acuerdo! —Le arrebató el papel de un manotazo—. Mañana te vas a enterar de quién soy yo.

Se marchó hecha un basilisco.

—¿No has sido demasiado duro? —le preguntó, muy serio, Johnny.

—Nunca se es lo suficientemente duro. Estos personajes tan básicos se vienen arriba con nada. Hay que sujetarlos con la correa bien corta.

—No sabía que eras tan capullo.

Johnny le dio la espalda en el mismo instante en el que Murdock aparecía, arbolado por la carrera.

—¿Ya habéis acabado? ¿Dónde está Anita?

Fergus le tendió la Nikon con desgana.

—Camino a su casa, supongo. Ha sido una buena sesión.

—Lo siento, tío. No sabía que era tan tarde. Se me ha ido la olla hablando del programa, precisamente.

Su amigo lo miró con suspicacia.

—No mientas.

—Vale... —El pelirrojo agachó la cabeza—. Esa mujer es una boa. No se cansa nunca, me ha dejado seco.

—¿Quién?

—Coño, pareces tonto. Sarah.

El embotamiento regresó al cerebro y al corazón de Fergus ante la certeza de que sólo Anita había podido ser su amante secreta, porque no concebía que Sarah hubiese estado con ambos en tan corto plazo de tiempo..., pero esa misma certeza se tornó en nueva incerteza cuando su amigo añadió:

—Quiero huir de ella, tío. Me da pánico, es como una mantis religiosa, y no quiero acabar con la cabeza cortada por un puto polvo. Sé que hoy mismo ha estado con otro además de conmigo, porque me ha comentado que le gustan los tríos y ha dicho que «qué pena no haber estado juntos este mediodía los tres».

En condiciones normales, Fergus le hubiese contestado muchas cosas a su amigo, pero en esa ocasión el estupor se lo impidió.

Capítulo IV

—Gracias, Phil.

Sarah recogió el sobre que su secretario le entregaba y despidió al hombre con un ademán de la mano. Lo rasgó y extrajo un *pendrive* Toshiba de 128 GB, blanco immaculado. Calibró durante un momento alguna idea. Lo puso en el ordenador y sonrió, satisfecha. En la imagen congelada se apreciaba claramente el rostro de Fergus gozando mientras le practicaban sexo oral en el baño del ático tipo *loft* de Harvey. Cerró el PC y arrancó el lápiz de memoria.

—Te tengo.

Introdujo el *pen* en un estuche de Swarovski vacío. Devolvió el estuche al primer cajón de su escritorio y echó unas cuantas carpetas encima.

—Así, a la vista, pero no demasiado. La mejor manera de esconder una bomba.

Complacida, dio la vuelta a la llave y se la guardó.

Apagó las luces y se fue.

El teléfono sonó inútilmente en la oscuridad del despacho desierto.

* * *

En alboroz, Harvey tomaba café sujetando la taza con una mano mientras que con la otra sostenía el *New York Times*, cuando su móvil sonó. Era Sarah.

—¿Cómo van las cosas, Harvey?

—Bien, de momento todo correcto.

—¿Voy a tener un buen programa?

—La chica es fantástica... ¿Te llegó el sobre?

—Sí, tengo el contenido a buen recaudo.

—Bien...

—Bien.

—Sarah...

—¿Qué pasa, Harvey?

—¿Por qué te has liado con Macallan?

—¿Y tú por qué piensas que me he liado con ese paleta?

—¿Paleta, Macallan? Cada día eres más harpía.

—Era una manera de hablar.

—Sigo pensando que cada día eres más harpía.

—Harvey, estoy ocupada. Ya hablaremos en otro momento.

El rostro de Carmichael cambió como el de una serpiente que muda la piel, y su voz sonó como el metal cuando insistió.

—Respóndeme, Sarah: ¿por qué te has liado con Macallan?

—No me vengas con celos a estas alturas. Sólo es sexo. —Ella también estaba seria.

—Y tú no me vengas con arrebatos adolescentes. Córtalo antes de que se vaya todo a la mierda.

Sarah colgó. Harvey contempló el teléfono un instante como quien contempla el vacío. Luego lo dejó sobre la mesa, tomó un sorbo de su café y se centró de nuevo en las noticias del periódico.

* * *

—Vamos, vamos —apremiaba Johnny—, que no tengo toda la mañana.

Anita, con el cabello húmedo, soportaba el paso de las tijeras por sus puntas.

—Cuando te lo seque, no te vas a reconocer —le comentó una espigada peluquera muy parecida a Julia Roberts, ignorando de paso la presión del jefe.

—¿En serio que no puedes correr más? Aún hay que pasar por vestuario y Tom es un pamplinas.

La chica lo fulminó con la mirada y siguió a lo suyo con el garbo del enfado. Johnny se dedicó a deambular por el salón, dando vueltas, nervioso, mientras mantenía conversaciones con mayor o menor crispación a través de sus auriculares One Touch. Iba y venía hasta que de pronto se detuvo ante el espejo, con la boca abierta. Su peluquera tenía las manos puestas sobre la rubia cabeza de la mismísima Brigitte Bardot en persona, melenaza despeinada, rutilante, despampanante. La negrura de sus ojos se acentuaba y los afilados ángulos de su rostro se habían dulcificado. Incluso el fuego de su mirada parecía refulgir con mayor intensidad.

—¡Si ya lo decía yo! —clamó el estilista—. ¡Cuando te vea Murdock, se desmayará!

—Y el otro, ¿no? —preguntó Anita.

—Te gusta, ¿eeeh? —Johnny estaba en su salsa.

La joven puertorriqueña hizo un ademán despectivo y sacó la lengua.

—Bah...

El estilista se dispuso a continuación a dar instrucciones precisas a vestuario.

—Ponedle el *top* de licra negro... Sí, éste de las mangas sin hombros. Pantalones pitillo... Hummm... no. Esta minifalda de cuero con cenefa serpiente mejor... Y las botas, éstas... ¡Perfectas!

Se trataba de unas botas ajustadas hasta más arriba de la rodilla, del mismo material y color que la falda.

—¡Ah! Y, como pendientes, unos aretes de oro, tamaño medio... —le chilló al modisto

mientras se iba.

* * *

En el *loft* de Harvey, la actividad era trepidante. Los de iluminación, entre paraguas gigantes y focos, tropezaban con numerosos compañeros que les estorbaban. Todo el mundo molestaba a todo el mundo, era como si esperasen la llegada de una estrella más que a una simple aspirante a actriz aún por moldear. Los de vestuario se habían presentado con una cantidad de ropa como para cubrir las necesidades de un regimiento. Murdock iba de aquí para allá cambiando escaletas, disponiendo cortinajes y reajustando el trabajo de unos y otros. Lo quería todo perfecto. Siempre lo quería todo perfecto. Por su parte, Fergus, aislado en su burbuja personal, tecleaba en el portátil, para rehacer una parte del guion rechazada por los productores ejecutivos. Querían escenas de sexo, pero no tantas, pero tampoco menos intensas, aunque no pornográficas. ¿Dónde estaba el equilibrio? Iba a volverse tarumba... ¿En qué momento de enajenación mental se le había ocurrido hacerle caso al maldito escocés y aceptar ese trabajo?

Y, entonces, ocurrió. Una torre de sonido se precipitó con estrépito contra el suelo, levantando astillas de las tablas, al mismo tiempo que unas pisadas fuertes procedentes de la entrada captaron la atención de todos, cuyas cabezas giraron al unísono hacia aquella zona, y un estupor sincronizado enmudeció todas las gargantas. Los ojos de los presentes, clavados en la exuberante mujer rubia que avanzaba inexorablemente, la siguieron hasta que se detuvo ante el *set* de rodaje.

—¡Cielo santo! —A Murdock se le cayó la escaleta al tiempo que la mandíbula.

Fergus miró sin ver y regresó al teclado, pero entonces su mente recreó lo que los ojos no habían advertido y se volvió hacia Anita, por completo alucinado. «La mismísima Venus acaba de entrar», pensó. Sin embargo, esa idea lo incomodó y regresó al guion.

—¡Cielo santo! —repitió el cineasta, el más entusiasmado de cuantos pudieran estarlo.

Tomó a su astro por las puntas de los dedos y la hizo danzar ante él mediante una grácil vueltecilla.

—Todo en ti es armonía... —comentó con ese aire contemplativo de pintor que admira su propia obra.

Ella le sonrió, ni mucho ni poco, y acabó mordisqueándose el meñique sin dejar de mirarlo con profundidad. Él perdió la cabeza... La grabó con fervor, la fotografió con premura, la mimó entre toma y toma, le ofreció asiento, le ofreció bebida, le ofreció ternura... hasta que una sombra negra y cargada de amargura se cernió sobre ellos y acabó con el hechizo de repente: Fergus Wellan. Fergus Wellan, con su cara apática, su mirada melancólica y su media sonrisa de perpetuo desengañado, aguardaba, plantado ante ellos con la paciencia de un felino, el fin de la empalagosa escena cargada de arrumacos. Estaba celoso, naturalmente que lo estaba, pero no iba a admitirlo.

—Por fin —dijo como si nada cuando lo miraron—. ¿Te has estudiado el papel?

—Sí. Mira...

—Lástima —la cortó—. He tenido que cambiarlo todo...

La cara de Anita palideció; le había costado mucho trabajo memorizarlo, había puesto todo su empeño y ahínco... y temía no hacerlo bien. El pánico sustituyó la rabia.

—¿Su parte también? —protestó Macallan—. Pero si no era necesario tocarla.

—Eso díselo a tus productores ejecutivos.

En ese instante la furia desplazó al pánico en el corazón de Anita, quien arrancó los papeles de las manos de Fergus.

—¿Es esto lo que hay que recitar? Pues ¡vale!

La joven se situó en el centro del *set* bajo un foco cenital.

—¿Así estoy bien?

—No, súbete a la silla, por favor —le pidió Fergus.

—¿A qué silla? —gritó ella, medio cegada por la luz.

Fergus señaló una vieja silla de madera.

—A ésa.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Para impresionarnos.

Murdock contemplaba a Fergus como si no lo conociera.

—Es demasiado pequeña —protestó la chica.

—Si no te atreves a subir a una simple silla, no podemos esperar que te atrevas a nada.

—Canalla —susurró entre dientes Macallan.

—Ahora verás... —Anita se hizo con la silla, la situó bajo el foco y se subió encima.

Miró el papel, consciente de su falta de fluidez en la lectura y de visión a causa del foco; se vino abajo durante un segundo, pero, al ver la cara condescendiente del profesor, una punzada de orgullo la aupó. Sacudió la cabeza y algunos mechones se revolvieron ante su rostro, imprimiéndole un aire salvaje.

—Bella entre las bellas —murmuró un Murdock, hipnotizado.

Fergus, tan hipnotizado como su amigo, no quiso dar su brazo a torcer.

—Empieza, por favor —pidió, carente de cualquier emoción.

La voz de Anita era grave y aterciopelada, de mezzosoprano, pero en apuros. Sonaba entrecortada, sin proyección, dubitativa, incluso con tropiezos entre sílabas.

—Vale —dijo Fergus—. Respira y vuelve a empezar. ¿Quieres agua?

—No, gracias —respondió ella, enjugándose el sudor de la frente.

—¿Ya estás contento? —rugió Murdock—. Pídele que baje de la puta silla.

—No todavía —contestó, y se dirigió a una *script*—. Llévale agua y que beba.

Al cabo de un momento, Anita estaba lista para empezar de nuevo, pero el resultado fue aún peor.

—Cuando las estrellas se apa... se apaaaguen y el cielo *ciiiiigá* sobre la tierra, sólo entonces tú y yo podremos estar juntos.

Murdock no estaba dispuesto a soportar por más tiempo aquella humillación y pensó, contrariado, en cómo habían cambiado las tornas cuando era él en un principio a quien no le preocupaba lo más mínimo cómo pudiese sentirse aquella muchacha. Interrumpió la grabación y la interrumpió a ella.

—¡Basta!

—Quiero repetirlo —replicó ella—. Es que el foco me cega...

—Ciega —la rectificó Fergus, y soltó una risa arrogante.

—¿Quién es el cerdo ahora? —le recriminó su amigo.

—Bueno, oye. ¿Vamos a discutir ahora por una aspirante a actriz?

Murdock lo miró un instante sin responder; al poco, en cambio, se dirigió a ella.

—¿Quieres repetir?

—Por supuesto. Ya no necesito el papel.

Lo lanzó lejos de sí. Su memoria era la de una superviviente: prodigiosa.

—De acuerdo, vamos de nuevo. Prevenidos... —Esa última palabra, dicha en un siempre caótico set de grabación, indica que todo el mundo debe volver a sus puestos y debe reinar el más absoluto silencio, así que los presentes regresaron a sus posiciones en un mutismo total.

—Procura inclinar un poco los hombros hacia delante; mira a cámara y sedúcela, como si quisieras hacer... ya me entiendes, con cualquiera de nosotros... —le dio las últimas indicaciones Fergus

—¡Acción! —gritó Murdock.

Fergus quedó prendido de ella en el acto. Su rostro y su cuerpo resultaban magnéticos; su voz, envolvente, y su mirada, un poderoso embrujo.

—Cuando las estrellas se apaguen y el cielo caiga sobre la tierra, sólo entonces tú y yo podremos estar juntos.

Miró al profesor con intención. Había declamado a la perfección y el equipo, asombrado y maravillado, estalló en aplausos de apoyo. Todos menos el cáustico irlandés.

—Repetimos —dijo éste.

La decepción en el rostro de Anita resultó más que evidente; pensaba que, hiciera lo que hiciese, jamás lograría agradaarle. Se dispuso a empezar de nuevo sin replicar. Repitieron y aún logró sonar más convincente, más severa e implacable, y provocó mayor hechizo.

—Repetimos —obstinado, Fergus parecía querer machacarla.

—¿Qué pretendes? —se enfadó Murdock.

—Más emoción.

—¿No tienes bastante emoción ya? Está a punto de llorar.

Hablaban bajo y ella no podía oírlos; sin embargo, se hizo con la situación desde lo alto de su inestable podio.

—¿Otra vez? ¿Qué quieres de mí, Fergus?

«Todo —pensó él—. Te quiero a ti.» A pesar de ello, dijo:

—La sensualidad debes expresarla también con la voz; parece un discurso de la señorita Rottenmeier en vez del de una *femme fatale*.

—No lo entiendo —protestó la joven—, no sé qué más puedo hacer.

Murdock intervino.

—Las pruebas están bien, cariño. No te preocupes. Haremos la última y para casa. Sólo estamos ensayando cosas.

Ella suspiró y pareció relajarse, y eso acrecentó los celos de Fergus. Ardía en su propia pira.

—No olvides inclinar los hombros hacia la cámara, y con gracia, por favor...

Murdock chasqueó la lengua con fastidio.

—¡Acción!

—Cuando las estrellas se apaguen —empezó a recitar Anita, con claras muestras de nerviosismo— y el cielo caiga sobre...

Entonces, orgullosa, realizó el provocador movimiento de hombros de modo demasiado brusco, perdió el equilibrio y se precipitó contra el suelo; se replegó sobre su pierna lesionada, con un gesto de dolor. Fergus llegó a ella de un solo impulso, como una ardilla voladora. Cogió el tobillo entre sus manos.

—¿Estás bien? Déjame ver.

Se miraron y, durante un segundo, sólo uno, sus almas se entregaron al otro a través de sus ojos; ambos sintieron ese pellizco del flechazo en el corazón... Pero sólo fue un segundo. Anita, furiosa, lo apartó de un manotazo.

—Déjame en paz.

Aun así, Fergus la ayudó a levantarse, la rodeó por la cintura y sintió una electricidad inusitada recorrer todo su cuerpo. A ella le ocurrió lo mismo, pero estaba muy enfadada.

—Que me dejes —exigió, y se deshizo del abrazo.

—Lo siento —se excusó, torpemente, Fergus.

Eso fue el detonante. Ella se volvió hacia él con furia; auténticas llamaradas surgían de sus ojos y tenía la expresión tensa, los incisivos clavados en el labio y la mano en alto. Le propinó una sonora bofetada que le ladeó el rostro.

Murdock se tocó su propia mejilla, sintiendo el escozor; Johnny se tapó la boca con ambas manos para sofocar un «oh», y el equipo, estupefacto, se detuvo en seco.

Aun así, Anita parecía no tener bastante y trató de repetir la osadía, pero Fergus, firme y preciso, la agarró por la muñeca y la detuvo en el acto. Aquello parecía un duelo de titanes, un pulso entre púgiles. Él la retenía, ella aguantaba, le sostenía la mirada... Poco a poco, él aflojó y ella se alejó, airada.

—Buscaros a otra, no pienso pasar por esto. No lo necesito —soltó, cabreada.

—Nooo, no digas eso. Te necesito tal cómo eres. Eres mi Bardott. Eres perfecta —imploró Murdock.

—Eso díselo a ese cretino —le contestó, despechada.

Luego avanzó con determinación hacia la salida dispuesta a no volver, pero el viejo zorro Carmichael la interceptó. Había asistido en silencio al último tramo de la sesión.

—Vamos, no me seas blandita ahora, tú, la princesa de los callejones. Venga... —Le alzó la barbilla de manera cariñosa, pero su voz sonó implacable cuando sus labios se acercaron al oído de la joven—. No querrás enfadar a papá Harvey, ¿verdad?

Ella se apartó, asqueada, y le dedicó una sonrisa falsa y desdeñosa, para irse a continuación.

—Hasta mañana, cariño —gritó él en un impostado tono afable y conciliador.

Tan sólo la vieron de espaldas. Anita se arrancó los aros de los lóbulos de las orejas y los estampó contra el suelo sin dejar de caminar hacia la puerta, levantó el brazo derecho como toda réplica y salió definitivamente.

—Las sesiones van bien, entonces, ¿no es así? —Harvey se dirigió a Murdock con esa perturbadora mirada miope y sonrisa vampírica.

—Pues no —respondió el director, enfadado—. Él te explicará todas las pegas. —Dicho esto, se encaminó también a la salida.

—¿Pegas? O... ¿estrategia? Hay un viaje a Honolulu pendiente, ¿recuerdas, escocés?

El aludido se detuvo en seco. No se giró para mirarlos, pero meneó la cabeza; quizá sonreía. Fuera como fuese, reanudó la marcha y abandonó el *loft*. Todo el mundo se dedicó a recoger, incluido Fergus; tan sólo Harvey permaneció inmóvil en medio de su maravilloso ático.

Capítulo V

A Fergus le resultaba imposible conciliar el sueño aquella noche. Por la mañana temprano les esperaba el primer día de rodaje y el plan era de lo más apretado. Empezaban en Central Park y había que estar allí a la salida del sol, a punto de caramelo, porque al bruto de Murdock, que no era tan bruto, se le había antojado iniciar la grabación de la película con la luz del alba, una luz irrepetible y preciosa, y llevaba toda la razón, pero ¿y si la tormenta no amainaba? Todos los planes se irían a hacer puñetas, todo se retrasaría y... ¿Por qué se agobiaba tanto? No era su problema. Todo le molestaba: los rayos que iluminaban la habitación; los truenos que retumbaban en su cabeza; el radiodespertador de números fosforescentes en mitad de la oscuridad que marcaba el paso de las horas con lenta y exasperante progresión; las sábanas que hacían ruido cuando se movía o se volvía del otro lado; la pierna que le picaba, también la oreja... De pronto un ruido muy leve lo paralizó; fue como un chasquido proveniente de la puerta de la calle. Juraría que alguien estaba intentando entrar. ¿O lo había imaginado? No estaba seguro, prestó atención... Demasiado tarde. De repente la rama de un árbol abrazó la ventana en un intento por entrar, pero un nuevo golpe de viento la devolvió a su lugar. Se había medio relajado cuando se encendió la lámpara del rincón; la luz rasgó en parte la oscuridad y la estancia quedó semiiluminada entre sombras oscilantes. Fergus no creía en fantasmas, pero, alucinado, siguió una de las sombras que había cobrado vida y avanzaba por la pared hasta detenerse. Entonces dirigió la vista a los pies de la cama y dio un salto al ver allí delante a Anita.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Cómo has entrado?

Ella echó un puñado de dólares sobre la cama; había doscientos.

—Quería devolverte tu maldito dinero, no he podido hacerlo hasta ahora. Doscientos pavos exactos... y te voy a dar los intereses también.

—¿Cómo has entrado? —atinó a repetir.

—Soy una ladrona, ¿recuerdas?

Dicho esto, lanzó una copia de las llaves de Fergus sobre el colchón. Él había pasado de alucinar a estar pasmado. Increíble, ni siquiera era capaz de pensar.

—¿Ves? Ya no lo soy. Ya no tengo nada que te pertenezca.

Encendió la radio; el reloj marcaba las dos de la madrugada y *Child in time*, de Deep Purple, empezó a sonar. Si la voz de Ian Gillan dotaba aquella pieza de sensualidad, los movimientos sinuosos de Anita al compás de la música la convirtieron, a oídos de Fergus, en la canción más erótica de la historia. Ella le estaba regalando una *pole dance* sin barra. De repente Anita utilizó

la cortina como centro logístico. Así, Fergus vio aparecer una pierna desnuda; la chica se había desprendido de zapatos y pantalones y, efectivamente, las prendas salieron despedidas cada una por un lado...

—Esto no es necesario. —Fergus rio.

¡Por fin reía! mientras se arrellanaba en los cojines para contemplar el espectáculo de lo más complacido.

Anita ocultó la pierna y sacó la otra, la escondió... y fueron las prendas íntimas las que salieron disparadas, también cada una por un lado. En ese momento se fue la luz y un rayo iluminó la estancia, provocando un contraluz en la cortina que definió la silueta desnuda de la mujer. Fue sólo un instante y la electricidad regresó, por lo que la excitante silueta desapareció, pero entonces surgió ella de detrás de la cortina. Fergus esperaba verla desnuda, pero no: iba cubierta con la camisa a medio abrochar, sólo con eso. Avanzó hacia el lecho, mirándolo con aquellos ojos penetrantes. Las entrañas de Fergus respondieron ígneamente mediante la autocombustión. La muchacha se tiró atravesada sobre el colchón, con brazos y piernas abiertos en forma de equis.

La atracción animal lanzó a Fergus junto a ella. Le acarició el óvalo facial y sus dedos resiguieron su cuello con delicadeza. No quería pensar en nada, sólo sentir el calor de la diosa palpitante rendida a su voluntad.

—Tómame, haz conmigo lo que desees. —Se echó sobre los labios de Fergus y los mordisqueó con ardor. Lo encendió y lo incendió todo—. Sáciate de mí —le susurró al oído, mordisqueándole el lóbulo.

El irlandés volvió a sentir aquel estallido frenético de todos sus sentidos y, entregado a ella, la estrechó contra su cuerpo anhelante. Anita abrió las piernas y rozó su sexo contra la virilidad encerrada en el pantalón del pijama; enrolló la camiseta sobre el torso masculino, posó sus labios en el nacimiento del pecho y, con la punta de la lengua, lo recorrió en sentido descendente. Fergus cerró los ojos y revolvió el cabello de la mujer que lo mataba de gusto. Dio por hecho que iba a ocurrir lo mismo que aquel día en el baño, y se abandonó al placer. Cuando aquella lengua prodigiosa llegó al ombligo, el hombre se contrajo y se expandió, y su miembro, en atenta sincronía, tomó dimensiones desconocidas, preparado y anhelante para recibir las descargas y el estallido. Sin embargo, en vez de eso, sus oídos captaron una voz aterciopelada y el hielo de un glaciar ártico sepultó el volcán de Fergus Wellan.

—Cóbratelo todo. Con mi deuda liquidada, ya no podrás acosarme más.

Y no sólo una montaña helada cayó sobre Fergus; fue como si un sepulturero lo hubiera empujado al interior de una fosa y, a continuación, le hubiese echado paladas de tierra hasta dejarlo enterrado. Se apartó.

—¿Que yo te acoso?

—Claro, lo negarás, como todos.

—¡¿Yo?! —Saltó de la cama como si ésta estuviese llena de clavos—. En mi vida le he puesto la mano encima a ninguna mujer sin su consentimiento —replicó.

Se sentía horrorizado.

—Tranquilízate, no me refería a sexo, sino a las sesiones, a los ensayos, al aprendizaje, a toda esa mierda de la película. Eres duro conmigo y te has pasado mucho. Me he estado preguntando por qué y creo que he dado con el motivo: no empezamos bien en el callejón cuando te asalté. Me odias desde entonces, así que he decidido que lo mejor es saldar la deuda y empezar de cero. No quiero nada contigo salvo que me trates bien.

La grosera chica barriobajera qué bien se expresaba en ese momento, y... ¿gracias a quién había sido? ¡A él! No quería nada con él, pero se metía en su cama como una cualquiera. No soportaba sus celos, pero no dejaba de coquetear con Murdock. Pedía ser respetada, cuando a la primera de cambio se dedicaba a chupar po...

—¡Basta! —gritó—. ¡Vete!

Desconectó el aparato de un manotazo.

Anita también abandonó el lecho, se situó frente a él de un salto y se abrió la camisa para que viera su desnudez. Era un cuerpo terriblemente deseable.

—¿No quieres cobrarte la deuda? —insistió, aparentando ingenuidad.

Fergus sentía una mezcla de frustración y repulsión tan fuertes que la tapó y la apartó.

—Estás acostumbrada a que nadie se te resista, ¿verdad? No has entendido nada de nada, ¿no es cierto? Eres muy estúpida, chica. Lárgate de mi vista antes de que...

La joven se encaró a él como una pantera; aun teñida de rubio no dejaba de ser una mujer pantera, totalmente negra.

—Oh, ¿qué...? ¿Llamarás a la policía? ¿Me quedaré sin película? —dijo, masticando todas y cada una de las letras.

No se apartó, siguió allí ante él, desafiándolo con aquella sensual boca cálida y húmeda, rozando la suya, provocando chispazos con cada roce. Los labios de Fergus, al borde de la claudicación, parecían querer acudir a un beso furioso y apasionado, pero la mente se resistía.

—Vamos, bésame; lo estás deseando.

Fergus se inclinó, los labios se rozaron apenas... Entonces se apartó.

—Será mejor que te vayas, guapa —contestó sin un ápice de resentimiento ni maldad—. Mañana nos espera un día muy duro.

—¿Qué ocurre? ¿No quieres follar? ¿O es que no te gusta? —quiso saber, incrédula.

—Lo que me gusta... tú no lo conoces.

Anita levantó una ceja. No estaba segura de comprender el significado de aquellas palabras.

—¿Puedo pedirte un favor?

Su tono fue natural, todos los ánimos se habían aplacado.

—Si está en mi mano hacértelo...

—¿Puedo quedarme a dormir en tu casa? Me da palo salir a estas horas.

Entonces fue la ceja de Fergus la que se levantó. «¿A ti?», parecía preguntar. En cambio, aceptó.

—En la sala de estar hay un sofá; en el armario de la entrada, sábanas y nórdicos. No te encantes en la ducha si entras antes que yo cuando nos levantemos. Aprovecha lo poco que nos queda para echar una cabezada. Buenas noches.

Ella se desprendió de un suave «gracias» y cerró la puerta al salir de la habitación. La oyó trastear mientras miraba el prodigio de la naturaleza que tenía en el interior de sus pantalones.

—Y, ahora, ¿qué hago yo con esto? —murmuró.

Se echó sobre la cama y apartó el edredón de un manotazo. La tentación no era irresistible; era una tentación perfecta y punto. Posó la mano sobre la dureza intransigente. La imaginó a ella encima, restregándose contra él... La excitación aumentó. Se sacó el aparato fuera del pantalón del pijama y lo rodeó con una mano mientras que con la otra acariciaba al entusiasmado glande. Pronto fue incapaz de controlar el terremoto pélvico y se entregó al fulminante orgasmo con todo su ser. Reprimió un grito con la boca sobre la almohada y se durmió con cara de ángel... mientras un demonio acurrucado en el sofá de su salón trataba de conciliar el sueño al otro lado del tabique.

* * *

Murdock se deshizo del abrazo de Sarah y se levantó de la cama a la velocidad de un rayo. A pesar del madrugón y el sueño, se sentía feliz. La tormenta había acabado un par de horas atrás y el cielo se había despejado por completo, de manera que podría rodar según el plan previsto sin más problemas.

—¿Me traes café? —murmuró, perezosa, Sarah, sin despegar los párpados y rodando al otro lado de la cama.

—No hay tiempo, cariño. Lo siento. Afortunada tú, que puedes hacer la remolona, porque, lo que es yo, he de marcharme ya.

—Cuando llegue Roberta Clark, salúdala de mi parte.

—¿Roberta Clark? ¿Quién diablos es Roberta Clark?

—Una joven que de momento trabajaba en el archivo de la cadena... pero sin duda aspira a más, a mucho más. Me la coló su padre.

Murdock puso cara de «¿y quién coño es su padre?».

—«La hora de Clark», ¿es que no ves la televisión? El programa de destripar famosos que jamás han hecho nada para serlo...

—Buf... ¿Y por qué habría de aguantar a una... aspirante a actriz que no necesito?

—Sólo es una suplente. En este negocio hay que tenerlo todo previsto, cielo.

Murdock se detuvo a mirarla.

—Déjame adivinar... La vais a tunear parecida a Anita, y va a esperar a que ésta se lastime o deje plantado el rodaje para sustituirla. La presión sobre Anita será salvaje y el *show* aumentará sus cotas de popularidad y audiencia, ¿no es así?

—Es bueno animar a la audiencia... Es lo único importante, ¿recuerdas?

—Qué asquito...

—Oye, esa boca... Tú eras el primero que parecía encantado con putear a la estrellita...

—Bueno, una cosa es putearla un poco y otra hundirla. No soy tan mala persona.

—Os lo advertí de entrada, todo por la audiencia; lo demás son daños colaterales. Un buen profesional debe tenerlo bien asumido.

—No tienes moral...

—¿Y quién la necesita?

Se produjo un breve silencio que finalmente interrumpió Sarah.

—Esta noche empiezan las emisiones. ¿Cómo vais a controlar a la Morris para que no vea la televisión?

—Se ha habilitado una habitación para ella en el edificio de Harvey y allí no dispone de ninguna clase de aparato reproductor ni de plasmas ni de nada parecido. Además, tampoco tiene tiempo de añorarla siquiera, porque sólo vive para trabajar duro, estudiar, preparar sus escenas, rodar...

—¿Y su tiempo libre?

—Todo controlado. Siempre estamos a su alrededor.

—No la cagues o colgarás de mi ventana por los huevos.

* * *

Fergus, soñoliento y malhumorado, se dirigió a la sala de estar, pero no encontró ni rastro de Anita. Ésta lo había dejado todo perfectamente ordenado antes de marcharse. Cuando llegó al rodaje en Central Park, esperaba dar con ella para poder hablar, pero se hallaba inaccesible, rodeada por las maquilladoras. Murdock rodaba planos recurso. Era una mañana fresca; los asistentes repartían café y él tomó uno.

—Hola, Murdock, ¿todo bien? —saludó a su amigo, con quien vivía un distanciamiento cada vez más palpable.

—Perfectamente, ¿y tú?

—Perfectamente.

—Bien.

—Bien.

Se dio inicio al rodaje sin más dilación. Anita, vestida con una ajustada gabardina de vinilo negro y botas a juego, con sus torneados muslos bien visibles, repetía sin rechistar y del modo más profesional las mismas tomas una y otra vez, que fueron innumerables y la inmensa mayoría por capricho del director, Murdock; eso duró hasta la entrada definitiva del sol, cuando se perdió la luz del amanecer. Ella tuvo que avanzar, andando, hacia el puente una y otra vez. En ocasiones miraba hacia el lago y los del ventilador lo proyectaban para aparentar una racha de viento; sus

cabellos revoloteaban y sus ojos parecían encerrar un gran misterio. «Es tan hermosa», pensaba Fergus, subyugado. Y... ¡sí!, Murdock Macallan era un puto genio, pues, observadas las tomas desde el monitor, las retinas recibían el impacto de lo trascendente, además de una fotografía hermosa y en armonía con el foco puesto en lo importante, ella.

De pronto ocurrió un altercado con los figurantes en una de las secuencias. Eran corredores que se cruzaban con Anita. Uno de ellos se equivocó y estropeó el plano, provocando la furia de Murdock. Los ayudantes se encargaron de volver a ponerlo todo en orden, y Fergus, de serenar a su amigo.

—Tiene arreglo, cortas por aquí y listos.

—¡Que no!, que esos segundos de vacío me interesaban, ¡joder!

—Igual no es la toma buena...

—¿Y si lo es?

—No seas quisquilloso, hombre... Además, has hecho muchas repeticiones, alguna te valdrá. Vamos a la autocaravana a comer algo...

Murdock bufaba mientras tomaba asiento en las mesitas habilitadas para el avituallamiento de las tropas.

—A malas, si realmente ésa era la que valía, ¿no se podría eliminar con algún programa de edición de vídeo?

—No digas tonterías, se rompería el *racord*... Ya sabes, la relación de continuidad entre los diferentes planos para no romper la ilusión de secuencia ni la verosimilitud.

—Bueno, yo qué sé.

Dieron cuenta de los tacos que habían elegido en completo silencio.

—El rodaje va a ir bien y tu película será un éxito, Murdock, no te preocupes, a pesar del alto precio que vamos a pagar por ello.

—Oye, Fergus, ¡qué coño estás diciendo! La película es tan tuya como mía, y ¿de qué precio hablas...?

—¿No crees que nuestra amistad se va a resentir? Nunca debí aceptar tu propuesta.

—No, Fergus. Tú y yo no somos el problema. Jamás debimos involucrarnos con ese tipo, Carmichael, y su brillante idea de la televisión. —Bajó la voz—. Saber que están al acecho, cotilleándolo todo, me trastorna. No soy yo, no me concentro.

—Ya es demasiado tarde para lamentaciones; sólo nos queda seguir adelante, ¿verdad? Entonces, olvídalos y trabaja como si no existieran. Libera tu mente de ese pensamiento.

—No resulta fácil... Fergus, tío, la he cagado. La he cagado.

—¿Te refieres a Sarah? Recuerdo que me comentaste que querías huir de ella por ninfómana...

—No es por eso... Es una harpía cruel y no puedo librarme de ella sin poner en peligro todo el proyecto, además de mi reputación. Al principio pensé que sólo sería un puto polvo, maldita sea...

Fergus rio.

—Bueno, si es así, cuando todo acabe —dijo—, acabas con ella.

—Eso si no me ha desecado antes. Te aseguro que es como una mantis religiosa o como una viuda negra...

—¿Qué ocurre? ¿No te gusta? —se burló su amigo.

—Nunca tiene bastante, y encima me ha vuelto a pedir hacer un trío.

—¡Guau!

—Nada de «guau»; lo quiere hacer con otro tío, como comentó la otra vez.

Fergus recordó esa conversación y volvió a barajar la posibilidad de que hubiera sido Sarah la mujer que le hizo la felación en la ducha, así que se quedó en blanco, se rascó la cabeza y no supo qué decir.

—Encontrarás la solución, tío, y a la mujer de tu vida, también —lo reconfortó al cabo de un rato.

Murdock apuró su café.

—Ya la tengo, aquí: mi Brigitte.

Fergus recibió un mazazo al oír eso, palideció y su vista se nubló. Infinidad de voces gritaron en su cerebro: «¡¡¡Gilipollas!!!». Si ya sentía que había perdido su oportunidad por ser un estúpido, la revelación de su amigo suponía el remate final a lo que nunca iba a ser.

—¿Qué sucede? Tienes mala cara —se preocupó Macallan.

—Nada, no te inquietes. No he dormido demasiado bien esta noche.

Murdock se levantó y lo dejó allí solo tras propinarle una palmada en el hombro. Fergus se concentró en el fondo vacío de su vaso de café como si allí se hallase escrita la solución al drama que se acababa de producir. Alguien tomó asiento.

—¿No vas a luchar por ella?

Cuando Fergus alzó la cabeza, vio a Johnny alejándose; le sonreía.

Capítulo VI

El rodaje prosiguió en los estudios que Total Hero Films tenía en Manhattan, donde se habían habilitado los *sets* de interiores: un pub, una habitación, la cochambrosa oficina del detective, unas escaleras de mansión, un salón victoriano y un oscuro callejón de adoquines. Faltaba la recreación de un lujoso hotel, pero, por expreso deseo del director, tales escenas serían rodadas en el Plaza. *Noche sin luna* acababa en la Grand Central Terminal, y allí mismo terminarían la película.

Había llegado el día en que Anita diría sus primeras frases. Debía trabajar junto a Carson Pickwick, el reputado actor inglés, pero todo resultó ser un desastre monumental, con la consiguiente pérdida de la jornada laboral. La responsable de todo fue Roberta Clark.

Cuando Anita, Fergus y Murdock llegaron, se la encontraron sentada en la silla de Anita.

—Perdón —se disculpó, levantándose en el acto con una sonrisilla idiota. Se presentó.

—Encantados, Roberta. Tu lugar es con los figurantes —le señaló, borde, Fergus.

—Sí, sí, gracias. El caso es que quería saber lo que debo hacer —replicó de modo impertinente.

—Vuestro ayudante de dirección os lo explicará, no te preocupes.

Roberta se fue deshecha en miraditas y sonrisitas.

—Pero ¿y ésta de qué va? —se indignó Anita.

—No hay para tanto —le restó importancia Fergus—. Ve al camerino a prepararte.

A solas, Murdock le aclaró la situación.

—Me temo que no será tan fácil desembarazarse de esa chica; ni yo mismo sé cuál es el papel que desempeña en todo esto esa pecorilla.

—¿Pecorilla? ¿Qué sucede, tío?

—Verás...

Le contó la imposición de Sarah. Fergus le aseguró que mantendría a Anita fuera del alcance de las garras de esa trepa, pero, cuando Harvey llegó, la situación dio un giro dramático. Él decidió mantener a Roberta a su lado en todo momento, bajo el pretexto de que también era su representada. «Por el bien de la producción y de todos nosotros», exigió que le hiciesen pruebas de peluquería, maquillaje y vestuario iguales que las de Anita. Roberta ya era rubia, aunque de ojos claros, pero, de espaldas o de perfil, daba el pego. Anita, además de soportar tales desaires, en su propio camerino tuvo que escuchar una frase cruel por parte de quien se suponía que era su protector.

—Ya lo ves, eres de las del montón, así que no me hagas el tonto o se te acabará el chollo.

—¿Qué más quieres de mí? He cumplido con lo pactado y soy libre, así que olvídate. — Cogió un manajo de llaves y se lo tiró a la cabeza.

Harvey las esquivó, las recogió del suelo, se las guardó y deambuló por la estancia. Se fijó en un libro, lo curioseó y lo devolvió a su sitio, sobre el tocador.

—Veo que ahora son otras llaves las que te interesan...

Entonces la agarró del cuello por sorpresa y la puso contra la pared, para de inmediato presionarla con su cuerpo.

—Jamás voy a olvidarme de ti.

La puerta se entreabrió y pudieron oír la voz de Johnny Qu, que no acabó de entrar al estar distraído con una llamada telefónica. Harvey soltó su presa y, al salir, se cruzó con el estilista; ambos se enfrentaron con la mirada.

—Jolín con tu representante —exageró su amaneramiento para relativizar—. No le caigo bien, está claro... ni él a mí. —Encendió un cigarrillo—. No está permitido ni es bueno para la piel, ¿quieres? Es que, cuando me estreso, tengo que fumar.

—Trae.

Anita aspiró una profunda calada y las brasas devoraron un cuarto de pitillo.

—Déjame algo, zorrón. ¡Qué ansias! —Mientras hablaba, le arreglaba el cabello con afecto—. ¿Y si te lo dejo un poco despeinado? Rollo rockera recién salida de la cama... Me gustaría, pero no. Una mujer fatal no se despeina ni el chocho cuando mea.

Anita estalló en risotadas, chocó la mano con la de quien se había convertido en su buen amigo y le arrebató de nuevo el cigarro. Entró Murdock. La chica echó el pitillo en el vaso del café mientras Johnny vaciaba el bote entero de laca fijadora en el aire.

—No os esforcéis, se nota el fumeteo. A mí me da igual, ya os apañaréis con los de producción. Venga, ¿estás lista? Vamos a empezar.

—Pero mi personaje debe fumar en el plató.

—Exacto. Es el personaje, cielo, y a los personajes se les consiente todo.

* * *

Anita aguardaba en el callejón de *Noche sin luna* a recibir la orden para su actuación. Echaría una bocanada de humo y se encendería un foco en el centro. Luego ella entraría en él, miraría al infinito y avanzaría hacia la cámara. La cámara dispuesta sobre el raíl se desplazaría hacia atrás, con lo que se conseguiría un seguimiento levitante. Con un *look* fiestero, vestido corto de raso negro con tirantes ínfimos, botines de caña corta y un bolsito de mano, se situó en posición. Una ayudante de producción le llevó un cigarro encendido.

—No te tragues el humo si no quieres, basta con que saques la voluta. Al acabar la toma, me lo das, ¿entendido?

Resignada, asintió con la cabeza. Con el grito de «¡Acción!», empezaron. Todo fue de maravilla las setecientas mil veces que a Murdock se le antojó repetir. La ayudante de producción encendió un nuevo pitillo cada vez; no importaba, había un montón, y otro montón desperdiciado en un enorme cenicero, pero sin una queja de nadie... ni siquiera de Carson Pickwick, preparado para su escena desde hacía dos horas. Todo fue bien por fin, era la última, pues Murdock, con el pulgar, le indicó a Fergus que ésa era la buena; en su cara, clavada al objetivo, podía observarse la felicidad. Sólo quedaba el tramo final de la secuencia, cuando Anita se detenía ante la puerta del detective para llamar. Todo iba, en esa ocasión, sobre ruedas, pero, entonces, los golpes que dio la protagonista con los nudillos, tal como el perfeccionista director había solicitado que se hiciera, se vieron eclipsados por el soniquete de un teléfono móvil. El de sonido retiró la jirafa y, con los brazos en cruz, se fue. Sabía lo que se les venía encima..., algo parecido a un rugido de león surgió de la boca de Murdock.

—¿Qué he hecho mal? —preguntó Anita, que no se había enterado debido a la concentración.

—Tú, no —le indicó la de producción, fastidiada—. Ya no puedo encender más cigarros hoy, por favor.

—Ha sido el teléfono de ésa —le susurró al oído Johnny a Fergus, como quien no hacía nada y sin detenerse cuando pasó por su lado.

Ésa no era otra que Roberta Clark. El rostro del irlandés se encriptó más de lo habitual. Se dirigió a Gordon, el ayudante de dirección.

—Ponte serio con esa tipa, por favor. Dile que no habrá próxima vez, porque de ser así se verá directamente en la calle.

Gordon asintió, fue en busca de Roberta y la sermoneó. A ella pareció no importarle; se encogía de hombros, se reía, se tapaba la boca con los ojos hiperabiertos. Reaccionó de modo frívolo, como era ella. Fergus prefirió no seguir mirando, pues aquello lo irritó sobremanera. Al girarse, se topó con Harvey y quedaron frente a frente. El dueño del Secret Garden Club llevaba la misma insufrible sonrisa prendida en la cara; de buena gana le hubiera encajado el puño dentro de ella.

—Tampoco hay para tanto, hombre —comentó—. La chica ha tenido un descuido, le puede pasar a cualquiera.

—A una cualquiera, ¿no? Sí, claro —Ése fue el derechazo.

Harvey lo encajó durante unos segundos, casi pareció tocarse la dolorida mandíbula. Entonces la frialdad de sus ojos penetró en los caldeados ánimos de su oponente como un estilete de hielo.

—Macallan lo ha sacado todo de quicio, se lo ha tomado demasiado a pecho. ¡Pero si tiene material de sobra con todo lo que ha rodado...!

—Macallan es un hombre minucioso, y un artista. No esperes que reaccione bien.

—Acompáñame al rincón ciego —le pidió tirando de su brazo; prácticamente lo arrastró con él.

Los gritos de Murdock podían oírse desde Nueva Jersey cuando, en efecto, alcanzaron el

rincón sin las cámaras camufladas de «Toda América lo sabe menos tú» y, por tanto, podían mantener una conversación privada sin miedo a ser grabado.

—Óyeme, chulito, no me toques más los huevos, ¿de acuerdo? Roberta es nuestra patrocinada, de Sarah y mía. Por tanto, es intocable, y aquí se quedará hasta el día del juicio final si es preciso, ¿ha quedado claro? Tened mucho cuidado con hacerle ninguna mala pasada... o serás tú el primero en abandonar la nave... de un empellón.

—No lo creo, señor Carmichael. Aquí somos todos unos intocables —le espetó, y se fue dejándolo con la palabra en la boca.

Tras el descanso, el rodaje continuó. Entre los más allegados consiguieron sacar al toro del portón en el que había encajado los cuernos, no sin antes soportar la incontable ristra de vituperios dedicados a la humanidad en general surgidos de su rabia. Le hicieron ver a Murdock que contaba con innumerables tomas buenas, a cuál mejor, y que a la hora de editar tenía dónde elegir a satisfacción. Luego lo convencieron para proseguir con el rodaje, insistiendo en la idea de que ésa sería la única manera de recuperar el buen humor.

La próxima escena se desarrollaba en el despacho del detective, entre Carson y Anita. Ella se estrenaba en el diálogo y, entre otras frases, aquellas tomas incluían el dichoso párrafo del cielo y las estrellas.

Francamente, el equipo había hecho un estupendo trabajo con Murdock, pero nadie se había preocupado por Anita, y ésta estaba nerviosa. Sin embargo, era una mujer fuerte llegado el momento en el que le resultaba imposible retroceder y ante ella sólo se abría el vacío. Por tanto, se sobrepuso, dispuesta a lanzarse a él con valentía. Ése solía ser el temperamento de los niños que se convertían en adultos ellos solos.

—¡Todos a sus puestos! ¡Prevenidos! —A las órdenes de Gordon, todo el mundo se colocó en su posición.

—Hace horas que estoy prevenido, encanto —cuchicheó Carson.

Anita le sonrió levemente. Su mente repetía de modo incesante la primera réplica que debía darle.

—Relájate, pequeña. Va a ir bien, ya lo verás —la animó—. Sé que impongo —bromeó—, pero soy de carne y hueso, aunque no se lo digas a nadie.

Anita rio.

—Ríe más a menudo, querida, estás muy guapa cuando lo haces.

A ella se le escapó un suspiro de sosiego; le había venido de fábula aquel calor humano.

—¡¡¡Acción!!! —gritó Murdock.

Fergus se olvidó del monitor y se acercó al *set*. Necesitaba verla en persona.

—¿Por qué has vuelto? —arrancó el diálogo Carson.

Anita se dio media vuelta y se detuvo ante él.

—Por ti. —Su voz sonó cargada de sensualidad.

—Bien... —musitó Fergus.

—Puedes ahorrarte tus malditas mentiras, golfa —replicó el supuesto detective.

La *femme fatale* entornó los ojos.

—Una vez me amaste —le soltó en pleno rostro. Parecía haberlo envuelto en terciopelo.

Fergus ignoraba si Carson actuaba o no cuando, con voz trémula, respondió.

—Quien dice que haya dejado de hacerlo...

Anita le acarició la cara y luego enmarcó sus mejillas con ambas manos; parecía que iba a besarlo. Carson entreabrió los labios para recibir aquel beso...

«No babees, cabrón», maldijo Fergus mentalmente.

Johnny Qu repiqueteaba sobre la mesa con la punta de los dedos.

—Síiiii —susurraba, enganchado a su cámara, un muy complacido Murdock.

—Es imposible. Ya no hay tiempo... —contestó ella.

—¿Cuándo lo habrá...? —musitó Carson.

Anita se volvió a la cámara, uno de los tirantes del vestido resbaló por su hombro, el escote se abrió y el pecho se mostró apenas tapado. Murdock la encuadró en primer plano.

—Cuando las estrellas se apaguen y el cielo caiga sobre la tierra. —De pronto se detuvo y miró justo al lado de la cámara.

Deslumbrada por los focos, sólo podía distinguir una mano haciéndole vivas señas. Creyó que se trataba de Gordon y, cuando ya había interrumpido la toma y por tanto la había echado a perder, se fijó en que Gordon estaba junto a Fergus. Vio el ceño fruncido de Murdock y su mandíbula apretada, y vio a la autora de la llamada de atención, Roberta Clark, que se interrumpió de inmediato y se alejó sin que nadie más se hubiese percatado de su acción. «El tirante», leyó en sus labios. Harvey también se alejó, tecleando en su teléfono. Anita sintió cómo el suelo se abría bajo sus pies y ella caía dentro; el vértigo la mareó.

—No pasa nada, preciosa. Esto es de lo más normal, no te fustigues —la animó Carson, fastidiado.

—¿Repetimos la escena? —le preguntó Gordon a Murdock.

—No, hagamos un descanso. Ha sido tan perfecta que dudo de que logremos nada ni remotamente parecido. Me voy a mear, o a la mierda.

Salió del estudio.

—¿Estás bien?

Fergus casi echó el brazo sobre el hombro de la desolada joven, pero se contuvo. Ella negó con la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quieres hablar de ello?

Ya no era el insufrible profesor, ni el cretino *coach*, ni siquiera el arrogante y amargado Fergus quien hablaba. Era un hombre sincero y preocupado. Recibió otra obstinada sacudida de cabeza como respuesta. Sujetó su barbilla, la levantó y vio el mar de lágrimas.

—No te preocupes, no ha ocurrido nada irreparable.

—No son lágrimas, es rabia. —Anita se deshizo de la carantoña sin aspereza.

—Claro, chica dura. —Ella sonrió con tristeza—. Anda, ve a lavarte la cara, cámbiate... ¿Te espero y te invito a cenar? —Fergus sonreía de un modo que a ella se le antojó irresistible.

—No estoy para citas.

—No es una cita. Es nutrición.

—Entonces, vale —aceptó.

* * *

En la zona de *catering*, Roberta tomaba un refrigerio entre charlas y risas superficiales junto a otros figurantes, cuando se le acercó Johnny por detrás. Le soltó en la oreja cual harpía furiosa:

—He visto cómo has boicoteado a Anita, so buscona, pero nunca podrás ocupar su lugar, déjalo.

Cuando Roberta se giró, Johnny ya se había distanciado unos metros, pero aún le dedicó una mueca burlona.

* * *

En el Cocina Bonita, un restaurante puertorriqueño de West Bronx, los parroquianos se habían apiñado en torno al televisor, completamente divididos en sus pronósticos sobre Fergus Wellan y Murdock Macallan, pero si había algo que los mantenía unidos era el fervor por Anita Morris. Ella representaba la encarnación del sueño americano e iba a conseguir ser una gran actriz, además de una gran dama. La jugada de Roberta Clark fue puesta de relieve en la edición de aquella noche y mostrada desde diversos ángulos, al igual que la confusa expresión en el rostro de Anita cuando interrumpió la escena y se produjo el cataclismo en el rodaje. Los murmullos contra Roberta se alzaron, airados, y un matrimonio de mediana edad incluso levantó los puños. «Si te pillo, te enteras, mala pécora», farfulló, muy indignada, la mujer.

El furor por «Toda América lo sabe menos tú» también había alcanzado a una patrulla de la policía metropolitana de East Harlem, también conocido como El Barrio. En el relevo, tres agentes masculinos, una femenina y otra perruna se hallaban reunidos en el bar de policías, conteniendo la respiración. Todos iban a favor de Anita; Fergus y Murdock les parecían unos capullos integrales.

Incluso en el vestuario del equipo de béisbol *amateur* Yankees Giants, los jugadores contuvieron la respiración y uno de los muchachos tiró la toalla al suelo, malhumorado.

* * *

Fergus y Anita atravesaban el puente de Brooklyn en el coche del primero. Ella apoyaba la cabeza en la mano contra la ventanilla, hastiada. Él la observaba a intervalos por el rabillo del

ojo. No hablaban. Le había propuesto tomar la mejor pizza de su vida, en el Fornino. En el reproductor de música, las oscuras notas de Rammstein recorrían el asfalto junto a ellos.

—No sabía que te gustara el metal industrial —comentó ella, aunque sin demasiado entusiasmo.

Apartó un mechón de su cara lavada. «No necesita ningún maquillaje», la admiró él. Unos vaqueros y una camiseta negra le habían devuelto el esplendor de su juventud.

—Me gusta todo lo que suene bien. Bueno, en realidad no sabes mucho de mí, ¿verdad? —respondió él, levantando los extremos de los labios en su media sonrisa.

* * *

Apetitosas pizzas de gorgonzola con nueces llegaron a la mesita del rincón. Les habían servido un aromático cabernet sauvignon. Fergus quiso brindar y luego tomó una porción enorme y la devoró entera mientras Anita hacía lo propio.

—Sabrosísima, madre mía —se relamió él.

—No sabía que podía tener tanta hambre —dijo ella con la boca llena.

—Espera, tienes...

Fergus pasó su servilleta por la comisura de los labios de Anita con suma delicadeza. Ella tragó el resto de comida y lo miró con detenimiento.

—¿Por qué hemos venido aquí, Fergus? —soltó de pronto.

—Vivo aquí al lado, ¿te acuerdas? Entraste en mi casa.

—Entonces, quieres follar...

Fergus sopló sobre la pizza.

—Dame un motivo —le respondió al fin— para querer hacerlo contigo.

—Que estoy buena y te mueres por meterme mano.

La respuesta natural de su miembro enrojeció a Fergus.

—Tan sólo quería disfrutar de una cena rica y tranquila y luego llevarte de vuelta a casa de Harvey.

—Yo no quiero quedarme en casa de Harvey.

—Pues, ¿qué es lo que quieres, diabólica criatura?

—A ti...

Empleó el mismo tono de voz que para el detective. A Fergus se le cayó el pedacito de pizza que iba a comer mientras la contemplaba, embobado.

—Quiero hacerlo contigo —prosiguió ella.

Fergus sacudió la cabeza, se rehízo cuanto pudo, que sólo fue un poco, apuró el resto de la copa y se sirvió más vino.

—No es buena idea. Y, créeme, no es por falta de ganas.

—Quiero saber cuánto me deseas...

Él sacudió la cabeza negativamente.

—Uf, si estuviésemos en otro sitio... lo verías y lo tocarías.

Ella lo celebró con una carcajada.

—Estás palote, te he puesto cachondo.

Una nueva decepción veló el rostro del hombre.

—¿Por qué disfrutas volviéndome loco?

—Porque... —empezó a decir, pero después se mantuvo en silencio un rato—. No dejes que las estrellas se apaguen —acabó.

Se levantó y salió del local. El trayecto de vuelta lo hicieron en silencio y en silencio ascendieron en el ascensor del Secret Garden Club hasta llegar al apartamento destinado a dormitorio de Anita. Ante la puerta, lo despidió.

—Y no te da palo tener que volver otra vez...

—No lo haré si puedo evitarlo —respondió Fergus, empujando la puerta con el brazo. Cogió a una impresionada Anita y la empotró contra la pared. Luego la sujetó por una muñeca mientras que con la otra mano le subía la camiseta y descubría sus pechos y los liberaba del sujetador. Ella, totalmente excitada, cerró los ojos y se abandonó a la explosión de los sentidos mientras él saboreaba sus senos, los acariciaba una y otra vez y le ponía los pezones de punta con el roce de los pulgares. La chica soltó un gemido y él volvió a la carga, la empujó con la pelvis y ella se enroscó a su cintura. No se habían quitado la ropa, pero notar la dureza en su vulva la trastornaba; lo quería dentro, así que se enroscó más. Sus entrañas ardían implorando la penetración. Lo necesitaba, lo quería, y, con voz entrecortada, le dijo:

—¿A qué esperas para soltar eso de... «Te voy a dar lo tuyo»?

—¿Quieres que lo diga? —preguntó él entre jadeos.

Seguía empujándola y frotándola de tal manera que Anita sentía que iba a tener un orgasmo sin haberse quitado el tanga. No podía más.

—Dilo, dilo...

—¿Para qué...?

—Lo dicen todos...

—Yo no soy como todos...

Anita gimió cuando le pasó los dedos por el sexo.

—Estás mojada —jadeó él—. Te gusta...

—Síiiii... —suspiró ella.

—Eso es, nena. Sí...

Saboreó sus ardientes pezones una vez más, acarició los pechos palpitantes y la agarró por la cintura. Ella creyó que iba a llevarla a la cama, pero en realidad la dejó sobre el suelo.

—Hasta mañana, cielo.

Anita, incrédula, quiso abrir la boca para soltar un ofendido «¿Qué?», pero ningún sonido logró salir de ella, tan estupefacta estaba.

—¿Por qué eres tan cabrón? —consiguió recriminarle al fin cuando él había alcanzado la puerta.

—Porque la cuestión no es darle a nadie nada de lo suyo, sino «Donde las dan, las toman». Suplicarás... que te lo dé...

—¡Hijo de puta! —chilló, lanzándole una lámpara.

Sólo la oyó la puerta cerrada, y la lámpara se estrelló contra la moqueta.

Capítulo VII

La siguiente jornada resultó trepidante debido al ritmo de trabajo con extras añadidos. Empezaron en los estudios de Total Hero Films, con la escena del día anterior. Murdock no iba a desbloquearse hasta conseguir lo que en la jornada previa no había podido obtener. Tomaron varias veces la misma secuencia; todas salieron perfectas y sólo entonces se relajó y recuperó su humanidad.

Fergus no logró hablar con Anita ni un solo instante, porque ella lo ignoraba y desairaba deliberadamente. No pudo entregarle nuevas partes del guion, no pudo darle indicaciones, no pudo ni siquiera saludarla... y, para colmo de males, tuvo que ver cómo se reiniciaba un intenso coqueteo entre Murdock y ella.

—¿Qué te ocurre? —se interesó Johnny Qu—. Tienes una cara como de haber visto al mismísimo diablo.

Le contestó irritado, como si el pobre estilista tuviese la culpa de todo.

—¡Sí que he visto al mismísimo diablo!, ¡y tiene nombre de mujer!

—Anita Morris... —murmuró Johnny mientras veía a Fergus dar un portazo al salir.

A media mañana el equipo seguía trabajando, pero ya en la undécima planta del Hotel Plaza, reservada sólo para ellos, a donde todo el equipo se trasladó, junto con los tráileres de la productora. Fergus había recuperado la compostura, pero de nuevo era el hombre cerrado e inaccesible de los inicios. En el Plaza les aguardaba, además, una jornada memorable, porque ocurrió de todo, como en los mejores vodeviles de los tiempos de Chaplin.

Una redactora de «Toda América lo sabe menos tú», junto con el cámara, se presentó por sorpresa y condujo a Fergus y Murdock a una habitación habilitada como confesionario; quería sus confesiones y las quería ya. Ello supuso el enfado de ambos, porque ni se los había informado ni consintieron en pasar por algo así. Ahuyentaron a la mujer y ellos dos acabaron en un acalorado cruce de reproches en mitad del pasillo, momento que la periodista aprovechó para grabarlos sin su conocimiento.

—Has perdido, Fergus, admítelo. Me pagarás el viaje a Hawái.

—¡Pues me alegro de hacerlo! ¡Estoy contento de perder!

«Ella merece que yo pierda», pensó, aunque sin materializar verbalmente tal idea.

—Y la chica se vendrá conmigo, ¿te enteras? —Murdock parecía muy seguro de sí mismo.

—¿Y qué harás con tu... mantis religiosa?

—Antes de acabar el rodaje, ya tendrá a otro, y yo habré ganado el corazón de Brigitte.

—Sí, por supuesto... porque el de Anita tal vez no te interesa.

—¿Qué ocurre? ¿Me he perdido algo? Porque juraría que a quien le interesa Anita es a ti.

—Tranquilo, tú ganas. Tú tienes a tu mantis, a tu Brigitte, tu viaje a Hawái y tu película. Yo volveré a mis libros, ¡y todos en paz!

—Dímelo, Fergus, ¿te has enamorado de Anita?

—Nooooo. Sssss... Sólo...

—Sólo te la has tirado, claro.

Murdock dio una vuelta entera sobre sí mismo, clamando con los brazos al cielo, y regresó ante Fergus.

—¡Ni siquiera eso, maldita sea! ¡Lleva volviéndome loco desde el primer día! Me provoca, pero nunca acabamos nada...

Murdock quedó como aplacado de repente.

—Anita, ¿una calentabraguetas? —murmuró.

—Podría parecerlo, pero no es así... Si yo hubiese querido... pero es complicado... Ella juega con nosotros... y tampoco me gusta que se lo llames —la defendió Fergus.

Murdock miró a su amigo, asintió con la cabeza, con pesar, al aceptar una evidencia. Lo rodeó con un brazo por los hombros.

—Niño, nos la han colado. Me temo que hemos caído en la trampa más vieja del mundo —dijo—. ¿En qué habitación estaba el confesionario ese?

—¿Qué vas a hacer? —se alarmó Fergus.

—Voy a rajar de ella cuanto me dé la gana.

—No lo hagas... Acabemos la película, que triunfen con su programa y que ella salte a la fama. Entonces no tendremos que volver a verlos, ni a ella ni a Carmichael, ni tampoco a toda esa bazofia de la VHNYC...

—Ha jugado con nosotros, con nuestros sentimientos, nos ha camelado a ambos, provocado... y casi consigue acabar con nuestra amistad, ¿y no te importa?

—Lo hemos aclarado, ¿no es cierto? No lo compliques más.

—¿Por qué la defiendes?

—Es diabólica, pero lo hace para sobrevivir en un mundo hostil y sin oportunidades.

—Dime una cosa, ¿desde cuándo te has vuelto tan blandengue? ¿O lo has sido siempre y yo no lo sabía?

Fergus se disponía a responder cuando Johnny apareció antes ellos, nervioso, afectado y muy indignado.

—Murdock, que me han finiquitado. ¿Cómo puede ser?

—No te entiendo... ¿Finiquitado?, ¿de matar?

—No, ¡joder! Finiquitado de que me han dado el pasaporte.

—A ver, Johnny, cálmate. —Su interlocutor lo zarandeó—. ¿Quién te ha dado un pasaporte? Para ir, ¿a dónde?

Fergus trataba de aclarar que Johnny se refería a un despido, pero Murdock y el estilista lo cortaban con sus gritos, por lo que sus palabras quedaban en simples balbuceos.

—Que me han despedido, coño. Qué literal eres a veces, ¡pelirroja!

—Despedido —pudo pronunciar, al fin, Fergus.

Murdock se tiró de los pelos y los volvió a dejar en su sitio.

—Vamos a ver, Johnny, sólo yo puedo despedirte... y no lo he hecho, que yo sepa.

—Tu Sarah lo ha hecho, y por WhatsApp, nada menos... —Le tendió el móvil.

Murdock rugió.

—Me va a oír. Tranquilo, esto no tiene validez, ni ella competencias para hacerlo.

—¿Seguro? —Johnny no las tenía todas consigo.

—¿Y por qué lo habrá hecho? —reflexionó Fergus.

—Porque abronqué a la gran protegida —confesó el estilista.

—¿A Roberta? ¿Cómo que la abroncaste? ¿Por qué? —quiso saber Murdock.

—Oye —los previno Johnny—, sigamos hablando en la habitación que hemos montado como despacho.

Se refería a la *suite* número mil. Una *suite* habilitada como despacho provisional, donde lo mismo se dejaba material que se recibía a la prensa especializada o se mantenía una reunión privada del equipo.

—Es que me acabo de dar cuenta de que aquí tenemos a una harpía de la VHNYC grabando a unos pocos metros...

—¡Joder! —exclamó Fergus.

—¡Me cago en todo! —maldijo Murdock.

Corrieron a dicha habitación y se encerraron en ella. La redactora de la VHNYC, con cara de satisfacción, y el cámara abandonaron su escondrijo en el hueco de la escalera y se largaron.

En el interior de la estancia, Johnny Qu les contó la jugarreta de Roberta a Anita.

—Habrá que estar atentos y neutralizarla la próxima vez —comentó Macallan—, pero yo no me doy cuenta de esas cosas, maldita sea.

—Yo tampoco demasiado —reconoció Fergus.

—Es que los hombres sois muy tontos para detectar las armas de mujer; en cambio, para una zorra como yo —se señaló con el índice—... a mí... me... es fácil. Dejádmela a mí.

El director de *Noche sin luna* se mostró confiado.

—De acuerdo, chaval. No nos falles.

—Vale, pero que no me despidan más, ¿eh?

Cuando salían, Fergus echó un último vistazo, haciendo un barrido a la *suite*; intuía, aunque no sabía por qué, que les iba a traer problemas. Ésta comunicaba con una habitación contigua, mediante una puerta ubicada en un tabique, y contaba, entre otras cosas, con amplios armarios y una cama redonda enorme, con un colchón tan mullido que podría tragarse a un tipo sin dejar ni rastro... Achacó aquella sensación a su desbordada imaginación y la desechó.

* * *

—A positivar —dijo Murdock, satisfecho, tras la última toma del día.

Le entregó la cinta a Gordon y se dirigió a Anita y Carson, que aún estaban sentados sobre la cama. Habían rodado en una de las *suites*, al final del pasillo. Agarró a la chica por los hombros.

—¡Felicidades! ¡Eres muy grande, preciosa!

Pasó a Carson y le tendió la mano.

—¡Enhorabuena, muchacho! ¡Es todo un privilegio trabajar contigo!

—¡El dire está contento, nos podemos ir de juerga! —exclamó el actor.

—Todavía no, chico. Reserva tus fuerzas para la fiesta de fin de rodaje. Diez escenas más y habremos acabado... ¡Diez escenas! —gritando feliz, Macallan se alejó.

Realmente había sido una jornada perfecta; demasiado, pensó Fergus. Desde su vehículo vio a Roberta en su descapotable; aguardaba a alguien. La joven sonreía de modo luminoso y espectacular. Entonces apareció Gordon, cargando la maleta con la que llevaba las cintas al laboratorio. Sonrió a su vez y subió al coche de la ambiciosa suplente. Arrancaron y se perdieron de vista por la Quinta Avenida. Fergus sacudió la cabeza. Iba a ponerse en marcha cuando apareció Anita. Sólo tuvo tiempo de ver la minifalda de vinilo y las interminables piernas, cuyos pies estaban dentro de unas Dr. Martens, sentarse a su lado.

—Arranca, corre —le pidió, y se le echó encima. Lo besó con pasión mientras de reojo miraba por el retrovisor.

Carson, sonriente, le devolvió la mirada y se fue. Entonces, Anita dio por terminado el beso.

—Y, esto, ¿a qué se debe? —le preguntó Fergus, aturdido.

—No quieras saberlo. ¡Arranca de una vez, maldita sea!

—Llevas la camisa rota.

—Se me ha enganchado con la pulsera del reloj, tira.

—Bien, ¿y a dónde vamos?

—A cualquier sitio bonito, pero no seas cabrón y no me lleves a tu casa.

—De acuerdo.

* * *

Entraron en una hamburguesería de Hell's Kitchen. Se acomodaron en los sillones de escay, con una mesa de formica en medio, al lado de la enorme cristalera. El local estaba casi vacío a aquella hora. La veterana camarera tomó nota y luego les sirvió sin dejar de mascar su chicle.

—¿Por qué me has traído aquí? —planteó Anita mientras retiraba los aros de cebolla de su plato.

—Qué más da. Haces demasiadas preguntas, guapa —respondió Fergus, cogiendo los aros de

cebolla que Anita había apartado.

Se los zampó.

—Bueno, es por hablar de algo.

—Pues hablemos de ti...

—No me gusta hablar de mí.

—De nosotros, ¿entonces?

—Oye, ¿no eres muy pretencioso? No existe un *nosotros*.

—Parece que eres tú la engreída. No existe un nosotros, nena, lo sé.

—En-gre-í-da... —silabeó—. Vaya palabrota.

—Me refería a este juego diabólico que te traes entre manos. Te cuelas en mi casa, me seduces, luego me dices que te acoso, duermes en el salón de mi casa, me dejas, me vuelves a provocar, te pago con tu misma moneda, no me hablas, me vuelves a hablar... Me estás volviendo loco, no lo soporto más. Dedícate a Murdock, te será más provechoso.

—No me interesa Murdock.

—Tú sí a él.

—Macallan así lo cree, pero en realidad sólo se interesa él mismo. No es mal tipo, pero no es mi tipo.

—Entonces, ¿por qué lo vuelves loco también a él?

—¿Estás celoso?

Fergus no contestó y ladeó la cabeza para mirar por la ventana.

—Estás celoso. —En esa ocasión lo afirmó, satisfecha—. Mola. Lo he conseguido.

—¿Qué quieres de mí, maldita mujer?

El fuego ardiente chispeaba en la mirada de Fergus.

—Tienes esa mirada tan... irlandesa.

—¿Cómo es una mirada irlandesa?

—Como la tuya, exactamente como la tuya... con ese verde melancólico y esa llama plena de luz. Sí. Así.

Fergus no se lo esperaba.

—¿Qué sabes tú de Irlanda?

—Nada.

—Crecí aquí —confesó Fergus—, rodeado de pandilleros desdentados. Mi familia decidió regresar a Irlanda, la tierra de sus antepasados, y me enviaron a un internado, donde conocí a Murdock. Cuando me gradué, necesité volver a Nueva York, y me traje a mi amigo. En los comienzos compartimos un ático en un edificio de ocho plantas sin ascensor, en Lower Manhattan. Luego, en fin..., el resto ya lo sabes.

—Tu adolescencia debió de ser triste y solitaria.

—No más que la de otros.

—Yo no conocí a mis padres. Me crié en el sistema, de casa de acogida en casa de acogida. En

cuanto fui mayor de edad... —se interrumpió en un silencio denso, cargado de sufrimiento. Tomó impulso y siguió—. En cuanto fui mayor de edad, me las apañé por mí misma en la calle. Un día entré a robar en el Secret Garden y mi vida cambió de modo radical.

—¿A mejor?

—¿La verdad? —Un velo de tristeza nubló sus ojos—. No lo sé.

—Entiendo...

—No creo...

—¿Por qué se llama Secret Garden? —preguntó Fergus, principalmente para cambiar de tema y alejarla de los malos recuerdos.

—¿Me llevarás luego a mi jaula de oro?

La expresión de Fergus se contrajo.

—No te dejaré aquí, eso seguro.

—Entonces, te lo enseñaré. Es mejor verlo con tus propios ojos.

Fergus se rascó la cabeza.

—¿Tú ves porno? —le soltó de repente.

Los ojos se le abrieron como platos por la sorpresa.

—Como todo el mundo, supongo.

—¿Qué opinas de él?

—Que convierte en sucio algo hermoso.

Tal respuesta dejó muy pensativa a la chica. Se echó el cabello para atrás, lo miró fijamente y dijo:

—Porque hay gente sucia. Harvey producía películas porno en la sala de su club que después te enseñaré... No tenía bastante con tenerme como una de sus bailarinas, así que me presionaba constantemente para que trabajase en esas pelis. No me apetecía, eso no es lo mío... y, además, las chicas solían quejarse del dolor. Algunas no podían volver en semanas hasta recuperarse. Al final me partí el tobillo para poder escapar.

—¿Te accidentaste adrede?

—Sí, me tiré de la barra, fingí un fallo fatal. Harvey se cabreó mucho, pero ya no le servía, así que me devolvió a la calle. El programa de protección a la mujer cubrió todos mis gastos hospitalarios, y luego a la calle de nuevo.

—Sabía que ese hombre no era de fiar. Hay algo muy oscuro en él. Es un tipo que despierta rechazo, incluso provoca escalofríos. Nos embaucó, nos lio. Jamás debimos aceptar. De hecho, yo me opuse... pero, cuando se trata de sus películas, Murdock pierde el oremus.

—Pero, de no haberlo hecho, no nos hubiésemos conocido...

—¿Acaso te importa?

—No.

—¿Cómo pudo convencerte para esto?

Anita le enseñó una foto en su móvil. Era un precioso niño con el pelo claro y rizado. Las cejas

de Fergus se levantaron al máximo.

—¿Es tuyo?

—Se llama Max, el mes pasado cumplió seis años.

—¿Quién es el padre?

Anita se encogió de hombros.

—¿Harvey te amenaza con hacerle daño si no trabajas para él?

Anita asintió con un gesto de la cabeza. Un ligero temblor de la barbilla y el enrojecimiento de los ojos advirtió a Fergus que la chica estaba a punto de romperse.

—Me lo arrebató el sistema, Servicios Sociales, porque, según ellos, yo no cumplía con los criterios de idoneidad como madre. Fue hace un año, pero nosotros éramos muy felices. Yo lo tenía todo organizado, y mi Max es un jovencito muy responsable. Era capaz de quedarse solo algunas horas, buen estudiante en el colegio... Sin embargo, cuando me lesioné, todo se fue a la mierda. Me lo quitaron... aunque me permiten verlo. Está enfadado conmigo, no entiende por qué no lo llevo a casa. Soy una buena madre, y voy a recuperar a mi hijo. Harvey me prometió ayuda si regresaba con él, y yo, estúpida de mí, caí en sus redes de nuevo. Logré entrar a trabajar de otro modo para él y creí haber conseguido un buen trato. Los clientes del Secret Garden llevan las carteras cargadas de billetes, por eso frecuento el callejón. La mitad para él, la mitad para mí. Aquella noche, con vosotros en ese callejón sin salida, me dijo que habíamos pescado trofeos de oro. Así lo expresó. Ahora amenaza con que, si no cumplo con sus órdenes, no sólo no recuperaré a Max, sino que le hará daño.

—Siento todo esto, Anita. Lo tienes que estar pasando fatal.

—Bueno, no —tomó aire y se enjugó una lágrima impertinente. Se rehízo—. Pronto recuperaré a Max y eso me mantiene en pie, atenta y con mucha energía. Cuando voy a verlo, renazco, así que... estoy bien. No te preocupes.

Fergus se sintió mal, quiso dismantelarlo todo en ese mismo instante. Deseó contarle la verdad, y darle a elegir si quería seguir con la pantomima o no, pero ella se le adelantó.

—A pesar de todo, estoy contenta. Con el dinero de la película podré alquilar un bonito apartamento en El Barrio; montaré un puesto de comida, donde mi *mofongo*, un plato de mi país, será el plato estrella; mi niño podrá ir a una buena escuela, y María Hidalgo podrá regresar a la vida.

A Fergus se le abrió la boca.

—¿Ése es tu sueño? ¿No quieres convertirte en una estrella?

—Métete tus putas estrellas por donde te quepan.

—No he pretendido ofenderte.

—¿Qué pasa? Que el señor culto y educado sabe lo que es mejor para el resto de la humanidad, ¿no? Porque nadie es mejor que él, ¿verdad? La otra gente no piensa, no siente y no sabe lo que quiere, porque es tonta de remate, como yo.

Fergus quedó tocado y hundido. Ni siquiera fue capaz de reunir el valor para reconfortarla y

decirle que él no creía que fuese tonta, sino todo lo contrario. Sus argumentos eran incontestables y lo dejó panza arriba, con su prepotencia al descubierto.

—Yo no... —Carraspeó—. No digo que tu sueño no sea el más hermoso del mundo, sin duda lo es. Se trata sólo de que me cuesta entender que vayas a renunciar a una vida de opulencia y fama una vez que hayas entrado en la rueda.

—No la necesito para ser feliz. Entiéndelo, no necesito hacer algo que no me gusta y que me apartaría de mi pequeño. No quiero perderme su infancia, bastante me estoy perdiendo ya.

—Pero lo haces muy bien...

—Yo hago muchas cosas bien.

—Vamos...

Con su salida, el local quedó vacío.

Capítulo VIII

Siempre utilizaban la entrada de servicio para acceder a las dependencias privadas, así no era preciso atravesar el Secret Garden Club. Además, ya estaba cerrado. Fergus se quedó en la puerta.

—Entra.

—No, gracias. Es tarde.

—Pero quiero enseñarte el auténtico Secret Garden, lleno de aparatos de tortura, máscaras y látigos...

—No, es necesario. Puedo imaginarlo.

—Pero si tengo las llaves aquí.

—Entonces, dámelas, yo mismo se las devolveré a Harvey. Mañana tendremos una productiva charla él y yo.

—No es preciso, ignora que tengo estas copias. Siempre me ha subestimado.

—Tú dámelas y olvídalas.

—Pero... —A pesar de las reticencias, se las entregó.

—He pensado que ésta es la última noche que te quedas aquí sola. Te vendrás a mi casa hasta que acabe el rodaje.

Anita rio suavemente.

—¿Qué ocurre? ¿Te has convertido en mi caballero andante?

Fergus también rio.

—Nada de eso. Sólo quiero proteger mi inversión.

—Pues protégela esta noche. —Tiró de él y cerró la puerta—. Entra.

Lo rodeó con los brazos por el cuello, se alzó de puntillas y lo besó en los labios. Fergus respondió al beso con pasión abrasadora.

—Un momento. —Se apartó—. No habrá trucos esta vez, ¿verdad? No me soltarás que me cobre lo que me debes o que te acoso, ¿no?

—Necesito un polvo esta noche, eso es todo. —Volvió a besarlo.

Rodaron por el sofá y Fergus se quitó la camiseta. Anita admiró su torso desnudo y musculado, como el de un atleta griego.

—Un momento —los detuvo de nuevo él—. No quiero enredarme en una relación, no estoy preparado. ¿Comprendes?

—¿Y quién quiere una relación? Yo sólo quiero sexo, y sólo lo quiero hoy. Ven aquí.

Lo tumbó en el sofá y se puso sobre él a horcajadas, se quitó la camisa y él acarició sus costados y subió por ellos. Iba a desabrocharle el sostén, ambos jadeaban excitados al máximo. Entonces Fergus se detuvo una tercera vez.

—Un momento...

—¿Otro? ¿Qué ocurre ahora? ¿Quieres o no quieres follarme?

—Me lo estás suplicando...

—Te lo suplico, pero hazlo ya...

—Oh, síiii, síiii...

Fergus le quitó su minifalda y la lanzó lejos.

Anita desabrochó el pantalón y Fergus se desprendió de él con dos sacudidas de las piernas. Hundió los labios en el ombligo de su amante y chocó con el *piercing* en forma de serpiente.

—¿Qué pasa con Murdock?

De nuevo, Fergus se desconcentraba.

—¿A quién cojones le importa Murdock? —Y gritó, porque Fergus entró en ella y la embestida la dejó loca—. Además, puedo hacerlo con él cuando quiera. Tú y yo no tenemos una relación. —Gritó mucho más.

Él entraba y salía, entraba y salía, entraba y salía, en un vaivén sin pausa.

—Es verdad, pero él ya está pillado. Diooooo, qué mojada estáááás...

—Me da lo mismo.

Anita contrajo los músculos y dejó apresado al hombre, lo detuvo, y luego empezó a mover la pelvis en círculos, suaves al principio, impetuosos después.

Él cerró los ojos, gimió, agarró sus pechos, los acarició rítmicamente. Entonces se detuvo, la cogió por la cintura, la apartó y la puso contra el respaldo del sofá, de espaldas a él; con un brazo, la inmovilizó, y con la mano del otro acarició su clítoris... los dedos correataron por él, lo despertó, sintió su erección, lo acarició unas veces en círculo, otras dando pequeños golpecitos, otras con frotamiento. Anita chillaba, totalmente fuera de sí; entonces la penetró desde atrás como un animal. Sintió su propia erección endurecerse y crecer. ¿Quién necesitaba Viagra con aquella estimulación natural? Aumentó la potencia de sus embestidas, y el ritmo llegó al frenesí.

—Me vas a reventar —gritó ella.

Se detuvo.

—No se te ocurra parar, sigue. ¡Sigue! ¡¡¡Siiiiigueeeeeeeeeeeee!!! Me corro, por Dios, no pares. Ahh, ahhhhhhh...

—Me voy contigo —gimió él—. Jodeer, me... voooy... contigo, aaahhhhhh...

El orgasmo les explotó a ambos juntos.

—Dioos —suspiró ella, relajándose sobre el sofá.

—Dioooooos... —Él también se relajó junto a ella.

Permanecieron unos instantes en silencio hasta que Fergus lo rompió con una pregunta.

—Necesito saber una cosa, ¿me la dirás?

—Dispara.

—¿Fuiste tú?

—Si fui yo, ¿qué?

—Aquel día en el baño del *loft*... en el ático...

—No entiendo lo que me quieres preguntar, de verdad.

—No sé cómo decirlo, porque... si no fuiste tú... Aunque yo todo el tiempo he creído que fuiste tú...

—¿De qué me hablas?

—De nada, déjalo.

—No. Ahora quiero saberlo.

—El primer día de rodaje, estaba en el baño, en la ducha. Entró una mujer a quien no vi porque estaba de espaldas, me pidió que cerrara los ojos y...

—¿Te violó?

—No. —Se rio—. Fue brutal.

—¿Más que ahora?

—Ahora también ha sido brutal.

—¿Y qué te hizo?

—Me la comió.

—Una desconocida entró en el baño y te lo hizo. ¿Y qué? ¿Te gustaría que te lo volviera a hacer?

—Síííí, tantas veces como ella quisiera. Oh, síííí...

—¿Vamos a la ducha?

—¿Ahora?

—Me apetece sentir el contacto del agua caliente y el jabón.

Entraron en el baño. Anita cerró la mampara. Con el soniquete de fondo del agua contra el cristal, el vapor se expandió y sus figuras se difuminaron, confundidas entre las caprichosas formas de la espuma. Cuando la silueta de Anita se agachó, las palmas de las manos de Fergus se adhirieron a los cristales biselados; su cabeza se inclinó hacia atrás y se dejó hacer.

* * *

En la cama aún siguieron hablando antes de dormirse.

—Sabía que habías sido tú —comentó Fergus, ligeramente henchido de orgullo—. Ella, abrazada a él, le acariciaba el pecho—. ¿Por qué? ¿Por qué te lanzaste sobre mí de esa manera? ¿Tan irresistible soy?

—No se lo digas a nadie, pero soy ninfómana.

—¿En serio? No me lo creo.

—De hecho... no. No lo soy.

Fergus reparó en un libro que descansaba sobre la mesita de noche. Era una de sus primeras novelas. Eso lo halagó sobremanera.

—¡Anda! ¡Si me lees y todo!

—Seee, pero no entiendo nada de lo que escribes.

La miró fijamente.

—Tampoco me lo creo, nena.

—Si te confío algo, ¿me prometes no enfadarte?

—Prueba...

—No sé...

—Está bien, te lo prometo.

—Recuerda que me has dado tu palabra.

Él asintió con la cabeza mientras pasaba las páginas del libro de forma distraída.

—Debe de haber un vídeo de ese encuentro, porque... porque fui a por ti para cumplir lo pactado con Harvey. Supongo que va a chantajearte...

Fergus dejó el ejemplar y la miró fijamente. La chica se apresuró a aclarar lo sucedido.

—Lo hice, cumplí mi parte, pero luego me desentendí; no quise prestarme más a ello... Creo que por eso han traído a esa petarda de mierda, ¿sabes? No os fieis mucho de ella.

—¿Y de ti? —estalló Fergus—. ¿Puedo seguir fiándome de ti?

—¡Vete al carajo! ¡Has prometido no enfadarte!

—¿Encima he de ser yo quién pida perdón? —Sabía que él tampoco había sido franco con ella, pero en ese momento se sintió utilizado y traicionado.

—Fergus, cálmate. Te lo he contado, ¿no? Pues ya está. Confía en mí.

—Ladrona, mentirosa y...

—Putá; dílo, va...

—No, pero, cabrona, sí. ¿Dónde están las cámaras?, ¿eh? —Se levantó y corrió por el dormitorio y por el salón, y luego regresó a la habitación mientras voceaba—: ¡Venga, grabadme ahora en pelota picada! ¡¿Os gusta lo que veis? ¿Eh?! —Hizo un gesto obsceno—. ¡¿Os gusta lo que veis?! ¡Graba, que «Toda Am...»! ¡Graba!

—¿Ya te has quedado tranquilo?

—No.

Recogió su ropa y se vistió.

—Piénsalo —le gritó también ella—: Puedo ser una fulana, pero jamás le he mentido a nadie. Además, ¿por qué iba a contártelo excepto para que tratéis de arreglarlo? Sólo tiene una copia, para evitar filtraciones. Créeme, es así de maniático y antiguo.

Él regresó al umbral de la puerta y la señaló con el índice. Dudó entre hablar o no hacerlo; al final, lo hizo.

—No eres una fulana, pero... Déjalo, no me ablandarás autofustigándote. Nuestra no relación se acaba aquí.

Se largó dando un portazo.

—¡Aquí no se acaba nada porque no había nada! ¡Grrrr! —chilló ella al vacío, y al vacío lanzó un cojín con toda su furia.

* * *

El rodaje proseguiría en el Plaza a las ocho de la mañana, pero Fergus levantó a Murdock a las seis. Quedaron en el lujoso restaurante del hotel. Mientras tomaban café y el escocés daba cuenta de un generoso desayuno continental, Fergus se lo contó todo.

—Come —lo animó su amigo, como si lo que acababa de escuchar fuese pecata minuta.

—Estás loco si piensas que puedo tragar nada; tengo el estómago revuelto.

—Eso te pasa por meter la polla en el trabajo.

—Mira quién fue a hablar, el que la tiene todo el día dentro de los calzoncillos.

—Bueno, no hablábamos de mí.

Alguien los saludó con la mano desde una mesa apartada; al fijarse, vieron a Carson Pickwick muy a gusto entre sus manjares. Le devolvieron el saludo y siguieron a lo suyo.

—No hablábamos de mí —repitió Murdock—. ¿Quieres saber lo que vamos a hacer?

—Sí, por favor.

—No te preocupes por ese vídeo. Conseguiré destruirlo. Por tu parte, como te dijo Anita, no le devuelvas esas llaves a Carmichael, y tampoco le des el discursito... todavía. Ya queda poco, así que acabaremos el rodaje y, entonces, iremos a por él. De momento no lo pongamos sobre aviso. Además, debemos hacernos con el vídeo primero.

Fergus daba vueltas y más vueltas a la taza de café que sostenía entre las manos; no parecía demasiado convencido con el plan del director. Murdock, que lo conocía bien, se impacientó.

—¿Se te ocurre algo mejor o qué?

—Vale, vale, vale... De momento, eso es lo que haremos.

—Eres tú el que la ha jodido... y bien, además. Ni siquiera debería mirarte a la cara. Hay que ser cabrón para tirarse a la mujer de los sueños de tu mejor amigo.

—Es ella la que se me tira a mí, perdona.

—Cabrón.

—En fin... Acabemos la película y luego ya nos hostiaremos tú y yo.

—Cabrón.

En ningún momento Murdock había perdido el buen humor, todo lo había dicho esbozando una irónica sonrisa.

—Te confesaré una cosa, pero negaré haberlo dicho, así que no lo repitas por ahí: me alegro de que estéis juntos. Te hacía falta un lío de faldas, y percibí vuestra tensión sexual desde el minuto cero. Esa chica es para ti... y le gustas mucho.

—Me parece que te equivocas, porque no hay nada entre nosotros, sólo sexo, y ahora ni eso.

—Vaalee... —respondió Murdock—. Pues peor para ti. Oye, ¿sabes que «Toda América lo sabe menos tú» lo está petando? En la cadena flipan. Han conseguido remontar un concurso decadente, tío.

—La mera idea del día en que Anita se entere me tortura.

—Ya, pero ya no podemos dar marcha atrás. Venga, anda. Vamos al lío.

* * *

El rodaje fluyó bien, incluso resultó divertido. Murdock, complacido, tiraba de su fina ironía en todo momento, y el ambiente, agradable y relajado, generó la sensación de estar entre amigos, de fiesta, más que de trabajo. Tanto fue así que el director incluso charló animadamente con Harvey Carmichael. Éste conversaba con él sin sospechar que ya no engañaba a nadie. Sin embargo, Fergus percibió algo que otros no parecieron detectar. Anita estaba inquieta, rígida. A pesar de ello, aparecía preciosa y salvaje en plano. A Murdock se le había antojado rodar casi en blanco y negro, destacando el rojo de sus labios, unos pendientes largos de rubíes y un pañuelo de seda anudado al cuello, muy rojo también. Muy *chic*. El resultado... simplemente impactante. Desde luego, Macallan sabía lo que hacía. La guinda del pastel fue la gran interpretación de Anita. Había superado sus expectativas y les había pasado la mano por la cara. Era perfecta y la cámara la adoraba, pero Fergus la notó tremendamente tensa, y más cuando Carson se acercaba a ella. En uno de los descansos, le llevó un café. Se la encontró sentada en la silla que llevaba su nombre, inmóvil y ausente. Junto a ella, Johnny Qu le guiñó un ojo cuando se alejó para dejarlos solos.

—Toma —le tendió el café.

—Gracias —lo aceptó ella.

Estuvieron un buen rato sin decirse nada.

—¿Todo bien? —preguntó él absurdamente.

—Sí —fue la monosilábica respuesta.

El silencio ocupó el lugar de las palabras. Al final se disponían a decir alguna cosa ambos a la vez, pero el vozarrón de Murdock con su «¡Todos a sus puestos!» los cortó. Se miraron como dos amantes desdichados cuando Anita se incorporó al *set*. El profesor no se quedó tranquilo; decidió que, cuando acabasen, iría a su camerino, la habitación mil uno, contigua a la que usaban como despacho, la mil, y le pediría perdón por su escena de la noche anterior.

* * *

El anuncio del parón para el almuerzo desperdigó al equipo del mismo modo que un disparo a una bandada de pájaros. Murdock atendió las notificaciones de su teléfono; una en especial le levantó una sonrisa enigmática. Respondió con un mensaje.

Grabar me pone cachondo, nena. Ven un rato.

El mensaje de respuesta no se hizo esperar.

No puedo.

Murdock dudó dos segundos, pero le dio a enviar.

Trae a un amigo...

Durante unos instantes la pantalla del teléfono permaneció sin movimiento alguno, hasta que de pronto se encendió.

Voy.

* * *

Anita, acostada en la habitación que hacía de su camerino, cubierta tan sólo con un quimono de seda rosa, pensaba en todo y en nada mientras contemplaba la danza de las sombras del techo. No había querido reunirse con los demás para comer, porque no le apetecía ver según qué caras y prefería relajarse para afrontar la tarde, que sin duda iba a ser agotadora; además, estaba previsto que empalmaran con la noche para rodar escenas nocturnas. Una jornada de lo más larga y aburrida. Lo de Fergus había sido pasajero, era lo mejor. Era preferible seguir sola; los hombres siempre lo estropeaban todo. En esos pensamientos andaba cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Había actuado así porque pensaba que se trataba de él, pero entonces vio, con aprensión, entrar a Carson, rosas y champán en mano y una sonrisa ladina bajo el bigote.

Se levantó de un brinco y se ajustó el cinturón del quimono.

—¡Vete! —exigió, enérgica.

—Calma, tesoro, he venido a disculparme. Sólo quiero que seamos buenos amigos, nada más.

—Eres patético. Estoy comprometida, ¡fuera!

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde está tu hombre, ese que no defiende su plaza?

—Largo o llamo a seguridad.

—Venga, palomita..., un besito y me voy.

Ya estaba encima de ella; la había arrinconado contra la pared y le sobaba el hombro después de abrirla el quimono, ella trató de propinarle un rodillazo en sus partes, pero él fue listo y rápido, pues la vio venir y la esquivó... aunque sólo sirvió para enfurecerlo, por lo que la agarró fuerte por las muñecas, la tiró al suelo y se echó sobre ella. En ese momento se abrió la puerta y entró Fergus; al ver la escena, su cara se transformó... Causaba pavor. Carson se levantó como accionado por un resorte.

—Muy bien, querida —disimuló—. Va a quedar estupendamente. —Se giró hacia el recién llegado—. Estábamos ensayando, je, je, je.

Anita, recomponiéndose el quimono, se pegó al rincón más alejado. Carson se dispuso a salir y

pasó junto a Fergus como si nada, pero éste lo agarró por el pecho, lo retuvo y lo colocó frente a sí.

—No tan deprisa, amigo.

—¿Qué significa esto? ¿Qué quieres decir?

—Te lo puedo repetir en yanqui o en irlandés, ¿cuál prefieres?

—No lo sé... —Nervioso, el actor no se atrevía a mirarlo y sólo pensaba en huir.

—Pues te lo digo en yanqui. —A continuación, le clavó un puñetazo en plena cara.

Carson cayó al suelo, fulminado, pero Fergus lo agarró de nuevo de la pechera y lo levantó.

—Y en irlandés también. —De un cabezazo en la frente, lo dejó tieso en el suelo—. Para que te quede claro.

Con Carson fuera de juego, fue a por Anita, que aún temblaba. La abrazó sin prisa, le dio todo su calor y le besó el cabello.

—¿Quieres que nos larguemos de aquí?

Ella asintió.

—Podemos pasar a la habitación de al lado; no hace falta salir al pasillo, hay una puerta aquí. —Siguió abrazado a ella y la condujo hasta la puerta, pero la abrió y la volvió a cerrar como si hubiese visto un fantasma.

—No, no es buena idea. Vístete, nos vamos por la puerta.

—Pero ¿ésa no es una puerta?

—Sí, pero me refiero a la normal.

—¿Normal?

—Joder, la del pasillo.

A Anita se le tambaleó el cerebro.

—Pero... ¿qué ocurre con la habitación contigua que me has mencionado...? —preguntó, confundida.

—Es que en este momento están las empleadas de la limpieza.

—No comprendo nada.

—Da igual, tú vístete.

Capítulo IX

En el pasillo se toparon con Gordon. El ayudante de dirección, con el semblante desencajado y sin atender a los razonamientos de Fergus, quien intentaba conducirlo de nuevo al ascensor, hablaba y hablaba, pues el profesor lo retenía.

—Respóndeme, ¿has visto a Murdock sí o no?

Fergus se apoyó en la pared del pasillo como un guiñol destripado, como si así pudiese impedirle el acceso.

—¡Qué va! No, no.

—Es raro, porque me han dicho que lo encontraría aquí.

—No en mi camerino —comentó Anita.

—Pero yo no voy a la tuya, sino a la mil; la que hace de despacho, vamos...

Gordon trató de avanzar, pero Fergus se interpuso con un movimiento rápido y ágil. Entonces, por el rabillo del ojo, vio a Anita a punto de abrir la puerta de la habitación contigua a la suya.

—¡Espera! —gritó, y saltó para situarse frente a la puerta, donde utilizó la misma postura caricaturesca, de contorsionista, para impedirle el acceso. La frente, perlada por pequeñas gotitas de sudor, se le contrajo; estaba agitado.

—Espera —repitió, tratando de aparentar tranquilidad—. Esperad los dos. Vayamos al *catering* y piquemos algo. ¿Vosotros habéis comido? Yo no. Tengo mucho apetito. Vamos — insistió en su empeño, empujando por la espalda a uno y a otra para alejarlos de allí.

—Yo no tengo hambre —protestó ella.

—Tú tienes un hambre devoradora y punto —rugió Fergus, en el colmo de la impaciencia.

—En realidad, ya he almorzado. —Gordon, arrastrado por la inercia de aquella vorágine inexplicable, intentaba oponerse, sin éxito.

—Pues vuelves a comer; te vendrá bien, estás flacucho últimamente.

Gordon era un jovial chico entrado en carnes. Fergus ya casi había conseguido meterlos en el ascensor, cuando el ayudante de dirección se dio la vuelta y volvió a salir.

—Prefiero mirar a ver si está, es urgente.

—Pero qué puede haber más urgente que llenar la panza, ¿eh?

Logró introducirlo otra vez en el ascensor y, justo en el segundo en el que se ajustaban las puertas, miró la de la habitación mil; podía abrirse de un momento a otro. Pulsó el botón de la planta baja sin soltarlo, frenéticamente, como si se tratara de huir de un incendio. Las caras de sus acompañantes mientras el cubículo descendía y se perdía por el hueco eran de puro desconcierto.

* * *

En el interior de la habitación número mil, la penumbra envolvía tres cuerpos sudorosos sobre la cama. Sarah gozaba del sexo con una intensidad depredadora. En medio de dos hombres, se dejaba hacer en deleite supremo. A su espalda, Murdock la abrazaba y acariciaba, aferrado a sus pechos, mientras un joven musculoso copulaba con ella por delante. El espejo frente a ellos reflejaba el éxtasis del momento amorio, y un minúsculo orificio sobre él emitía el imperceptible parpadeo de una atenta luz.

* * *

El ascensor regresó de nuevo a la undécima planta, con Anita dentro. En el espejo del cubículo se reflejaba su rostro, en ese momento pensativo. Subía para recuperar su guion. Lo había dejado olvidado en la *suite* que usaban como despacho, la número mil. Había querido recuperarlo antes de entrar en la suya, en su camerino, a la hora del almuerzo, pero unas camareras le habían salido al paso y la habían retenido allí, frente a la puerta; éstas le habían pedido autógrafos y fotos mientras no dejaban de reírse y cuchichear... y al final había decidido irse a descansar. Por eso le había extrañado que Fergus le hubiese dicho poco antes que seguían limpiándola, pues había pasado un buen rato ya, pero no le dio mayor importancia. Pensaba, además, que Fergus parecía un poco estresado, aunque era lógico, por otra parte, tras lo vivido con Carson. De todos modos, estaba muy pesado; no quería que subiera y había estado insistiendo en pasarle el guion por *mail* al teléfono, pero ella se había negado repetidamente, pues le parecía horrible tratar de leer nada en la pantalla de los móviles. El rifirrafé se había prolongado hasta que ella había aprovechado su oportunidad cuando al novelista lo distrajo una llamada telefónica.

Fergus la sorprendió justo cuando se colaba en el habitáculo para subir, así que lanzó el teléfono y fue tras ella. Sin embargo, cuando alcanzó el elevador sólo fue para notar el golpe de su cara contra la puerta cerrada y oír el ruido del motor. No perdió el tiempo y la siguió por la escalera, tan rápido como sus enormes zancadas se lo permitieron. Llegó al undécimo piso en pleno estallido de sus pulmones, justo a tiempo de presenciar lo irreparable.

—Pero ¿quién ha cerrado por dentro? —decía mientras golpeaba con los nudillos y volvía a pasar la llave inútilmente—. Abran, por favor, es urgente.

Fergus llegó a ella en el mismo momento en que Murdock abría la puerta, descamisado y con el pelo alborotado; se había vestido precipitadamente.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Anita al desfallecido Fergus.

La protesta de Murdock sonó a la vez.

—Es que ya no puede uno descansar...

—A quién se le ocurre descansar aquí —le reprochó con doble intención Fergus, mientras le

hacía gestos para que escondiera lo que tuviese que esconder.

—Eso digo yo, teniendo tu propio camerino, donde nadie te molestaría —secundó Anita—. Y, tú —se dirigió a Fergus—, ¿por qué pareces mi sombra?

—¿Qué nadie me molesta en mi camerino? ¡Ésta sí que es buena! ¿Por qué te crees que me he escondido aquí?

Anita lo miró un instante, alucinada y descolocada. Lo hizo a un lado y entró en la estancia. Fergus cerró los ojos y apretó los párpados.

—Valeee, de acuerdo. Yo sólo vengo a por mi guion... —la oyeron decir desde dentro—. Ah, mira, aquí lo había dejado... —añadió mientras los dos hombres se miraban, apurados.

Fergus estaba estupefacto al comprender que Anita se creía sola en la *suite*... aunque en verdad no había ni rastro ni de Sarah ni del mancebo. De pronto se le hizo la luz y su cara se iluminó como una bombilla encendida.

Anita recogió el cuaderno, que estaba sobre la repisa del espejo.

—Oh, ya que estoy aquí, voy a coger la mochila de mi camerino.

Murdock y Fergus se lanzaron sobre ella cuando estaba a punto de abrir la puerta del tabique que comunicaba una estancia con otra.

—¡No! —gritaron ambos al unísono.

—No hará falta —improvisó Fergus, tirando de ella hacia la salida—. Está abajo, sobre tu silla. Yo mismo la he llevado antes.

—Oh... Estáis muy raros, perdonad que os lo diga... ¿No será que en estas habitaciones hay gato encerrado?

—Pero ¿tú oyes algún maullido, criatura? —la distrajo Fergus.

Los tres volvían a estar ante la puerta de la habitación que cumplía las funciones de despacho.

La chica les dedicó una mirada suspicaz.

—Bueno, pues... me voy.

Con sumo alivio, la vieron meterse en el ascensor para descender.

—Pero ¿cómo se te ocurre? —lo increpó Fergus en un susurro.

Murdock le dedicó una mirada enigmática; a veces su amigo era muy tonto.

—Ya no hay moros en la costa —dijo, con la puerta entornada; aun así, Fergus consiguió ver a un chico salir de un armario y a Sarah abrir y cerrar la puerta comunicante.

—Te habrá valido la pena, al menos... —refunfuñó Fergus, iniciando la marcha.

—Te aseguro que sí —respondió Murdock, y cerró la puerta.

* * *

Las siguientes escenas del rodaje iban a tener lugar en un hermoso y victoriano salón de té del hotel situado en la planta baja, donde se iba a producir un tiroteo y a iniciarse una persecución. Por eso, todo el equipo estaba a punto allí, controlando luces, cámaras y sonido. Las mesas

estaban ocupadas por excitados figurantes dispuestos a darlo todo, actores de breve intervención y secundarios a medio caracterizar, con dos temas centrales de conversación, el béisbol y las *socialites*. Los técnicos daban vueltas por el espacio, aburridos, y Gordon estaba hecho una mierda por la ansiedad, a la espera de que Murdock se dignara aparecer. Roberta Clark, ilusionada como una niña pequeña con unos zapatos de charol nuevos, aguardaba su momento elegantemente vestida de camarera para soltar la frase que le habían asignado. Iba ataviada con una peluca negra y la cara lavada, y repetía mentalmente que ¡le habían dado una frase! Se autoengañaba y se decía que se la habían dado porque se habían dado cuenta de su talento, y también creía que pronto conseguiría un papel pequeño, y luego uno más grande y después llegaría a interpretar a una protagonista. Algunos de los extras sentían envidia. «Nada como beneficiarse al ayudante de dirección», murmuraban con malicia. En realidad, Gordon se había visto obligado a improvisarlo para recuperar la cinta de la película que había llevado a positivar. Roberta la había secuestrado, sin escrúpulos, para sus fines. Por ello, en los momentos más amargos de su existencia se había visto forzado a cambiar la escaleta y el guion por su cuenta, cosa que seguramente le iba a costar el empleo y la reputación, pero peor hubiese sido regresar sin la cinta. Aquella aspirante a actriz era una chalada. Roberta sólo le devolvió el material cuando se vio convertida en la rutilante camarera del salón de té. Querría habérselo contado en persona a Murdock y haber soportado con arrojo su reacción... En cambio, el director se enteraría mientras rodaba... Con la cinta en su poder, había recuperado el ritmo cardíaco, pero el alma se la había llevado el diablo y ya no se la devolvería.

Harvey Carmichael, en un discreto segundo plano, tomaba café y observaba a su alrededor. Johnny Qu comprobaba, de lo más complacido, cómo el maquillaje de Roberta se derretía desde el nacimiento del cabello hasta las sienes; naturalmente lo había boicoteado con unas gotitas de aceite aromático para obtener tal resultado; cuánto peor quedase su plano, mejor, porque lo suprimirían sin miramientos. Detrás de cámara retocó a Carson Pickwick; casi había logrado el milagro de que no se le notasen los moratones en la frente, la nariz y la boca, pero la hinchazón... Con eso no había podido hacer nada...

—Hijo mío, cualquiera diría que has sufrido el atropello de un autobús en vez de una caída por la escalera... —pensaba en alto mientras le aplicaba suaves toques con una esponjilla.

El actor trató de reprimir un quejido, sin lograrlo. Anita, preparada con su gabardina de vinilo negro y sus botas a juego, estudiaba el guion apartada; estaba sentada en una butaca fuera de plano. En ese momento llegó Fergus y le ofreció un botellín de agua. Ella le dio las gracias, aunque sin apartar la vista del texto.

—Escúchame, antes he ido a tu camerino porque quería decirte...

—Gracias por el agua y por... cargarte a Pickwick.

—Hasta ahora eso siempre había sido privilegio de mis personajes. —Se frotó el dolorido puño.

—Y ahora, por favor, si no te importa..., tengo que estudiar.

—De acuerdo. —Se dio la vuelta, pero de nuevo se giró hacia ella.

Se situó detrás y posó las palmas en las mejillas de la chica; entonces, con suavidad, la obligó a que levantara un poco la cabeza para mirarlo mientras él asomaba la suya hacia delante. Se veían del revés.

—Lo siento —se disculpó—. Siento haber reaccionado tan mal.

Se inclinó sobre ella y la besó en los labios. Fue un beso, divertido y romántico.

—¿Qué haces, capullo? Nos está mirando todo el mundo —logró protestar Anita.

—Me da igual, que toda América lo sepa. —Y prolongó el beso con el ardor de un hombre muy enamorado.

Testigo de ello, Johnny Qu aplaudió con un profundo regocijo, y no fue el único en celebrarlo. Los editores de «Toda América lo sabe menos tú» habían preparado un capítulo explosivo para aquella emisión. Éste incluía retazos de la conversación de Murdock y Fergus en el pasillo, naturalmente tergiversados, y, además, a partir de ese momento, contaban con ese apoteósico beso del revés.

Esa noche la audiencia lo petó... por ejemplo, en el Cocina Bonita, donde la reunión de fanáticos del programa era cita obligada para ellos. Apiñados como siempre en torno al televisor, su partidismo por el irlandés o el escocés se manifestaba mediante un acalorado griterío, incluso dos de ellos se agarraron por el pecho en un conato de pelea. «Pero Anita debe quedarse con el profesor», imploró al televisor la mujer cuyo marido siempre la acompañaba. Él asintió con la cabeza. Cuando llegó el momentazo del beso inesperado, todos aplaudieron y el matrimonio los imitó con un gesto casto y dicharachero.

Por su parte, la patrulla de la policía metropolitana, en su bar preferido, tronó en una ovación coreada por los ladridos de la perra sabuesa. Fergus y Murdock seguían empatados en cuanto a ser unos capullos integrales, pero el primero dejaba bastante atrás a Murdock como favorito para pagar el viaje a Hawái y para ser el elegido de Anita... y los policías habían apostado sobre con quién se quedaría Anita Morris.

Esa vez, en el vestuario de los Yankees Giants, el equipo clamó eufórico para celebrar el beso de Fergus a Anita como si se hubiese tratado de un *home run*. El muchacho de la toalla no la lanzó, sino que la hizo girar en el aire, como si de la masa de una pizza se tratara, mientras emitía silbidos de júbilo victorioso.

* * *

Fergus y Murdock tuvieron oportunidad de hablar antes de iniciar la sesión de la tarde. El novelista le contó el intento de violación de Pickwick a Anita, y le explicó lo que había hecho él. Entonces, el escocés, sin esperar a que su amigo terminara el relato, se dirigió al actor que interpretaba al detective, totalmente desacreditado ya, y, sin mediar palabra, le propinó un puñetazo en pleno rostro, con lo que el tipo aulló de dolor como un loco.

—¡Fuera! ¡No te quiero ver más por aquí! Te enviarán el finiquito.

Dicho esto, le tiró encima la gabardina y el gorro. Acto seguido llamó a los productores ejecutivos y los puso en antecedentes.

—No hay motivo de preocupación, tengo material de sobra y sólo faltan dos escenas con él... La haremos con el doble, que se colocará de espaldas... Sí, me las apañaré. Gracias.

Carson Pickwick se marchó profiriendo toda clase de amenazas legales contra la productora, Murdock Macallan, Fergus Wellan y Anita Morris. Cada uno de los presentes pudo oírlo, pero del mismo modo fue ignorado absolutamente por todo el mundo.

Empezó la acción, el rodaje fluía bien. Cuando entró Anita dentro de plano, la cámara la siguió hasta un teléfono de baquelita negra; marcó un número en el disco rotatorio y se disponía a decir su frase cuando la cortó una sudorosa camarera con el maquillaje derretido que irrumpió en la escena sin ton ni son y titubeó al soltar una frase sin sentido.

—Señora, señora, cuelgue, agáchese, son disparos...

—Pero ¿qué disparos?, pero ¿quién coño es ésta!? ¡¡¡Corteen!!!

Gordon se quería morir. Roberta había entrado antes de tiempo, se había cargado la escena, lo había liado todo.

Murdock, cabreadísimo, tiró su vaso de café vacío al suelo y lo pisoteó con ensañamiento.

—¡Mierda, joder! ¡Maldita sea, hostia! ¡Joder, mierda!

Nadie se atrevía a acercarse a él, ni siquiera Fergus. Finalmente, el escocés buscó a su ayudante; lo encontró haciéndose el distraído, poniendo en orden a los figurantes. Lo llevó aparte y le pidió explicaciones. El pobre chico no tuvo más remedio que contárselo todo: la película había estado secuestrada y había tenido que pagar el rescate en modo frase para actriz ambiciosa. No ocultó que todo se desencadenó el día en que le tocó llevar las cintas al laboratorio para el revelado, porque ese día se acostó con la aspirante porque se lo llevó a su casa y lo sedujo.

—¡¡¡Pero es que no os cansáis de meter la polla en la olla!!! —tronó.

Dio una vuelta completa sobre sí mismo y se detuvo de nuevo ante el angustiado Gordon.

—Prepáramelos a todos otra vez, por favor. ¡Y pégate al culo de esa...! —Iba a decir furcia, pero se contuvo—. ¡Pégate al culo de la chica esa y márcale la entrada exacta!

—¿No me vas a despedir? —preguntó con un hilo de voz.

—¿A qué esperas? ¡A tu puesto! ¡Vamos!

Gordon voló, no corrió.

La sesión prosiguió sin más incidencias y se cumplió con el programa. Un Murdock satisfecho despidió al personal hasta el día siguiente en la Grand Central Terminal. Gordon quiso saber por qué no se iban a rodar las escenas nocturnas.

—Cambio de planes. El rodaje nocturno pasa a ser de interiores en la misma Grand Central Terminal. He reescrito un par de escenas y me gustan más.

—Entonces... ¿rehago la escaleta?

—Más te vale. Por cierto, envíame a tu amante. Quiero hablar con ella. ¡Fergus! —Le hizo una

seña.

El irlandés corrió hacia él.

—¿Cenamos juntos esta noche?

—Claro.

—Mañana acabamos el rodaje, tío. Siento los mismos nervios que sentía siendo escolar la víspera del inicio del curso.

—Has creado una obra magna.

—¿En serio?

—Totalmente.

—¡Uauu!

Se produjo un silencio tras el cual Murdock tomó de nuevo la palabra.

—¿En qué lío nos hemos metido, Fergus?

—Querías financiación para tu película... Puto dinero...

—Necesitaba esa financiación, lo sabes... y también promoción, además de a esa actriz, también lo sabes.

—Sí, lo sé. Lo sé.

—Oye, avísala. Cuéntaselo... o lo vuestro se irá a la mierda... Aún estás a tiempo, tío.

—¡Te repito que entre ella y yo no hay nada!

Murdock lo miró con la condescendencia propia de una madre ante un hijo que miente por una golosina.

—Sí, ya.

—¡Vale! ¡Pues claro que me gustaría decírselo! Es sólo que... no encuentro la manera.

—Reúne el valor, tío. Tú, reúne el valor.

—¡Hola! —los interrumpió, impertinente, Roberta, sin esperar a que acabasen la conversación

—. Gordon me ha dicho que querías verme.

—He aquí el futuro del cine —soltó con sarcasmo Fergus, dejándolos solos.

Murdock contempló a la joven con ojos de rapaz.

—¿Hasta dónde estarías dispuesta a llegar por un papelito de última hora en la película?

Ella entrecerró los ojos. Era lista, sin duda.

—¿Hablamos de sexo?

—No exactamente.

A la joven se le abrieron los ojos como enormes platos soperos.

—¿Qué tengo que hacer?

Murdock sonrió.

—Vamos al bar del hotel. Te invito a una copa.

Capítulo X

Murdock y Fergus cenaban en el Burger Joint. Había mucho jaleo aquella noche; alguien celebraba algo, pero ellos, sumergidos en su burbuja, daban rienda suelta a una actualización completa de los últimos acontecimientos.

—Bueno, ya tienes tu película —comentó el novelista.

Sentía que, de entre todo aquel caos y enredo monumental, al menos había salido algo bueno.

—Y tú te has quedado con mi Bardott, so cabrón.

Fergus se arrellanó en la silla.

—Y dale —dijo, mirando para otro lado—. Ahora está en mi casa, en Brooklyn. Le he dado una copia de la llave. Ya te he dicho que quiero apartarla de las garras de ese miserable.

—Por eso la cuidas tanto, porque no tienes nada con ella... ¡Joder! ¡Tu televisor!

—Naaa, tranquilo... Hace tiempo que no tengo. Bueno, sí que hay uno en casa, pero no funciona.

—Ciertamente, con tipos como tú, los de la industria estamos muertos —comentó, aliviado.

—Voy al cine.

—Es verdad.

—Estoy en el cine.

—Cierto.

—Oye, ¿lo de darle un papel a Roberta...?

Murdock bebió un trago de su cerveza antes de responder.

—No preguntes. No quieras saberlo ahora. Ya lo verás... —Dicho esto, chasqueó la lengua.

—¿Te llevo a casa?

—No, cogeré un taxi. Antes debo hacer una visita intempestiva.

—¡Otra vez!

—No es lo que piensas.

* * *

Anita leía *Juego de llaves* cuando oyó las de Fergus abriendo la cerradura. Escondió el libro debajo del cojín del sofá a toda velocidad y disimuló con el móvil.

—Hola. ¿Has cenado?

—Sí, una lata que tenías en la nevera.

—Podría haberte traído algo —lamentó él.

—Oh, no te preocupes, no tenía demasiada hambre. ¿Todo bien con Murdock?

—Sí, todo ok.

—Me alegro.

—Tú, ¿estás bien?

—Sí, perfectamente.

—¿De verdad?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—De acuerdo. Lo celebro.

—Hubiera podido defenderme yo sola.

—No lo dudo.

—Pero gracias, en serio. Me encantó cómo me defendiste dos veces, en yanqui y en irlandés.

Él soltó unas carcajadas con ganas.

—¿Qué tal tu puño? —se interesó Anita.

Fergus exhibió un movimiento de dedos.

—Perfectamente, ya lo ves.

—Bien.

—Sí.

Fue a la cocina a por agua y le trajo un vaso a ella. Se sentó sobre el libro, por lo que lo descubrió.

—¿Qué hace esto aquí?

Ella enrojeció.

—¡Lo estabas leyendo! ¡Te has leído más libros míos que yo!

La chica rio.

—Pensaba que iba de intercambio de parejas, y venga a pasar páginas y no había nada de eso... hasta que, más allá de la mitad, me he dado cuenta de que va de otra cosa.

Él rio.

—Ahí dentro —la señaló—, si se escarba en ese caparazón, sale mantequillita...

—Ni lo sueñes, jamás vas a encontrar de eso.

—De acuerdo, chica dura. Es hora de ir a la cama.

Anita se echó hacia atrás.

—Quiero decir que tú dormirás en la cama y yo aquí, en el sofá —aclaró.

—Gracias, pero no sin ti. Quiero decir que...

—¿Estás segura?

—Bueno, podemos dormir juntos sin...

—Claro, podemos dormir juntos sin...

—Es porque hemos dejado nuestra no relación, ¿verdad?

—Sí, lo hemos dejado. Es por eso...

—Pero no me gusta dormir sola...

—No te tocaré. No temas...

—Además, hay que madrugar.

—Un asco, pero mañana es el último día y luego tenemos la fiesta de fin de rodaje.

—Y, luego, nos despediremos y no nos volveremos a ver más. Así son las cosas, ¿no es así?

—Sí... siempre que uno no quiera lo contrario.

—Pero ninguno de los dos queremos lo contrario, ¿no?

Fergus quería decirle que no lo sabía, o que sí lo sabía. Quería estar con ella, no quería perderla de vista..., pero Anita se adelantó y zanjó el asunto.

—No, no lo queremos. Creo que no.

—Vámonos a dormir.

Después de salir del aseo, cambiados con los pijamas y los dientes lavados, cogieron la cama con ganas. Anita atrapó el mando de la tele y le dio al encendido, inútilmente.

—¿Por qué no puedo ver la televisión últimamente?

—Y quién necesita ese aburrimiento.

Al quitarle el mando para devolverlo a su sitio, sus cálidos cuerpos se rozaron; se hubieran abrazado.

—Perdona. —Se apartó y recolocó los almohadones.

—¿Por qué me has besado de esa manera en el Plaza?

—No lo sé. Eres... eres un imán. Es difícil resistirse.

—Pero no ha sido un beso cualquiera.

—¿Qué quieres decir?

—Ha sido dulce... He sentido unas mariposas por todo el cuerpo que nunca antes había... En fin, que no era un beso para follar.

—Niña, te acabas de cargar todo el romanticismo del dulce beso.

—Pero es cierto.

—Ah, ¿sí? Tendrás que hacerme una demostración para que lo entienda, porque no sé...

—Mira...

Posó los labios sobre los de él y lo besó con dulzura, sin prisas, entregándole el calor de su corazón. Fergus la abrazó y respondió al beso, le separó los labios, metió la lengua... y entonces ella lo apartó.

—¿Lo ves? Ya se está volviendo sexual.

—Vale... y, ahora que me has encendido, ¿qué hacemos?

—¿Tenéis que ser todos tan neandertales?

Él le sonrió; la hubiera amado sin descanso hasta el amanecer, pero le puso el índice sobre los labios.

—Buenas noches —le deseó.

Apagó la luz. Ella la encendió de nuevo.

—¿Puedes abrazarme? Hoy necesito imaginar que alguien me quiere y me trata con dulzura. Sólo eso —pidió.

Fergus la abrazó, y la besó en la frente.

—Yo imaginaré que amo a alguien y que le doy todo el cariño que merece.

—Gracias —susurró Anita.

Fergus echó un brazo hacia atrás y apagó la luz, volvió a abrazarla. Se durmieron plácidamente.

* * *

Con el *skyline* de fondo iluminando la noche, Sarah y Harvey cenaban en un restaurante flotante. Celebraban, con esa alegría contenida de los de sangre helada, sus logros y su futuro triunfo apoteósico.

—¿Satisfecho con tus ganancias?

—Complacido, más bien.

—¿Crees merecer más?

—Creo que merezco seguir haciendo negocios contigo en la cadena.

—Eres un viejo zorro, Harvey..., pero seguiremos haciendo negocios juntos —aceptó ella, mirándolo a través de la copa.

—Tú también eres una zorra; en cambio, no envejeces nunca; por eso te adoro —respondió él, cordial.

Sarah le dedicó una sonrisa sarcástica.

—Vi tu talento en cuanto te conocí. Sabía que llegarías lejos. ¿Quién te lo iba a decir a ti? De las películas para adultos hasta aquí, fíjate.

—Yo también sabía que llegaría lejos desde que nació. Ser la realizadora de tus sucias películas era una mierda que me valió la pena.

—Ser tu amante me la valió a mí.

—Ahora no te me pongas melodramático, por favor. No lo soportaría.

—Naaaa... Todo está bien como está. Soy un hombre rico. Ésa es mi única preocupación, seguir siéndolo.

Sarah Barnes bebió, paladeó el trago de vino negro como las aguas del East River a aquella hora de la noche y pasó a otro tema sin importarle lo más mínimo los recuerdos. Ella no era de las que tenían recuerdos. Para ella sólo era relevante el momento presente.

—No puedo creer que ya hayamos llegado al último día de emisión... —Sarah estaba pletórica.

—Será un bombazo. En realidad, Anita cree que va al plató de la VHNYC para que le hagáis una glamurosa entrevista, como toda una estrella.

—Bueno, es el broche final para un trabajo bien hecho. Estuvo bien encontrar a estos

perdedores...

—Mujer, gozan de buena reputación en su ámbito...

—Puede, pero no dejan de ser unos tristísimos desdichados...

—Entonces... vas a hacerlo. —Un destello de admiración glacial cruzó los ojos de Harvey.

—El vídeo de Anita Morris chupándose a Wellan en el baño va justo después de desmontarla a ella en el directo de la gala final. Los inversores de mi cadena retirarán su confianza y cortarán la financiación de la película. Automáticamente subirá la reputación de mi programa y la mía... y pasaré a ser directora de la cadena. Así. —Chasqueó los dedos.

—Siempre supe que el diablo tiene nombre de mujer...

* * *

Murdock, aparcado en una calle próxima a la VHNYC, aguardaba tamborileando con los dedos en el volante. Cuando vio una figura encapuchada aproximarse en su dirección, encendió luces y motor. Ella abrió la puerta del copiloto y se sentó.

—Pisa —le urgió.

Arrancó echando chispas y el vehículo se perdió en la noche.

—¿Lo has logrado? —preguntó Macallan, sin apartar los ojos del carril.

—Ha sido fácil —respondió Roberta, bajando la capucha de su sudadera.

Esgrimió un GPD Pocket y lo puso en la entrepierna de Murdock.

—¡Quita eso de ahí! Mételo en la guantera, por favor.

La chica obedeció.

—Gracias —murmuró él, atento a la conducción.

—Sólo he tenido que vaciar el *pendrive* de Sarah y cargarle tu vídeo. Simple. Ahora tú tienes los dos y ella jamás se dará cuenta del cambiazo, a menos que sospeche algo y lo compruebe.

—Esperemos que eso jamás suceda.

Roberta se encogió de hombros.

—No me ha costado demasiado encontrar el lápiz de memoria, sé cómo piensa la Barnes.

—Tú sabes mucho, guapa. Mucho.

Murdock aparcó ante un viejo edificio de apartamentos en Queens.

—Gracias por traerme. —Roberta bajó del vehículo y sostuvo la puerta—. ¿Mañana va a ser un buen día para mí?

Murdock estudió su rostro; no estaba tan mal, después de todo. Levantó el pulgar.

—¿Preparada para el camino al estrellato?

Ella le dedicó una radiante sonrisa antes de darse la vuelta y entrar en su casa. Murdock también sonreía al arrancar el motor.

* * *

Los primeros acordes de *Child in time* sonaron en la habitación. Fergus y Anita seguían abrazados, y abrazados se despertaron. Remolonearon sin apartarse.

—¿Siempre tienes la misma canción en el despertador? —La chica estiró los brazos sin despegar los ojos.

—Deep Purple es mi grupo... y ahora esta canción me trae muy buenos recuerdos... Hummmmm... —Se pegó a ella mientras la acariciaba.

—Llegaremos tarde —protestó, agarrándole el trasero.

—Que se aguanten...

Subió las manos hasta el pecho. La besó en el cuello, luego en la boca... y se rindieron uno en brazos del otro.

* * *

Johnny Qu, en la autocaravana de maquillaje, se movía al ritmo de *Throat full of glass*, de los Combichrist, de quienes había colgado una foto en el espejo. Preparaba todo el material necesario; quizá habría tenido que aplicarle un poco de maquillaje al cabello de Anita para retocarle el color, pero éste tardaba demasiado, así que no le iba a dar tiempo. El vestuario colgaba de una mula y las chicas estaban arreglando a los extras. Todo iba perfecto. Se había anudado un pañuelo carmesí al cuello y lucía uñas con esmalte negro, los ojos perfilados y la boca ligeramente roja. Aquella soleada mañana se sentía especialmente creativo y feliz. Una demasiado entusiasta voltereta lo precipitó contra la sigilosa Roberta Clark.

—¿Qué...? ¡Aaahh!, ¿qué coño haces tú aquí?

—Me han indicado que debía venir aquí para que me arreglaras. ¿No te han avisado? Pobrecito...

Johnny pensó que tenía la cara mezquina perfecta para darle la vuelta de un tortazo, pero fue directo a mirar la escaleta, seguro de no encontrar allí ningún cambio y poder echarla.

—Aún no he tenido tiempo de mirar el plan del día. —Apagó la música—. Siempre cambian cosas en el último momento, no lo entiendo.

—Qué lástima...

—¡¡¡¿Te han dado un papel?!!!

—Monstruos en el escenario —empezó a declamar—, tímidos en tierra firme. Deben involucrarse en una leyenda lo más carnívora posible para sobrevivir entre los dos mundos que los devoran. Las fans los quieren crueles y salvajes, aunque sus almas rebosan poesía.

Johnny meditó un momento lo que acababa de oír.

—¿Carnívora? No será ¿carnal?

—Ponía carnívora.

—Bueno, bueno. Muy propio de Murdock, poeta incomprendido.

—Se refiere a los músicos que salen en la película. Interpreto a una periodista que se dispone a entrevistarlos. Yo los espero en la estación y, cuando los veo llegar, le digo esto al fotógrafo..., pero no consigo hablar con ellos porque, de pronto, tiene lugar la persecución y el tiroteo final.

Johnny entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Cómo lo habrá conseguido Gordon?

—Gordon es el pasado. Lo he conseguido yo sola.

—Entonces es que eres una fiera, nena.

—Lo soy. ¿Qué ropa debo ponerme?

—De esos trajes de ahí, el que quieras. —Johnny señaló una burra sin ni siquiera mirarla.

Cuando al cabo de un momento la vio aparecer con la gabardina de vinilo negro de Anita, se enfadó.

—Mira que eres trepa, tía. Sabes perfectamente que ésa es la ropa de Anita y no se puede tocar. La tuya es cualquiera de esas de ahí.

Roberta rio como si se hubiese equivocado sin querer. Se cambió y reapareció con un traje de chaqueta y falda de Chanel.

Johnny Qu aprobó la elección con la mirada.

—Te daré un consejo gratis. Los trepas como tú las únicas estrellas que ven son las del suelo cuando se estampan... Si al menos disimularas...

—Ya lo veremos. Tú no piensas como un hombre, pero yo sé muy bien cómo piensan ellos. ¡Auu!

Roberta acabó su respuesta con un grito de sorpresa ante el picotazo. Johnny le estaba ajustando los hombros de la chaqueta y no dudó en pincharla con un alfiler.

—Perdón —se disculpó él, soltando luego una risilla cuando añadió que había sido sin querer.

* * *

Harvey Carmichael esperaba con sumo placer el momento de ver a Fergus Wellan mordiendo el polvo cuando salieran al aire sus vergüenzas. Por un momento pensó en insinuárselo y generarle zozobra y ansiedad, pero lo descartó. Su motivo para guardarle un especial rencor había crecido día a día en la misma medida que había comprendido y asimilado que Anita Morris, la antigua María Hidalgo, se escapaba de su sometimiento sin remedio. Luego estaban los índices de audiencia del *reality* y las preferencias del público. El más popular era Fergus. Sin embargo, de cara a los telespectadores, iba a ganar Murdock, y ambos se lo debían a Anita. Fergus, porque era un tipo agraciado, y se habían enamorado y toda América lo sabía menos ellos dos, y Murdock, porque Anita se había revelado como un gran dama y actriz y públicamente él fue quien apostó por ella. Fergus pagaría un viaje a Hawái, pero ganaría en el amor. Ya no quedaba nada de la barriobajera y su transformación era mítica. Se había convertido en todo un personaje, pero ella aún ignoraba toda esa fama... e ignoraba también lo poco que le iba a durar. En cuanto el público

viese el vídeo que le tenían reservado como traca final, ella regresaría al arroyo de donde él la sacó. Seguramente unidos en el dolor, Romeo y Julieta se consolarían de por vida y se llenarían de niños, y el loco escocés se metería en otra película fracasada. Todo estaba planeado a la perfección y saldría a pedir de boca... por tanto, ¿por qué vengarse del profesor antes de tiempo...? Bien merecía la pena esperar un día más para ver su cara de pánico cuando en el plató de «Toda América lo sabe menos tú» se viese en directo, al mismo tiempo que el público en sus casas, el vídeo de la vergüenza y del hundimiento.

Vio al profesor junto a Murdock. Habían parado un momento entre escenas. El día se había dado bien. Ya sólo quedaba rodar la última, la de la banda de músicos entrando en la estación, la del personaje de Roberta Clark..., otra zorrilla condenadamente lista. Carmichael primero merodeó a su alrededor como un felino y luego se echó sobre él como un vampiro.

—Última escena —dijo.

—Sí —respondió Fergus, con la sequedad habitual cuando se dirigía a él.

—¿Cómo va? Los músicos salvan primero a Anita y luego Roberta habla o bien Roberta habla cuando los ve y luego ellos salvan a Anita.

—Llegan, Roberta habla, tiroteo, blablablá...

—¿Por qué ha conseguido Roberta entrar en esta escena?

—¿Quieres una respuesta sincera?

Harvey hizo un leve movimiento afirmativo de cabeza.

—En ese caso, pregúntale a ella a quién se tira.

Harvey tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltarle lo del vídeo, y Fergus necesitó controlarse para no soltarle que se olvidara de Anita.

—Pareces cansado, muchacho —declaró—. No deberías trabajar tanto. Siempre pueden llegar momentos en los que uno pagaría por estar descansado.

El profesor estaba a punto de responder algo, pero Murdock los interrumpió.

—Hola, Harvey. Fergus, ¿puedes revisarme este plano? No me acaba de gustar...

Éste lo saludó con una sonrisa postiza mientras el «No me acaba de gustar» se alejaba con los perdedores, según la definición de Sarah. A él no se lo parecían.

Capítulo XI

La cámara en *travelling* seguía a los cinco tipos que bajaban la escalera. Eran raros, causaban temor; quien se cruzaba con ellos se apartaba. Iban encapuchados, sin mostrar el rostro, y con estuches de instrumentos a cuestas.

Fergus, atento al monitor y a la escena en vivo, seguía cada movimiento sin pestañear.

—Monstruos en el escenario —oyó la débil vocecilla de Roberta—, tímidos en tierra firme. Deben involucrarse en una leyenda lo más carnívora... —el de sonido hizo que no con la cabeza y miró a Murdock—... posible...

—¡Fuera! ¡Corta! —ordenó el director, y se pasó la mano por el mentón.

Fergus hizo la señal de «corten» y avisó a Gordon.

—Es carnal. Díselo a la extra. Carnal, no carnívora. Y si no puede hablar mejor, dile que, por lo menos, lo haga más alto.

Gordon asintió y, con una señal de «ok», corrió a instruir a la incipiente estrella Roberta.

Harvey Carmichael se acercó a Johnny Qu. El estilista contemplaba, extasiado, la escena final de *Noche sin luna*.

—Los auténticos Combichrist en nuestra película. ¡Increíble, ¿verdad?! Ninguna fan se la querrá perder, irán al cine en masa.

Johnny lo miró como una comadre ofendida.

—¿Estaría yo así si fuesen los auténticos Combichrist? Aunque los del *casting* han hecho un buen trabajo, han elegido bien... Todos tan nórdicos —enlazó los dedos y aplaudió con las yemas—, y con esas voces taaan graves —las imitó—. Yo he hecho el resto con el maquillaje. Los he tuneado de coña.

—Eres bueno —le reconoció Harvey mientras se alejaba.

Johnny alzó ambas cejas y dio media vuelta desde los talones de sus Converse blancas. Se fue a retocar a alguien.

—¿Podré salir en las escenas de esta noche? —oyó de pasada las insistencias de la insatisfecha y pesada Roberta.

—Lo de esta noche son sólo planos recurso, la película ya está acabada —le respondió el superpaciente Gordon.

Vio a Anita en medio del vestíbulo de la terminal, charlando con uno de los músicos.

—¡Prevenidos! —ordenó la voz omnipresente de Murdock, y todos corrieron a sus puestos.

* * *

La reunión de trabajo del equipo de «Toda América lo sabe menos tú» se desarrollaba bajo un desacostumbrado ambiente festivo. Los presentes mostraban una euforia mucho más disparada que en anteriores ocasiones. A la expectativa de pasarle la mano por la cara a la competencia con las cuotas de pantalla y los niveles de audiencia se unían las apuestas sobre la reacción de Anita; a saber: *a)* se rompía en llanto, *b)* se partía la caja por un ataque de risa y *c)* le partía la cara a Fergus.

—Y, lo más probable... *d)* se mueren los dos en directo —anunció, exultante y victoriosa, Sarah Barnes.

Se había levantado y le había propinado un puñetazo a la mesa. El impacto del golpe de efecto se notó en el repentino silencio y en las atentas expresiones.

—¿Cómo? ¿Cómo será? —preguntó con cautela Ron, el realizador.

—Tengo un vídeo... Es una verdadera pasada. Te lo entregaré en la cabina en un momento determinado. —La lascivia invadía todos sus sentidos y su lengua salió a presumir de ello, pues pasó por su labio y lo saboreó a placer—. Lo llevaré conmigo; no te lo paso porque es una bomba de tal magnitud que la más mínima filtración nos arruinaría la temporada entera.

—Bien, perfecto. —Ron se frotó las manos—. Me gustan las bombas; cuando explotan es una sensación... ¡Bum! Eso es, hacen ¡bum! —acompañó la onomatopeya con un amplio gesto de las manos.

Un coro de risas lo celebró.

—Permíteme repararlo todo, Sarah —pidió la regidora—. A Anita Morris la tendremos sentada, de espaldas al público, con cortinas detrás y delante, por completo a oscuras. No oír ni verá nada, pues llevará, además, cascos y venda. Tiraremos la careta de entrada y le haremos a la audiencia, con voz e imágenes, un resumen del estado del programa y sus participantes. Luego aparecerá la voz en *off* que planteará: «¿Será capaz Anita de reaccionar como una dama cuando descubra que toda América lo sabe menos ella? O, por el contrario, ¿veremos manifestarse a la chunga feroz y maleducada?». En ese momento, aparecerá una imagen de ella cuando era una barriobajera. Entonces levantaremos cortinas, bajaremos pantalla, retiramos cascos y venda... Luces y vídeos de sus mejores momentos. Entrarás tú desde cabina, revelando que ha sido objeto de una apuesta. Se le dará la vuelta al sillón, verá al público y caerá sobre ella una lluvia de confeti. Esperaremos su reacción. Tanto si es buena como si es mala, tendrá que hablar con la presentadora. Vale, hasta aquí mi misión. —Respiró profundamente.

—Correcto —aprobó Sarah—. La presentadora es Kaily Lyn, una modelo afroamericana diez veces más alta que ella. Tiene instrucciones de hacerla llorar. Ése será el momento de entrar con el vídeo bomba.

* * *

En la Grand Central Terminal había concluido el rodaje. Había llegado el efervescente momento de los abrazos, los besos, las despedidas, los mejores deseos, las fotos, los *selfies*..., algo agotador pero necesario. Los músicos fueron solicitados por todo el mundo para fotografiarse, pero ellos quisieron hacerse varias con Anita, y Johnny Qu se coló en más de una. También lo intentó Roberta, pero Johnny la sacó de plano, como tropezando. Murdock y Fergus, acostumbrados, pusieron la misma sonrisa en la infinitud de fotos que soportaron. Incluso Harvey fue asediado; a él le gustaba una única pose: abrazado a dos chicas, y así, las combinaciones rubia-morena, morena-rubia, rubia-rubia, morena-pelirroja, pelirroja-pelirroja y morena-morena se multiplicaron sin tregua.

A pesar de haber acabado, Murdock le había pedido a Anita algunos planos más para utilizarlos como recurrentes: mirada, manos, pies avanzando, planos generales, medios, contrapicados.... Entretanto, despidió al grueso del equipo.

—Recordad que estáis todos invitados a la fiesta de fin de rodaje —irrumpió su omnipresente vozarrón—. Esta noche, a la hora de replegarse de la Cenicienta, en la productora, seréis ampliamente recompensados: habrá barra libre.

Harvey levantó una ceja, con mirada sarcástica. Se dirigió al grupo formado en aquel momento por Anita, Fergus, Murdock y Johnny.

—¡Felicidades, cariño! —Abrazó a la chica e hizo un *selfie*—. Mira, para la posteridad. Has hecho un trabajo increíble. Digno de premio. Por cierto, confirmado: la fama ya llama a tu puerta. A las veinte horas, en los estudios de la VHNYC, serás entrevistada por Kaily Lyn.

Johnny miró a Murdock y a Fergus en connivencia, hizo rodar los ojos alrededor de sus órbitas y giró sobre sus talones.

—Yo estaré allí para recoger los pedazos —murmuró sin que nadie lo oyera cuando se alejaba.

—¿Hoy?! —gritaron Fergus y Murdock a la vez.

Harvey se encogió de hombros.

—¿Cuándo, si no?

—No sé qué programa es —intervino Anita.

—Uno nuevo y muy divertido —respondió Harvey—. Un coche de la cadena pasará a recogerte por aquí en —consultó el reloj— ¡nada!

Murdock ladeó la cabeza con fastidio.

—Ve y arréglate —continuó diciendo Harvey—. El negro sienta bien en televisión... —Soltó su falsa risita—. Nos encontraremos en los estudios de la cadena, porque voy para allá a firmar contratos y todo eso. Y, a vosotros dos, os veo en la fiesta, ¿no? Por cierto, Murdock, revisa tu móvil. Alguien trata de localizarte; me explota el WhatsApp de mensajes para que te avise.

Dicho esto, se fue con aire triunfal. Los dejó allí, con la zozobra y la inquietud claramente dibujadas en sus rostros.

—¿Qué ocurre? —preguntó Anita—. ¿Qué me he perdido?

—Es un puto farsante —masculló Murdock

—Estás cansado, Murdock —saltó Fergus—, y tú, Anita... y yo. Podemos ir a tomar una cerveza y luego te acompañamos a la entrevista, o no... o no sé... Podrías liberarnos de eso, Murdock. ¿Realmente son necesarias esas escenas de Anita? Tienes tantas como quieres, de todo tipo. Tienes material para hacer cuatro versiones enteras de la película.

Ambos se miraron un buen rato... implorante Fergus, calculador Murdock.

—No creo que pueda acostumbrarme a esto, parecéis amantes.

Tras decir esto, Anita les dio la espalda y se alejó.

Murdock tiró los papeles a su espalda, cogió el micro y su autoritaria voz dio la última orden.

—¡¡¡Todo el mundo a recoger!!! ¡¡¡Hemos acabado!!!

Consultó su móvil y descubrió la infinidad de notificaciones de Sarah. Leyó la primera.

Alas 7 p. m. aquí.

Entonces abrazó a su amigo.

—¿Estás mentalizado? Me tendrás que pagar ese puto viaje a Hawái y maldita la gracia que me hace.

—Pagaría lo que hiciese falta para que no llegase esto.

—Lo sé, tío. Deberías habérselo contado... si te importa algo esta relación, claro.

—No es porque me importe tener una relación con ella. Es por ella. Me importa ella. No merece que se le haga daño... y yo sólo merezco su desprecio, y lo temo. Lo temo enormemente.

Murdock le palmeó un hombro.

—Todo irá bien, amigo —lo reconfortó.

Fergus, cabizbajo, se fue.

—Espero —añadió, viéndolo marchar.

* * *

En el Cocina Bonita, el chef había preparado sus mejores platos para obsequiar a la concurrencia. La emoción de la gran gala final en la que Anita demostraría cuánto valía había llegado. Al matrimonio le daba mucha pena, pero ella cortaría con el profesor, estaba claro, y el director de cine sería el ganador. Había una expectación máxima, y un manotazo de la esposa al marido cuando éste quiso tomar un tembleque, que le quitó y se comió ella.

Por su parte, en el bar de policías, no se oía ni una mosca mientras los ojos de los presentes estaban pegados al televisor como si la tierra hubiese dejado de girar. La agente peluda, tras cansarse de mirarlos a todos sin que le hiciesen caso, se tumbó tras emitir un lloro lastimero de aburrimiento.

El vestuario de los Yankees Giants no estaba mejor: mandaron callar al entrenador, que también se enganchó al monitor. El muchacho de la toalla esa noche no la llevaba, pero, cuando

estornudó, recibió el aluvión de las de sus compañeros.

Las pantallas de toda América mostraban a Anita Morris pacientemente sentada de espaldas, con un vestido rojo de falda acampanada y unos Martinelli color piel. Se había sometido voluntaria y confiadamente a un juego antes de la entrevista. Le contaron que habría una sorpresa y que todo iba a ser muy emocionante.

El cámara en plató la veía a través del visor e hizo la señal con el pulgar a los de realización. En cabina observaban el monitor del público. Éste tenía órdenes estrictas de contener la respiración. En las sombras, con el único reflejo del led azul, sus caras eran diversas... entre compasión y burla, todo un abanico de expresiones. Un miembro de las filas del medio permanecía inmóvil y con un rostro serio e impenetrable, Johnny Qu.

Monitores en los laterales del plató les mostraban lo que el público veía en sus casas: el refrito con las imágenes de la transformación de María Hidalgo a Anita Morris avanzaba de modo inexorable. Era impactante.

Fergus y Murdock también podían verlo en la sala VIP, donde aguardaban hasta ser reclamados. Los harían salir en el momento de entrevistar a Anita. Ésa era la sorpresa para ella y tales eran sus instrucciones. Una profusión de apetitosa comida y bebida permanecía intacta sobre la mesa. Ambos se sentían mal, Fergus incluso febril.

—Qué hijos de puta llegan a ser —observó Murdock, enfadado ante las manipulaciones mostradas en el vídeo.

Según el montaje, parecía que Anita era una chica frívola y estúpida, y que ellos eran mentes perversas. Incluso sacaron el comentario de Fergus a Johnny Qu fuera de contexto: «¡Sí que he visto al mismísimo diablo!, ¡y tiene nombre de mujer!» «Anita Morris.»

—Ya lo ven, amigos. —La voz de Sarah Barnes llenó el plató de «Toda América lo sabe menos tú». Estos dos eminentes hombres de la cultura —la audiencia vio las fotos fijas de Fergus Wellan y Murdock Macallan, bajo las cuales había un número para las votaciones— piensan que Anita Morris es mala como el diablo y merece cuanto le pueda ocurrir a partir de... —los carteles de «prevenidos» se mostraron al público. La voz de Sarah sonó muy poderosa desde la cabina—: ¡Ahora!

Todo sucedió a gran velocidad. Una repelente voz masculina hizo la locución en tono de burla: «¿Será capaz Anita de reaccionar como una dama cuando descubra que toda América lo sabe menos ella? O, por el contrario, ¿veremos manifestarse a la chunga feroz y maleducada?». Desfiló su peor imagen del primer día, mal vestida, mal peinada, gritando, soltando tacos y haciendo peinetas a diestro y siniestro, tal cual una furia mitológica. Añadieron tomas fuera de contexto de los técnicos de Murdock asustados cuando él gritaba, sin Murdock, por supuesto. Y también añadieron un plano de Pickwick con el moratón maquillado. Así daban a entender que todo se debía al comportamiento descontrolado de aquella mujer impresentable.

Llegó el momento. Levantaron las cortinas y bajaron la pantalla. Le quitaron los cascos y la venda a Anita. Ella, confusa por el aislamiento, vio las primeras imágenes del vídeo de su

desconocida hazaña con una sonrisa inocente.

Algunos en el Cocina Bonita dejaron de mirar al televisor. La mujer dejó de comer los sabrosos tembleques y su marido aprovechó y los tomó sin desconcentrarse del programa.

En el bar de policías metropolitana, la patrulla seguía el acontecimiento con cara de disgusto, y la agente peluda decidió taparse los ojos con sus patas.

En el vestuario de los Yankees Giants no había mejores caras. El muchacho de la toalla la retorció.

Hacia el final del vídeo, Anita ya no sonreía; demasiados elementos incoherentes despertaron su desconcierto y empezó a dudar del motivo real por el cual estaba allí, pues no parecía ser para una entrevista promocional. Aquel vídeo era sensacionalista y apenas contenía imágenes de la película. Todo resultaba muy extraño.

De pronto la pantalla quedó en negro. Al público le hicieron la señal de estar atento. La voz de Sarah Barnes entró en el plató, rebotó contra las paredes, circuló dando la vuelta, penetró en las mentes del auditorio, se expandió, alcanzó la bóveda, la traspasó, atravesó los televisores, llegó a todos, poderosa, única, enorme, omnisciente, brutal.

—¡Aquí estás, Anita Morris! ¡Has sido una concursante increíble! Sólo uno de tus *coach* ha ganado la apuesta. Nunca supiste que en realidad tu transformación iba a ser vista por todo el país, porque... ¡toda América lo sabe menos tú!

Aplausos ensordecedores del público, vítores y silbidos. El sillón de Anita dio la vuelta. Los focos la cegaron un segundo, pero consiguió distinguir al público y algo más, aunque una nube de confeti se precipitó sobre ella. A través de la colorida lluvia logró ver proyectadas, al fondo, las dos fotografías fijas de los únicos hombres en los que había confiado, Fergus y Murdock, y los dos teléfonos sobreimpresos en rojo. Algo se rompió en su interior y un dolor desconocido se apoderó de sus vísceras, de su pecho, de su garganta..., un dolor que la desgarraba, la ahogaba. Sus ojos se inundaron de lágrimas, pero las contuvo porque temía resultar ridícula. Le faltaba el aire, se mareaba y permanecía inmóvil, aferrada al sillón. Ni hacía ni decía nada. Estaba en *shock*, como el público, completamente mudo en sus asientos... como los del Cocina Bonita, la patrulla de la policía metropolitana y el vestuario de los Yankees Giants.

Kaily Lyn no sabía qué hacer y, con la mirada, buscó instrucciones de la regidora, que estaba como ella. En la cabina de realización dudaban. Fergus abandonó la salita VIP para entrar en el plató y socorrer a Anita; le daba igual todo y derribaba a quienes trataban de barrarle el paso. En plató consiguieron frenarlo los de seguridad, pero una cámara lo retransmitió. Realmente se había organizado un pequeño caos, porque aquella reacción no reacción de Anita no estaba prevista. Por un momento parecía que el programa se iba a venir abajo.

Torpemente, el realizador pinchó la imagen del ordenador con las votaciones del público: ganaba Murdock, pero en ese momento se había detenido. Todo peligraba.

—Vuelve al plató —le ordenó Sarah. Estaba nerviosa.

Ron pinchó la cámara que no era y salió Fergus con una cara que daba miedo, retenido por los

de seguridad, a la espera de instrucciones.

—¡Inútil! —Sarah lo apartó y ella misma corrigió el plano.

Volvió a verse a Anita, inmóvil en su sillón. Sarah se debatía entre seguir la escaleta, como siempre había sido y siempre debía ser, pero ¡faltaba la reacción! ¡Faltaba la entrevista! Tenía dos opciones: dar paso a publicidad o bajar al plató y ser ella misma quien provocase la reacción de esa idiota. Estresada, ignoró los mensajes que la acuciaban desde arriba... y es que los teléfonos estaban que echaban humo. Se habían vuelto todos locos... Llamaban espectadores, llamaban anunciantes, llamaba todo el mundo. Y, al final, la por primera vez en su vida indecisa Sarah tuvo que atender la llamada del propietario de la cadena en persona. Nunca supo nadie qué le dijo, sólo vieron su soberbia cara palidecer. Cuando colgó, le tendió el Toshiba a Ron.

—Ponlo ¡ya! —le ordenó, recuperando la máxima arrogancia en su ya altiva expresión.

El hombre obedeció. Abajo, el público pudo ver en el monitor gigante una danza de píxeles al desconfigurarse para volverse a configurar y en constante cambio de color hasta permanecer estabilizados en la gama de grises. Murdock consiguió entrar en el plató por el lado opuesto al de Fergus.

El público, estupefacto en su mayoría y divertido en algún sector más desaprensivo, comprendió que el programa se había descontrolado. Kaily, en el centro del plató, se rascó la nariz y dejó las tarjetas de guion sobre la mesa, tras lo cual cruzó el espacio con su escultural figura y se quedó junto a un cámara.

Fergus, alterado por la presencia de su amigo junto a la única mujer que le importaba, sacó la bestia que llevaba en su interior y se deshizo a mandobles de los tipos que lo mantenían bloqueado. Corrió por el plató, para deleite del público, y, cuando llegó junto a Anita, vio lo que jamás hubiese querido ver, su mirada. No reflejaba desprecio ni decepción. Tampoco había odio, ni enfado ni rabia. Sólo dolor, un profundo y silencioso dolor. Se levantó y le dedicó unos interminables minutos de esa mirada. «Abofetéame», imploraba Fergus con la suya. Lejos de hacer nada parecido, empezó a caminar lentamente en dirección al *backstage*.

En ese momento el audio se recobró y se oyeron gemidos y más gemidos... gemidos y suspiros por doquier. Fergus palideció.

—¿Es un vídeo porno? —cuchicheó alguien en el público.

El morbo en la platea corrió como una súbita descarga de corriente eléctrica.

«¡Porno!», clamaron, atónitos, los asiduos del Cocina Bonita, y en el bar de la policía metropolitana agradecieron que sólo hubiera parroquianos del cuerpo, pues se hubiesen sentido algo violentos de haber estado en otro lugar. Por su parte, el vestuario de los Yankees Giants permanecía con la puerta cerrada, pero desde fuera se podía percibir el jolgorio del equipo, de lo más animado.

Entretanto, en el plató de «Toda América lo sabe menos tú», el público se había animado y desordenado, entre risas y exclamaciones de todas clases.

—Dale lo suyo, di que sí. Qué cachonda, la tía —gritó alguien.

Johnny Qu se movió con precisión y logró abandonar la platea; luego se perdió de vista por el *backstage* sin que nadie se lo impidiese y sin que a nadie le importara.

—Pero si eres tú... —alguien del público señaló en dirección al plató.

Fergus tragó saliva, pero Murdock, tras él, dio un paso adelante y, orgulloso, enseñó los bíceps.

—Lárgate ya —le aconsejó entre dientes.

El público, enfervorecido, jaleaba a Murdock, mientras que la confusión en la cara de Fergus era un auténtico poema. Se volvió a mirar la pantalla gigante y, aletado, se giró a mirar a su colega.

—Oh, Murdock, amigo mío... —susurró.

—Vete ya —le instó de nuevo el aludido.

Kaily Lyn, todavía incrédula ante las imágenes de la gran Sarah Barnes fornicando con dos hombres a la vez, elevó su mirada a la cabina de control, con la expresión de «No quisiera estar en su piel» claramente dibujada en su rostro. Abandonó el plató, seguida de las cámaras y el resto del equipo.

Arriba, Sarah, en *shock*, fue incapaz de ordenar el corte de la emisión y así se fue quedando sola, totalmente insensible al repiqueteo de todos los teléfonos sonando como una coral demoníaca. Como un autómatas, presionó el botón rojo de parada de emisión.

Casi al mismo tiempo, Harvey desconectaba el plasma desde la butaca de su *loft*. La normalidad había regresado a su casa, desde donde había preferido seguir el espectáculo, sin ganas de soportar ni dramas ni historias variadas. Sin embargo, el impacto recibido aquella noche fue un cataclismo para su habitual serenidad de controlador. Ni siquiera era capaz de identificar sus propios pensamientos. No obstante, se levantó sin perder la calma y se sirvió una ginebra. Regresó al sillón, donde saboreó hasta la saciedad cada trago.

Capítulo XII

El otoño había quedado atrás y el invierno se había adueñado de la ciudad, dejándola cubierta por una de esas compactas capas de nieve que disuaden de salir a la calle a menos que no sea estrictamente necesario... aunque, en Brooklyn, Fergus llevaba muchos meses sin salir. Aislado en su torreón, nada veía, nada sabía, nadie podía contarle nada, nadie podía recordarle nada... porque nada de nada quería saber.

Seguía con la televisión sin funcionar y tampoco tenía despertador, porque el primer día que *Child in time* sonó sin Anita a su lado, no pudo soportarlo y lo estrelló contra la pared.

El pretexto para tal encierro era el trabajo en una nueva novela que en realidad no escribía. Sí solía redactar notas en el móvil y enviarlas a un número del que jamás recibía respuesta: el de Anita. Y, cuando se recreaba mirando su colección de fotografías, el dolor y la melancolía lo embargaban y, entonces, incluso sentía que le faltaba el aire.

Había perdido mucho peso, había descuidado su aspecto, no se afeitaba, y sólo se lo veía deambular por su calle para comprar víveres. Apenas en un par de ocasiones había abandonado su búnker para irrumpir en la vida social. El estreno de la película y una visita.

Noche sin luna, convertida en un filme de culto, aclamado y de éxito, contaba con excelentes críticas y su taquillaje había resultado magnífico... pero, contra los anhelos de Fergus, Anita no asistió al estreno. «Ni siquiera está en el país», le deslizó Johnny Qu al oído. Quien sí se bañó en *flashes* y alfombra roja fue una rutilante Roberta Clark. «Ha nacido una estrella», comentó Murdock, convencido de ello.

—No hace falta tener talento para triunfar en el cine; a veces ni siquiera ser agraciado o agraciada, tan sólo caer en gracia, y hay quien sabe hacerlo —insistía el cineasta, ante la falta de atención de su amigo.

Aquel día, Fergus se enteró de toda la verdad. El escándalo sexual había hundido a Sarah. No se sabía nada de ella y había desaparecido de la faz de la tierra, sin dejar rastro. En cuanto a Murdock, iba a pasar un largo tiempo a la sombra... la sombra del ostracismo profesional. Nadie querría producir películas para él, y encima lo perseguía una auténtica jauría de prensa amarilla y telebasura. La película se había estrenado porque los inversores no habían querido perder su dinero, y porque querían aprovechar el filón Anita Morris, pero su infame director había sido convenientemente marginado.

—Sólo un auténtico gilipollas se condena a sí mismo para salvar a otro auténtico gilipollas — lo alabó, amargamente, Fergus mientras tomaban una copa, alejados de los focos... y le dio los

billetes para Hawái.

—Disfrútalo; quizá signifique un nuevo comienzo para ti.

—Sabes que no puedo aceptarlo, amigo.

—Los dos lo hemos perdido todo.

—No teníamos nada, acéptalo. Quiero que al menos tú rehagas tu vida.

—¿Y cómo? ¿Haciendo oposiciones a Magnum?

Los billetes acabaron en el bolsillo de Johnny Qu. Fue el propio Murdock quien los metió allí cuando Fergus se fue.

—Ten, Johnny. Aprovéchalos. Hazlo por todos nosotros. —Dicho esto, le apretó la mejilla como si tuviera siete años.

No los tenía, pero lo que sí tenía era toda la información. Una idea se abrió paso en su mente y se instaló en su corazón.

* * *

Cierta mañana Harvey Carmichael recibió una visita en el Secret Garden. No había nadie a esa hora y él leía el periódico en una de las mesas junto a la ventana, con un humeante café al lado. La visita dejó un paquete ante él. Carmichael alzó la vista y se topó con Fergus Wellan. Se ajustó sus gafas de gruesa montura, pues sentía curiosidad por su contenido. Lo abrió bajo la atenta mirada de su mensajero, esbozando una sonrisa cínica, pero la sonrisa y el cinismo se evaporaron de su rostro cuando sacó la novela del escritor, *Juego de llaves*.

—Hummm, qué detalle... ¿Se trata de una edición diferente a la mía? ¿Una príncipe, tal vez? —se burló, refiriéndose a la primera edición impresa de una obra.

Abrió el libro y, tras la primera página, encontró un hueco en la tripa. Alguien había marcado un cuadrado y había vaciado el conglomerado de papel. El resultado era una cavidad y, en el interior, había un juego de llaves. Harvey las reconoció al instante: abrían sus jardines secretos, las habitaciones prohibidas.

—Primero pensé en dárselas a la policía, pues allí estarían bien custodiadas, ¿verdad?, pero luego me dije: «Quizá al bueno de Harvey le hagan falta... ¿no? Así no tendrá que cambiar las cerraduras». Qué trastorno, ¿no es así?

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Yo callaré lo que hacías en esas habitaciones porque tú olvidarás a Anita.

Harvey soltó una carcajada seca.

—Esa fulana te sorbió el seso, ¿eh? ¿Por qué iba a interesarme una churrera de El Barrio?

—¿Churrera?

—O lo que sea que fríe en su chiringuito... Es una perdedora, como tú y tu amigo. No me interesa lo más mínimo: ni ella ni nada que tenga que ver con ella. Yo siempre apuesto a caballo ganador, me extraña que no lo sepas.

—Harvey...

Roberta apareció por la escalera del interior, ligera de ropa, sin dejar demasiado a la imaginación. Saludó a Fergus encogiéndose de hombros y soltando aquella irritante risita de «Yo no he sido».

—Pues vigilia que tu caballo ganador no corra más que tú y lo pierdas de vista.

Fergus dejó aquel lugar para siempre y respiró el aire helado de la mañana. Miró al sol y se sintió bien cuando un rayo hirió sus ojos.

* * *

El *food truck* Hidalgo frente al parque Thomas Jefferson estaba lleno de gente a todas horas. Su dicharachera dueña, María, era una mujer joven de armas tomar, con mucho carácter y muy buen manejo de los clientes. Pero lo que había acabado por conquistar a su parroquia eran, sin duda, sus sabrosas recetas, «con chispa», como decía ella.

Al principio perdió algunos clientes. Si cometían la imprudencia de preguntarle por Anita Morris, los echaba con cajas destempladas.

«Anita Morris está muerta y enterrada, ¡fuera de aquí!», les gritaba.

Poco a poco se ganó el corazón de la gente, de manera que cada vez eran menos los que preguntaban por su otra vida. Las personas pronto olvidan cuando la actualidad cambia y otros se convierten en el foco de atención. De este modo, María Hidalgo había regresado, calcinando cualquier rastro de la distinguida y elegante Anita. Eso sí, la nueva María hablaba con educación, era mucho más osada y voraz, mucho más sexy, y el torbellino se había convertido en volcán. Aquellos ojos negros llameantes eran matadores y un montón de pretendientes se hacían los pesados a diario... pero el corazón de María estaba cerrado bajo siete llaves, y un solo juego de ellas podría abrirlo.

Desde que se había enterado de toda la verdad por su íntimo amigo Johnny, cada día pensaba un poco más en Fergus, hasta que se dio cuenta de que lo añoraba. Añoraba su verde mirada, el olor y el calor de su piel, aquella sonrisa burlona, incluso su condescendencia... y, por qué negarlo, las mariposas en el estómago que la volvían loca. Entonces se presentaron las mismas ideas a diario, dándole vueltas a cómo recuperar a Fergus. No iba a resultar tarea fácil, pues a ella le había llevado un tiempo estar preparada y, además, había estado absorta en la batalla legal por recuperar a su pequeño Max y emprender el negocio de su puesto de comida... Habían transcurrido demasiados meses, la cosa se había enfriado bastante, o no... Cuando pensaba con calma, el fuego rebrotaba con un ímpetu insuperable. Se lo confió a Johnny un día cuando éste pasó a verla, como casi cada tarde. María cocinaba arroz con gandules.

—Qué bien huele, por favor. — Johnny se coló en la gastroneta.

María le puso una cucharada en la boca.

—Uyyy, ¡qué hambre! Insuperable. ¡Qué putada para la línea, tía! ¿Y Max?

—Ahora viene, acaba de salir del cole.

Todo estaba en la misma manzana: su negocio, la escuela de primaria de su hijo y el pequeño apartamento donde vivían. María por fin era muy feliz; mejor dicho, casi muy feliz.

Tras confesarle sus sentimientos a Johnny, concluyó con una pregunta.

—¿Por qué no me llama?

—A ver, cariño, lo estuvo haciendo durante meses, ¿y cómo reaccionaste tú?

Ella juntó las yemas de los dedos y miró para otro lado.

—Bueno, necesitaba... mi espacio.

—Claro, cielo... ¿Sabes dónde vive ahora? —planteó de forma irónica.

—¿Dónde? —se esperanzó María.

—¡En Brooklyn! —chilló Johnny.

—No te burles, capullo.

—Es que, después de eso, tampoco su majestad, es decir, tú, puedes esperar a que aparezca, guapa. Y si tantas ganas tienes de verlo, ve a buscarlo y punto.

—No puedo. Simplemente no puedo. Soy incapaz de presentarme allí y... Es que le partiré la cara, le diré cosas horribles y me marcharé. Lo odio, lo detesto, es un cretino, un engreído y me la jugó.

Johnny se puso serio.

—No seas niña. Lo que te ocurre es que no sabes si realmente lo has perdonado, pero sigues colgadita de él.

—¿Yo? No. Qué va... pero hacía bien el amor... muy bien. Mucho mejor que bien.

—Un empotrador, vamos; no sigas, que me aburro.

—Déjalo, no quiero acordarme más de eso o tendré que ir a la ducha.

—Vale, vale, apaga el fuego, que me abrasas. ¿Qué haría falta para que lo perdonaras?

—*Vendetta*.

—¿Con uve de *vendetta*?

Ella asintió con la cabeza.

—Uyyy, qué emocionante se pone esto...

La cara de Johnny se iluminó de manera muy maligna.

* * *

Desde el día en que había hablado con Harvey, una idea taladraba la mente de Fergus con tesón y sin darle respiro. Anita había hecho su sueño realidad y llevaba su propio negocio en la calle, y él podía quedarse en casa mirando las fotos de la mujer de su vida o recorrer el Bronx hasta dar con ella. Se decidió por lo segundo.

Cuando diese con ella, tardara lo que tardase, le pediría perdón. Luego ella podría decirle a la cara que no quería saber nada más de él, y él podría marcharse definitivamente, dejando los

añicos de su corazón en las manos de la mujer de su vida. Porque eso era lo que pasaría, pero, al menos, el corazón dejaría de dolerle.

Pasó semanas de búsqueda, conduciendo el coche despacio por las calles, preguntando a la gente por puestos nuevos de comida puertorriqueña, andando por avenidas y parques... hasta que un día, en el parque Thomas Jefferson, se topó con un *food truck* de llamativo letrero rojo en el que podía leerse «Hidalgo», y el corazón le dio un vuelco. Allí estaba Anita... o no. Fergus sonrió para sus adentros; la chica había recuperado su salvaje melena negra, su estilo, y cocinaba, feliz. El experimento había demostrado que Murdock y él eran unos soberanos capullos. Nadie tiene derecho a cambiar a nadie. María había ganado en belleza y glamur, era hipnótica, un animal hermoso, felino, fiero, como una pantera negra. La mujer pantera. La deseó más que nunca, y el deseo hizo que se le desbocara el corazón. Agazapado en el coche y sin dejar de mirarla, pensaba en cómo acercarse, en qué decirle... pero entonces se fijó en Johnny. Se los veía bien juntos, y había un niño con ellos. ¡Debía de ser Max! ¡Qué alto era! Aún dudaba entre el ahora o nunca cuando se presentó un hombre fornido, que le plantó dos besos y la abrazó.

—Vale, chico, te vuelves a casa. Perdiste el partido —se dijo a sí mismo.

Le dio al encendido en el aparato de música y condujo al ritmo de *Should I stay or should I go*, de The Clash, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

* * *

Johnny telefoneó a Murdock.

—Oye, guapo, tú y yo tenemos que reunirnos...

—Si es para darte trabajo, estoy brazo sobre brazo, tío.

—Que no, es para conspirar. Y es urgente.

—Soy tu hombre. —Murdock colgó, sonriente.

* * *

Una tarde, Fergus regresaba a casa cargado de paquetes del supermercado. Corría y echaba vapor por la boca y la nariz.

Un hombre apostado en su puerta le habló. Iba tapado como un lapón; sólo se le veían los ojos... pero lo reconoció: ¡era Murdock!

—¿Qué? ¿Preparas una fiesta y no me has invitado?

—¡Vaya sorpresa! Pasa, corre.

Dentro se estaba mucho mejor, la temperatura era agradable.

—¿Te quedas a cenar? Puedo preparar algo en un momento.

—Encantadísimo. Oye, ¿dónde guardas el whisky?

—Allí, en ese mueble. Prepárame uno, yo también quiero.

—Tío, ¿te has enterado de quién se casa? —entusiasmado, Murdock le enseñó un recorte de una revista del corazón.

—Ni idea —respondió Fergus sin volverse; cortaba zanahorias a una velocidad de chef.

—Pero mira... —insistió su amigo, rodeando la mesa y plantándole el recorte en las narices.

—¿Madonna? Pues muy bien. —Siguió a lo suyo.

Murdock, descolocado, miró el recorte. Una fotografía de Madonna aparecía junto a la de Anita Morris, de nuevo María Hidalgo.

—Haz el favor de mirar bien —le señaló.

«La fugaz estrella de cine Anita Morris se casa...», rezaba el titular. Fergus fue incapaz de seguir leyendo.

—Vale. Aparta eso... Apártalo, te digo. —Con una mano lo apuntaba con el cuchillo y con la otra le arrancó el recorte y lo lanzó lejos, tras arrugarlo y hacerlo una bola.

—¿Nos vamos de boda?

La sonrisa de Murdock resultó, en aquellos momentos, bastante idiota.

* * *

—Ha picado el anzuelo —le confirmó Murdock a un excitadísimo Johnny Qu.

Casi hablaban a gritos en un local atestado; de fondo, un concierto de los auténticos Combichrist. Los fans, como zombis, marcaban con la cabeza el ritmo de *Throat full of glass*; también Johnny.

—Perfectísimo, es que me muero de ganas. ¡Qué subidón sólo con pensarlo! —exclamó.

Murdock asintió, siguiendo también al ritmo. De pronto Johnny volvió a chillar.

—Hoy hemos firmado con Discovery. —Se frotó las manos—. ¡Lanzamiento mundial!

Se acercó un hombretón musculoso y guapo con bebidas azul fosforescente para los tres.

—Gracias, amor. —Johnny le dio un beso—. Mi estrella.

Murdock sonrió hacia otro lado, dedicándoles un ademán de la mano. Raúl, el novio cubano de Johnny, le guiñó un ojo.

* * *

Murdock le enseñó la invitación de boda a Fergus. Torturarlo de aquella manera le producía un gran regocijo y le costaba mucho disimularlo.

—Me ha invitado, tío. Y, perdón, pero me ilusiona verla en el altar.

—Te partiría la cara si no estuviésemos en este café lleno de gente.

—Hubiese preferido que fuese contigo, eso ya lo sabes, pero es por... verla... vestida de blanco y eso.

—Y tirarte a las damas de honor de paso, en grupo —picó con aguijón Fergus.

Murdock fingió ofensa.

—Valeee, tío.

—¿Conoces a este tipo? —Señalaba la tarjeta de invitación.

—Sí, es cubano. Hacen muy buena pareja.

—Sí. Lo vi... lo vi en la gastroneta —recordó amargamente.

—Lástima que no hayas recibido invitación...

Al fin Murdock consiguió sacar de quicio a su hundido amigo. Con un furioso golpe sobre la mesa, Fergus hizo bailar tazas, platos, cucharillas y al propio Murdock.

—Si yo voy a esa boda, será para impedirla —estalló.

—Estás chalado —murmuró el cineasta, insidioso.

Envió un mensaje al otro intrigante de aquella conspiración:

Es nuestro.

* * *

Y por fin llegó. Llegó el día de la boda. Todo estaba preparado en el hermoso jardín del hotel que aguardaba el acontecimiento: el arco de rosas blancas y rosadas, las hileras de sillas para los invitados, las carpas para el *catering* y un sol radiante para un día perfecto..., además de las cámaras ocultas de Discovery para el programa con mayor audiencia del mundo, «Novia a la fuga».

Aguardaban en el vestíbulo el momento de salir y ocupar sus puestos en el jardín. Murdock y Johnny, nerviosos, daban las últimas instrucciones a los extras contratados para hacer de invitados, entre los cuales destacaban el matrimonio del Cocina Bonita, los integrantes de la patrulla de la policía metropolitana vestidos de gala, junto con la agente canina ataviada con un tocado con velo color malva, y el joven de los Yankees Giants, esta vez sin toalla y vestido con esmoquin. Se presentaron al *casting* en cuanto salió el anuncio en el canal.

Ahora todos esperaban el gran momento con incontrolable excitación.

El pequeño Max, vestido de frac, se sabía su papel de padrino a la perfección. Johnny lo pilló mientras correteaba con otros niños.

—Vas a ser un padrino perfecto —le dijo, y lo repeinó todo orgulloso.

El crío le dedicó una luminosa sonrisa y se escapó de nuevo a jugar con los demás. Johnny y Murdock iban a actuar como los otros dos padrinos de boda. Murdock echó un intenso vistazo al grupito de damas de honor, ataviadas con vestidos malva con escote palabra de honor.

—Las vas a gastar, lujurioso —lo riñó, de broma, Johnny—. La tetuda rubia es la única que no es figurante. Es amiga suya, su vecina Rosita.

Murdock se mesó la barba.

—Rosita... —murmuró, esbozando su sonrisa coqueta.

Apareció el novio, Raúl. Imponente de frac, aún parecía más alto y musculoso. Johnny,

derretido, lo ayudó a abrocharse los gemelos y le recolocó el *botonier*. Los cuatro implicados lo llevaban igual: rosa blanca, ruscus y gipsofilia.

—¡Qué guapo, por favor! ¡Cómo no te pongas igual el día de nuestra boda, no me caso!

Raúl lo arrastró a un cuarto de plancha. Lo empotró contra la pared y lo besó.

—No sé si voy a poder esperar hasta la noche, mi amor —le dijo antes de besarlo de nuevo.

Johnny cerró la puerta con la mano libre.

Murdock paseaba, agitado, de ida y vuelta, haciendo un pequeño trayecto. Miró el teléfono, preocupado. «¿Por qué no contestas a los mensajes?» Marcó el número de su amigo. Fergus respondió con el manos libres; avanzaba por el puente de Brooklyn como si fuese el fin del mundo; para él, lo era.

—Estoy conduciendo, ¡joder!

—No vas a llegar —soltó, pero de inmediato se arrepintió de apretarlo tanto—. Bueno, pero tampoco te estrelles.

—¿A quién se le ocurre casarse en la otra punta de la ciudad?

—¿A unos novios enamorados? —Volvió a arrepentirse de lo dicho y se mordió el puño—. Bueno, en realidad, María, Anita, María... Aaagh, yo qué sé... ¡Ella...!

Rosita pasó por su lado y le dedicó una espectacular sonrisa, por lo que Murdock perdió el oremus y el hilo de la conversación.

—Ellaaaaaa —volvió en sí—. Ella... no lo ama. Se casa porque no quiere estar sola; necesita un padre para su hijo, ya te lo conté.

—¡Basta! Deja que me concentre...

—Sí, será mejor que te concentres. Tienes veinte minutos, contando con que podamos improvisar algo para retrasarlo.

Murdock captó el ruido del motor al realizar un acelerón. Johnny se reincorporó, agitado, al sarao.

—Se nos mata —le dijo, señalando el móvil.

Johnny gesticuló con boca y manos:

—Voy a por la novia, le daré los últimos retoques.

* * *

Fergus conducía sin miramientos; pensó que en cualquier momento le saldría al paso una patrulla y acabaría entre rejas a causa de su carrera... pero le daba igual mientras existiese una sola posibilidad de llegar, interrumpir la ceremonia y llevarse a la novia. Murdock se lo había hecho ver de un modo muy sencillo un momento antes:

—Nunca es tarde para reparar errores, tío. O vienes a por ella o el error pasarás a ser tú. Y no creo que haya nadie que pueda repararte más que... ella.

Entró en El Barrio, tomó la Primera Avenida, dio la vuelta por el parque Thomas Jefferson y

dejó atrás la *food truck* Hidalgo, que estaba cerrada. El hotel se hallaba cerca.

* * *

—Saldrá todo bien, ¿verdad, Johnny? —preguntó, angustiada, María.

Él le dio el último punto a la cascada de gipsofilia prendida en el precioso recogido victoriano y colocó las manos sobre sus hombros para reconfortarla.

—Estás glamurosa y arrasadora como una princesa. Ojalá fuese tu boda de verdad con tu hombre.

Ella le agarró las manos.

—Estoy nerviosa como si lo fuera.

—Anda la enamorada, y luego dice que no. Humm... —Se dio la vuelta sobre sus talones—. No tardes en bajar, cariño.

* * *

Todo estaba a punto en el jardín: los invitados, expectantes, en los asientos; el oficiante, un afable sesentón con melena y perilla, a la espera; el imponente novio, aguardando; los padrinos, en un extremo, y las damas de honor, en el otro... unos y otros sonriéndose en la distancia. En cuanto a los chicos de Discovery, ya llevaban un buen rato emitiendo en directo. Todo el mundo se sentía tan emocionado como si se tratase de una boda auténtica. Entonces apareció la novia de la mano de su flamante padrino. Lucía mucho más hermosa que la última vez que la vieron, y la gente expresó su admiración mediante exclamaciones y risitas de regocijo. El vestido de organza y encaje —ajustado en la cintura y de falda caída acabada en una discreta cola, rematado por un escote corazón enlazado mediante el encaje a los brazos para dejar los hombros al descubierto— le confería a María el aspecto de una dama de alto linaje, de una belleza resplandeciente, con una gracia y elegancia naturales. Sus ojos negros echaban chispas, pero la tensión la mantenía seria. Llegada la hora de la verdad; se había arrepentido de su venganza y pensaba si no sería mejor cortar por lo sano todo el montaje y correr en busca de Fergus. «Demasiado tarde», se dijo, apesadumbrada al sorprender a una de las cámaras. Sólo era posible seguir adelante. Sonrió a su pequeño Max, que le apretaba la mano, y avanzaron hacia el altar por la alfombra repleta de pétalos. Un cuarteto de cuerda los acompañaba, interpretando la marcha nupcial.

El matrimonio del Cocina Bonita se enjugaba unas lagrimillas, y la patrulla de la policía metropolitana, junto a su agente más peluda, contenía visiblemente la emoción. Por su parte, el joven de los Yankees Giants buscaba un pañuelo por todos los bolsillos de su traje, hasta que la compañera de asiento le tendió uno y se sonó.

—Estás preciosa —le dijo Raúl al recibirla.

—Tú también, cariño —respondió ella con un guiño.

Johnny reprimió un hipido.

—¿Empezamos? —preguntó el oficiante.

—No, un momento —suplicó Murdock.

Nervioso, consultó su reloj.

—Vamos, puedes hacerlo —murmuró.

Con cierta ansiedad, vio al de Discovery señalarle la hora con impaciencia. Le respondió con un movimiento de la mano para indicarle que ¡ya! Chasqueó la lengua con fastidio. No se podía demorar más. Con la mirada dio la orden al oficiante y el hombre empezó a hablar.

—Apreciados amigos, estamos aquí reunidos para unir en matrimonio a María y Raúl, habiendo cumplido con las prescripciones de obligado cumplimiento para la celebración del mencionado enlace. —Dicho esto, se detuvo en una estudiada pausa dramática.

Murdock, visiblemente atacado ya, miraba insistentemente en dirección a la entrada. El oficiante retomó la palabra.

—Pero si alguien tiene algún impedimento...

Se interrumpió de nuevo, porque vio a un hombre desaliñado entrar corriendo y alcanzar la alfombra nupcial.

—Si alguien tiene algún impedimento... —repitió.

—¡¡¡Maríaaaa!!! ¡¡¡Noooo, María!!!

Ella se volvió; los ojos le chispeaban y el vuelco del corazón la ahogaba. Algo parecido a un bicho con muchas patas subía por su garganta; era como unas ganas locas de llorar. Estaba muy emocionada.

Fergus llegó ante ella, hecho polvo, sin afeitarse, vestido de cualquier manera; sus profundos ojos verdes estaban apagados por la tristeza. El público murmuraba y volvía a murmurar.

—No lo hagas, María. Te lo suplico —imploró.

A ella le costó hacer lo que hizo.

—¿Apareces el día de mi boda y te presentas para estropearla? ¿Con qué derecho?

Entonces Raúl sobreactuó.

—Caballero, márchese de aquí, por favor.

—Ahora mismo —respondió Fergus, tumbándolo de un derechazo.

Johnny y Murdock se taparon la cara con la mano.

—¡¡¡Pero ¿qué haces?!?! ¡¡¡¿Con qué derecho...?!?!

Fergus no la dejó acabar, le quitó el ramo y lo lanzó en dirección a las damas de honor, que acabó cayendo en el regazo de Rosita.

—Con éste...

La atrajo hacia sí, la abrazó y la besó. Un beso increíble. Un beso aturdidor. Un beso que dejaba sin respiración. Un beso al que María se rindió con todo el amor que brotaba de su interior. Un beso interminable.

Max aplaudió, feliz. Los invitados lo imitaron, emocionados. Una cámara los enfocaba a todos

mientras otra emitía el beso en directo. Toda América pudo verlo.

El matrimonio del Cocina Bonita se abrazó y se besó, mientras que la patrulla de la policía metropolitana vitoreaba y su agente peluda emitía un contundente «guau» de aprobación. En cuanto al joven de los Yankees Giants, esa vez no tiró nada, porque estaba ocupado besándose con su compañera de asiento.

Epílogo

Max correteaba entre las olas de la playa al atardecer. Su suave vaivén mantenía en estado semidormido a Fergus, tendido sobre la cálida arena. María salió del agua empapada y hermosa como una Venus, poderosa como una Úrsula Andress morena. Él se hizo el dormido y, cuando la chica llegó a su lado, tiró de ella por sorpresa y la tumbó sobre él. Le encantaba sentir la humedad sobre su piel tibia por el sol.

—¿Qué haces, loco? Me vas a ensuciar de arena...

—Quiero hacer el amor.

—Claro, aquí delante de todos.

—Vale, mojigata.

En ese momento aparecieron Johnny y Raúl, con mojitos para todos. Max también se reunió con ellos, rebozado de arena.

—¿Dónde están tío Murdock y tía Rosita? —preguntó.

—Mira, por allí vienen —le indicó Fergus.

—Este crío es muy afortunado al contar con tantos niños para jugar por la playa —observó Raúl.

—¿Nos quedamos aquí para siempre? —propuso Johnny.

—¿Quién quiere quedarse en Waikiki para siempre? —irrumpió Murdock, lanzando por el aire a Max y volviéndolo a recoger.

Rosita se sentó junto a María y se pusieron a charlar.

—Que te haya fichado Discovery me ha quitado un peso de encima —le confesó Fergus a su amigo.

Él se rascó la cabeza, restándole importancia al asunto.

—Bueno, ya. Es una buena oportunidad, pero nunca debiste sentirte mal, tú por mí, yo por ti... Está todo compensado en el orden del universo —le dijo, chocándole el puño.

Tras tomarse los mojitos, se fue con Rosita a pasear y se llevaron a Max. Johnny y Raúl yacían en las hamacas, agarrados de la mano.

—Venga, idos al agua ya, que queremos estar solos —ordenó Johnny Qu.

Fergus cogió en volandas a María y corrió hacia el mar.

—Nooo, que no quiero bañarme, no quiero... —pataleaba ella.

Entró a zancadas en el agua, la soltó y empezó a salpicarla.

—No quieres, no quieres, no quieres nada... ni a mí.

Ella se detuvo en seco y lo miró fijamente. Un velo de tristeza empañó su rostro, parecía que iba a romperse de un momento a otro.

—No digas eso. —Inclinó la cabeza.

Fergus se preocupó, se acercó a ella, la abrazó. Y entonces ella, de un impulso, trepó sobre sus hombros y lo hundió en el agua. Lo tuvo un rato sumergido hasta que él logró zafarse y salir a la superficie. Como un perro, sacudió la cabeza, proyectando agua por todas partes.

—Eres mala. —Rio.

Ella también reía.

—Te quiero, ¿sabes, tío loco? Aunque siempre te diga que no. Te quiero más que a mi vida.

Fergus la rodeó con ambos brazos y la apretó contra sí.

—Te amo. Te amo, aunque seas el mismísimo diablo en persona y con nombre de mujer.

Se unieron en un beso, acunados por las olas y abrazados por las últimas luces de la tarde. Y el sol del ocaso los recortó, convertidos en una silueta.

Biografía



Úna Fingal nació en Lleida en octubre de 1964.

En la actualidad vive en una ciudad costera cercana a Barcelona. Amante de la lectura y los animales, su primer cuento lo escribió a los seis años, y a los siete montaba obras teatrales con cajas de zapatos, muñecas y vestuarios de papel. La fantasía ha sido siempre su lugar preferido para refugiarse. De formación audiovisual, inició su trayectoria como creadora escénica y actriz, sin dejar de escribir novelas y relatos. Es esposa, madre y abuela orgullosa y enamorada de su familia. Sus dos gatos son su locura de amor. Música aficionada y aikidoka principiante.

En 2011 lo dejó todo para dedicarse en exclusiva a la producción literaria.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<https://www.unafingal.com/>

Referencias de las canciones

Child in time, Copyright: © © 2020 Revolver Records, interpretada por Deep Purple.

Throat full of glass, Copyright: © © 2011 Out Of Line Music, interpretada por los Combichrist.

Should I stay or should I go, © 2013 Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por de
The Clash.

El diablo tiene nombre de mujer
Úna Fingal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Úna Fingal, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2020

ISBN: 978-84-08-23041-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

